



Security Ward 3.1

Eva

y

Brad

N.Q. PALM

Eva y Brad

N. Q. Palm

Copyright © N.Q. Palm

Obra Registrada Safe Creative: 1706052523694

Diseño y portada: N.Q. Palm

Primera Edición: Junio 2017

Correo electrónico: nqpalmescritora@gmail.com

Twitter: @NQPalm

www.facebook.com/NQPalm

Instagram: @NQPalm_autora

La siguiente historia ha salido de la mente de la escritora y es totalmente inventada, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Algunos de los lugares, acontecimientos y personajes incluidos en ella, no existen y son enteramente ficticios.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total y o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento. Así como la utilización de los personajes que intervienen en ella.

Índice:

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos.](#)

[Biografía.](#)

*«El futuro tiene muchos nombres.
Para los débiles es lo inalcanzable.
Para los temerosos, lo desconocido.
Para los valientes es la oportunidad.»*

Victor Hugo

Capítulo 1

Nueva York

Cinco años atrás...

—¡Vamos Sue! —gritó Eva desde la puerta.

—¡Ya voy, pesada! —contestó Sue enfurruñada.

Ella estaba preparada desde hacía más de veinte minutos y su amiga íntima se negaba a salir un sábado por la noche. La había convencido a base de echar mano de la inquebrantable amistad que las unía desde que eran dos crías, eso, y unas cuantas amenazas en las que la melena de Sue salía gravemente perjudicada. El corazón de Sue no había podido resistir su cara de cachorrito indefenso. Tenía que haber probado suerte en Hollywood.

Hacía poco que Suemy había conocido a Jack Wells, el hijo de uno de los dos socios de la empresa en la que trabajaba como arquitecta. A ella no le hacía ninguna gracia ese tío, pero Sue parecía estar encantada de salir con él. Habían hablado del asunto y ya le había lanzado algunas advertencias sobre el hombre. Aunque no quería apagar la alegría de su amiga, así que cuando la veía ilusionada, arreglándose para quedar con Jack, intentaba por todos los medios no abrir la boca. Algo que, reconocía, le costaba una úlcera.

Hoy, el *señor* Jack Wells no estaba en la ciudad. Tenía un compromiso familiar en otro estado y estaría fuera todo el fin de semana. Pero lo más intrigante era que sabía qué era un hombre sin demasiados apegos, lo había visto más de una vez por los locales de la noche neoyorquina. Sin embargo, parecía estar pendiente de Sue. Y la idiota de su amiga se había negado a salir de fiesta porque él no estaba. Increíble. Solo le había faltado arrastrarla por

una oreja escaleras abajo.

—¡Nena, el taxi está esperando!

Estaba perdiendo la paciencia.

Sue salió poniéndose un zapato y dando saltitos por el pasillo. El apartamento, que habían alquilado entre las dos, no era muy grande pero era precioso. En un par de días empezaría a trabajar para Sue, como su ayudante y secretaria personal, no sabía cómo terminaría aquello pero el sueldo daba para, al menos, intentarlo.

Hoy iban a tomar unas copas de despedida con sus, ahora, antiguos compañeros de trabajo. Y Sue tenía que venir sí o sí.

—Eva, sigo pensando que yo no pinto nada en la fiesta que han organizado tus compañeros...

—No me vengas con idioteces, Sue. Los conoces a todos.

—Pero...

—Pero, nada —la cortó.

Cerró la puerta con llave y bajaron hasta la calle en el ascensor. Subieron al taxi y al cabo de quince minutos estaban en el *Zero*, un bar musical muy *chic* y lleno a rebosar de gente. Se había puesto sus mejores galas, un vestido rojo que se ceñía a su cuerpo y terminaba justo debajo de su trasero, con un escote que dejaba ver el nacimiento de su pecho y unos taconazos de vértigo; era bajita y tenía que contrarrestar. Sue llevaba un vestido negro algo más recatado pero que marcaba su esbelto cuerpo y su rubia melena hoy recogida en un moño, también llevaba taconazos, era alta y la mayoría de las veces sobrepasaba incluso a los hombres, además de a ella.

Resopló.

Jack era alto, pero Sue era casi como él. No hacían buena pareja, tal vez le

tenía algo de tirria al hombre, pero Sue era su talón de Aquiles. Si ese tío se atrevía a jugar con ella, le cortaría los huevos con una sierra oxidada.

—¡Ahí están! —gritó cogiendo su mano y guiándola entre las mesas hasta llegar a la que ocupaban sus colegas.

—¡Por fin, ya pensábamos qué no venías! —dijo Xavier alzando la voz por encima de la música —. ¡Sue! Me alegro de verte.

Otro que no se resistía al encanto de su amiga.

—¡Hola! —exclamó saludando en general mientras Sue los saludaba con la mano, risueña —. Siento el retraso.

—No te preocupes, nena —dijo Laura, otra compañera.

—¡Ahí llega! —vitoreó Graham, señalando detrás de ellas.

¿A quién más esperaban? Torció la cabeza y vio venir a un camarero con una copa gigante de lo que parecía ser un cóctel. La gente se apartaba para dejarlo pasar, esa monstruosidad debía de pesar lo suyo. Lo dejó justo en el centro de la mesa y después de contarlos extrajo siete pajitas del bolsillo de su camisa, eran extra largas, sobrepasaban la cabeza del camarero al llevarlas ahí. Las hundió en el líquido y después de dedicarle un guiño, se marchó.

—Eso es...

—¡Un San Francisco a lo bestia! —terminó Graham por ella.

Eva entrecerró los ojos y los señaló con el índice.

—No os veo ni un poco tristes por mi despedida, esto es una celebración a lo grande.

Se carcajearon y algunos la abrazaron.

—Nos entristece tu marcha. Pero que no se diga que no sabemos organizar buenas fiestas. Además, te veremos por aquí aunque hayas decidido dejarnos.

Eva le guiño un ojo a Albert y se sentaron alrededor de la mesa, cogieron cada uno una cañita y empezaron a llevarse el dulce líquido a la boca, estaba delicioso.

Dos horas después aún quedaban un par de dedos de cóctel y un montón de botellines de cerveza adornaban la mesa. No estaba borracha, pero llevaba ese puntito juguetón que le gustaba. Sue se estaba riendo de algo que decían Laura y Graham, Albert y Xavier acababan de cantar la última canción del Karaoke. ¡Dios mío! Que mal habían interpretado la letra, la habían destrozado. Cuando el DJ empezó a poner música para bailar no se lo pensó dos veces y se fue a la pista con Graham.

El hombre se había pasado el año entero, que había trabajado de comercial a su lado, tirándole los tejos. Pero aunque era un buen chico, no era su tipo. Y ahora con la bebida estaba desinhibido y hacía verdaderos esfuerzos por atraerla por la cintura, ella no hacía más que apartar sus manos mientras bailaba y se reía de sus muecas. Le dio la espalda y sus ojos quedaron atrapados en una mirada color miel desconcertante; él sonrió y ella le guiñó un ojo. En su vida había visto a un chico tan guapo.

—Si no vas tú, iré yo —soltó por esa boca Tom.

Brad lo observó con suspicacia, Harry se rio.

—No hace falta que vaya, las mujeres suelen venir, aunque esta no está por la labor...

Tom se carcajeó.

—Si te hubieras peinado...

Brad miró a Harry, era cierto. Su amigo parecía recién salido de la cama. Era un desastre desde que July lo había dejado por otro.

—Olvidadme. —Harry se levantó—. Voy a mear.

Brad, que había vuelto a ver como se contoneaba la morena, se levantó también.

—¿Ahora vais a pares? Parecéis dos nenazas.

—Cállate, idiota —dijo antes de encaminarse hacia la chica.

Le dio tiempo a ver como sus amigos lo seguían con la mirada y se quedaban estupefactos. No recordaba ni una sola vez en su vida que él hubiera ido en busca de una chica. No por prepotencia, sino por timidez, una que perdía en cuanto acababa en la cama de alguna de ellas.

Y esa preciosidad le estaba llamando solo con el movimiento de sus caderas. Si el baboso que andaba cerca no era su pareja, ya podía empezar a correr.

—Los he visto más rápidos —dijo ella descarada, cuando lo tuvo delante.

Brad levantó una ceja.

—Me gusta observar a mi presa —contestó sonriendo.

—Pues como ves, estoy acompañada —dijo con voz cautivadora acercándose a él.

Ella seguía bailando, pero él estaba estático enfrente. Olía a un perfume fresco, le iba perfectamente, tenía unos ojos oscuros electrizantes y unos labios carnosos que, estaba seguro, nunca podría dejar de besar en cuanto los probara. De pronto sus palabras penetraron en su mente. Se giró y miró al hombre que había dejado de bailar para mirarle con la frente arrugada.

La observó de nuevo y señaló con el pulgar al tío. Ella asintió.

—¿Es tu pareja?

Ella negó con la cabeza sonriendo.

—Solo de baile.

Perfecto.

—Mi turno —le dijo sin más dilación al tipo.

El hombre inclinó la cabeza para mirar a la morena de pelo largo.

—¿Estarás bien?

—Perfectamente, no te preocupes, Graham.

¿Graham? ¿Qué mierda de nombre era ese?

—Sí, Graham, cuidaré de ella —aseguró sin mirarlo, no podía apartar los ojos de la chica.

En aquél momento la música cambió y una balada sustituyó al ruido que estaba haciendo la canción anterior. No se lo pensó demasiado y la atrapó por la cintura para pegarla a su cuerpo.

—Soy Brad Holmes.

—Eva Lane. Un placer Brad.

—Lo mismo digo. ¿Dónde has estado todo este tiempo? Creo que llevo esperándote toda mi vida.

Eva se echó a reír.

—¿Cuántas más han oído eso de tus labios?

—Muchas, pero hoy es la primera vez que lo digo en serio.

Una hermosa sonrisa afloró en su angelical rostro.

—Ohhh vaya. No está mal, habrás desintegrado muchas bragas con esa frase.

Brad se quedó quieto, ¿en serio acababa de soltar eso? La miró con interés.

Ella soltó una carcajada y puso una mano en su pecho. Movi6 de nuevo las caderas instándolo a seguirla con el ritmo.

—Tranquilo, las mías siguen intactas.

No pudo evitar sonreír, en su puñetera vida había topado con una mujer tan directa, todas querían aparentar ser finas y corteses. Eva decía lo primero que le venía a la cabeza y sin tapujos, por lo visto. Le gustaba. Los seres, por llamarlos de alguna manera, que le presentaba su madre como candidatas a esposa, eran mujeres vanidosas y soberbias. Bellas, pero huecas.

—Creeré en tu palabra entonces.

—Tendrás que hacerlo porque la canción ha terminado y parecemos dos monigotes en medio de la pista. Lo siento pero debo irme.

Dio una rápida ojeada a su alrededor, la gente estaba bailando a mayor ritmo. Mataría al Dj en cuanto tuviera la oportunidad.

—Me gustaría volver a verte, Eva.

—Suelo venir bastante por aquí...

Se soltó de su abrazo y empezó a caminar, pero él la retuvo por la muñeca. Tiró de ella con suavidad y puso la otra mano en su mejilla para, acto seguido, besarla.

No era la primera vez que besaba a una chica nada más conocerla, pero acariciar esos labios con los suyos y encontrar esa lengua esquiva y juguetona lo puso más duro que cualquier beso anterior. Joder, cómo besaba la morena. Cuando ella cortó el beso y lo miró entrecerrando los ojos, esperaba un: «¿Cómo te atreves?», mordaz. Así que se quedó descolocado cuando ella habló.

—Me has convencido. Ven, te daré mi número de teléfono.

No pudo decir ni una palabra. Simplemente sonrió y la siguió, aunque no

tenía demasiadas alternativas, ya que ella tiraba de sus dedos entrelazados.

Eva no se lo podía creer, el tipo de ojos preciosos, alto y musculoso, se había fijado en ella. Le gustaba. Y en este mismo instante iba a hacer algo tan tonto como dar su número de teléfono a un tío que acababa de conocer, pero se arriesgaría. Solo había sido un beso, y no sabía absolutamente nada de él. Aun así, si él la quería llamar no pondría ningún impedimento.

Cuando llegaron a la mesa, solo quedaban Laura y Sue. Y Laura ya se había levantado, así que solo se despidió y se marchó.

—Sue, te presento a Brad.

—Brad, esta es Suemy, Sue para los amigos.

Cuando su amiga se levantó, se estrecharon la mano mientras ella escribía su número en una servilleta.

—¿Te conozco? —preguntó.

—Creo que no —contestó Sue frunciendo el ceño.

—Tal vez te parezcas a alguien, pero tu rostro no me es desconocido.

¿Estaba ligando con Sue? Esperaba que no.

—Toma Brad, nosotras ya nos vamos, ha sido un placer conocerte.

Sonrió y después de doblar la servilleta se la guardó en el bolsillo. Se sacó una tarjeta de la cartera, que guardaba en el bolsillo trasero de sus vaqueros, y se la entregó.

—Te llamaré —dijo acercándose a su oído y dejando un beso cerca de la comisura de sus labios.

Sue parecía incómoda y se puso su chaqueta, por la noche aún refrescaba un poco.

—Voy a ver si encuentro un taxi, te espero fuera. Un placer, Brad.

—Os puedo llevar yo —se ofreció solícito, aunque Sue ya salía del local.

Eva lo pensó un momento. Ya había dado su teléfono a un tipo, que a pesar de que estaba buenísimo, no sabía nada de él. Mejor que no supiera aún su dirección.

—No te preocupes, seguro que mi amiga ya ha mostrado una de sus largas piernas y ha parado el tráfico.

Él sonrió y le guiñó un ojo.

—Pues en cuanto salgas tú, la ciudad se va a colapsar.

Se echó a reír. En realidad le gustaba el cumplido, eso quería decir que estaba interesado en ella, no en Sue.

—Adiós, Brad. Sé bueno.

Quedaban pocas personas ya en el bar cuando salió para encontrar a Sue. Un taxi paraba en ese momento y las dos subieron.

—¿De dónde ha salido ese hombre? —preguntó su amiga.

—Lo acabo de conocer...

—Eva, le acabas de dar tu número de teléfono...

—Sí, lo sé. Pero me ha parecido alguien encantador.

Sue la miró con desaprobación.

—Está bien, si me llama quedaré con él en un sitio céntrico, a la vista de todos.

En ese momento se dio cuenta de que tenía aún la tarjeta en su mano y la miró. La luz del interior del coche era escasa, aun así pudo ver el enunciado

gracias a la iluminación exterior de las farolas.

—Bradford Holmes. Abogado.

—Claro, y todo el mundo sabe que un abogado no puede ser un psicópata y asesino en serie —expuso su amiga con la mirada acerada.

—¡Sue! No exageres —resopló.

—Cariño, solo quiero que vayas con cuidado —dijo mirándola con ternura.

Eva cogió su mano y la apretó.

—Lo sé, Sue. Iré con cuidado, te lo prometo.

Eva podía ver el amor en los ojos de su amiga, esos ojos violáceos tan característicos que tenía y que embobaban a más de uno.

Capítulo 2

El lunes por la mañana, acudieron juntas al trabajo después de pasar el domingo tiradas en el sofá viendo películas y comiendo palomitas. Esperando una llamada que no llegó. Lástima, ese tal Brad le gustaba mucho, pero no quería llamarlo ella. No quería parecer desesperada, aunque lo estuviera. El último hombre con el que había salido, y de eso ya hacía seis meses, había resultado ser un plomo y demasiado egoísta en la cama. Necesitaba a una persona a su lado que disfrutara de sus mismas cosas y tuviera sus mismas inquietudes.

Brad parecía seguro de sí mismo y con las ideas claras. Había apartado a Graham para bailar con ella y no había dudado ni un momento en tomar lo que quería. La pregunta era; ¿lo quería ella en aquel momento? Ni siquiera preguntó, simplemente la besó. Bah, no se iba a poner quisquillosa. No tenía edad para andarse con idioteces. La vida estaba para vivirla y a ella le gustaba hacerlo a tope.

Suemy estaba en una reunión con su jefe y ella intentando ver cómo funcionaba la cafetera que había dos puertas más allá de la oficina. Hacía falta ser ingeniero nuclear. ¿De dónde habían sacado semejante trasto complicado? ¿En serio la gente tomaba tal variedad de café?

Estaba divagando aún con la puñetera cafetera cuando entró Sue.

—Ya sé por qué creyó conocerme.

—¿Conocerte? ¿Quién? —preguntó Eva arrugando la frente.

—Brad, Bradford Holmes. Tú Brad. El abogado. El desconocido del *Zero*. Al que le diste...

Eva puso los ojos en blanco. Su amiga se estaba quedando sin aire.

—Cariño, te he entendido a la primera. ¿A qué viene ahora esto?

—A que me lo acabo de encontrar en recepción —dijo de manera triunfal.

—¿A Brad?

—Al mismo.

—Vaya, tenía que ser un acosador, qué suerte la mía...

Sue la miró levantando una ceja.

—Eva, bájate del pedestal. Por lo visto, lleva los asuntos legales de alguien del edificio y su bufete está en la planta sesenta y cinco.

—Oh.

Entonces, ¿no estaba aquí por ella? Cayó en la cuenta de que no le había dicho dónde trabajaba. Tal vez había sido un tanto presuntuosa. «Eva, no todos los hombres caen rendidos a tus pies y ni siquiera te ha llamado», se dijo algo desanimada.

—Sí, como ves, el destino estaba escrito.

Eva soltó uno de sus bufidos.

—¡Ah!, ¿sí? Pues se ha encontrado contigo y no conmigo. ¿Habéis hablado?

—No, el salía del ascensor y yo entraba en el de al lado. Ni siquiera me ha visto. Pero Leah me ha informado de que lo había encontrado en varias ocasiones en las oficinas de una empresa de seguridad que hay más abajo.

—¿Quién es Leah?

—Ah, ya la conocerás, está en el equipo de Jack, es arquitecta. Un tanto chismosa, pero buena chica. A la hora de la comida solemos estar todos en la misma mesa.

Eva, se dispuso a hacer el café, pero terminó pidiendo ayuda a su amiga

que, entre risas, le mostró todos los beneficios de tener una cafetera tan internacional. ¿Es que nadie tomaba un café normal? Vaya pandilla de estirados.

—Vamos a mi despacho. Necesito que entregues unos informes y te pondré al día de tus tareas.

Debía agradecerle a Sue que le hubiera brindado la oportunidad de trabajar con ella, tenía sus dudas, ya que mezclar trabajo y amistad podía ser complicado. Pero había algo que tenía muy claro, si su relación con Sue se resentía por eso, lo dejaría. Buscaría otro empleo.

En el comedor de la empresa conoció a sus nuevos compañeros y a una tal Elisa de contabilidad, bastante pedante. Le tiraba los tratos a todo hombre con el que se cruzaba, incluido Jack. Sue no era celosa, Eva la conocía bien, pero no entendía que no le hirviera la sangre viendo como la chica se arrimaba descaradamente al hombre. Ella ya le habría arrancado algún que otro pelo. Lo cierto es que su amiga no tenía mal gusto. Jack era atractivo. Pero seguía sin ver la química aquí.

Por la tarde se fue a casa. Sue había quedado con su nuevo novio y aunque la había invitado a ir a tomar una copa con ellos, no le apetecía en absoluto. Se premió con un baño de espuma. Su primer día había sido genial y Sue había tenido mucho que ver en eso, la había ayudado en todo.

Se estaba haciendo un sándwich vegetal cuando su teléfono empezó a sonar, giró la cabeza para buscar el móvil, lo tenía al lado. Miró la pantalla y su corazón dio un salto. No sabía quién era, pero deseaba tanto que fuera Brad que no tardó ni dos segundos en contestar. Sí, parecía desesperada.

—¿Hola? —contestó, quizás más entusiasmada de lo que debería.

—¿Eva? Soy Brad Holmes, ¿me recuerdas?

—Claro, hola Brad, ¿cómo estás? —«¡Eso! Tú no disimules ni un poco».

—Bien, me preguntaba si te apetecería salir a cenar...

—Sí, por supuesto —contestó sin pensar y cortándolo.

No tenía remedio, solo le faltaba bailar desnuda alrededor del sándwich, aún podía hacerlo mientras sonaba Guns N' Roses en la radio.

—Te recojo en quince minutos, creo, ¿está bien?

—No hay problema, estaré lista. —«Vale, despídete antes de que se asuste» —. Hasta luego.

No había hecho más que soltar el teléfono cuando este volvió a sonar. Lo miró extrañada. Era Brad, otra vez.

—¿Sí? —¿Ya se había arrepentido?

—Eva Lane, no sé tú dirección.

—¡Oh! —exclamó haciendo una mueca. «Realmente eres idiota, Eva».

Al otro lado de la línea se oyó una carcajada tan sincera que terminó riéndose ella también. Le dio la dirección entre risas, y él confirmó los quince minutos que tardaría en llegar.

Colgó y salió corriendo hacia la habitación. Se puso un vestido azul claro de tirantes, parecía que iba a hacer una buena noche, y unas sandalias plateadas de medio tacón. Se peinó haciéndose una cola alta y se maquilló de manera suave. Corrió hasta el salón y se paró a coger aire.

Miró el reloj de la pared, faltaban dos minutos según sus cálculos, eso era desde que había colgado. Recogió el móvil de encima de la barra de la cocina y salió para coger el ascensor.

Brad estaba a punto de tocar el timbre cuando ella abrió la puerta de la entrada a su portal. Desde luego, lo estaba bordando. ¿Se podía ser más patética?

—Eh, hola —dijo parándose en seco.

—Eva, me alegro de verte. —Le cogió una mano de manera caballerosa y la sostuvo mientras bajaba el último escalón —. Estás preciosa.

—Gracias, tú tampoco estás nada mal —dijo echando un vistazo rápido al pedazo de hombre que tenía delante.

Llevaba unos vaqueros blancos, una camisa gris oscuro con las mangas dobladas hasta los codos y mocasines de piel color *camel*. Se acercó y poniéndose de puntillas besó su afeitada mejilla.

—¿Qué te apetece cenar?

—Me da igual.

—Entonces, te llevaré a un lugar que te gustará.

Era un restaurante cerca de la playa, iluminado con velas y una decoración exquisita. Buen ambiente y lleno de comensales.

Estaban ya comiendo los postres cuando cayó en la cuenta de que lo que más le había llamado la atención es que habían hablado de muchas cosas, como si se conocieran de toda la vida. Él trabajaba junto a otros socios en un bufete de abogados, la socia mayoritaria era una arpía que los llevaba a todos de cabeza, según explicó. No dejó de fijarse en sus expresiones, era un hombre risueño y arrebatador.

Ella le explicó que ese mismo día había empezado a trabajar como secretaria de Sue en la empresa de arquitectos.

—¿Wells & Hunt? Los conozco, hoy precisamente he estado allí.

—¿Ah, sí? —preguntó, ocultando el hecho de que ya lo sabía.

—Tenemos algunos clientes entre las empresas que ocupan el *building*. Mi despacho está en la planta sesenta y cinco. Qué casualidad.

—Tal vez nos encontremos... —El edificio era enorme.

—Te aseguro que iré a visitarte de vez en cuando —dijo guiñando un ojo.

¿Y no era eso una declaración de intenciones? Eva estaba eufórica. Le gustaba su forma de ser y de actuar.

Se levantaron para salir y vio a un grupo de chicas que miraban a Brad embobadas. Ella iba delante de él, pero parecía ser transparente. «¡Qué hostia tienen!», pensó. Pero al momento se paró a analizar la ocurrencia mental. ¿Solo había salido con Brad una vez y ya lo consideraba de su propiedad? Tenía que hacérselo mirar.

Aquella noche se despidieron con otro beso espectacular. Ella estaba en una nube y Sue no hacía más que preguntar.

Estuvieron enviándose mensajes el resto de la semana. Él no podía quedar de nuevo, así que el viernes se presentó en la oficina de Sue y le dio una sorpresa, y un gran ramo de rosas rojas. Sue desapareció con la excusa de ir a por un té y los dejó solos. Solamente pudieron hablar diez minutos, pero quedaron para salir de nuevo.

Cenaron en un japonés y fueron de nuevo al *Zero*, ella nunca le había visto allí antes, pero los camareros, y demasiadas mujeres para su gusto, parecían conocerlo. Saludó a algunas, que no dudaron en lanzarle los brazos al cuello para besarlo en el rostro, y se sentaron en un reservado.

—¿Son siempre así de efusivas? —Mierda, lo había dicho en voz alta.

Él la miró levantando una ceja y con una sonrisa canalla que decía lo mucho que se estaba divirtiendo.

—Lo siento, supongo que no es de mi incumbencia —rectificó en seguida.

—¿Eres celosa?

—¿Yo? No, para nada —contestó incómoda.

Brad puso cara de no creerse ni una palabra.

—Son compañeras de trabajo, nada más.

—Yo no he preguntado —dijo intentando quitar importancia agitando la mano.

—No, no lo has hecho. Aun así te lo cuento —explicó con una media sonrisa.

—Gracias, supongo.

Tenía que recordar que él tenía una vida y que no debía cuestionarla. O por lo menos, no de momento.

Bailaron y se sintió bien, perdida entre sus fuertes brazos. Tomaron una copa más y salieron del local. Al subir de nuevo al coche. Brad se giró para mirarla sin arrancar el motor.

—Me gustaría invitarte a mi piso.

«¡Sí!» Gritó una voz en su cabeza. Carraspeó.

—Eso es muy directo...

Tenía que hacerse la estrecha, no quería parecer una mujer fácil.

—Solo una última copa.

—Me gusta la idea.

La cosa de parecer estrecha acababa de esfumarse.

Para ser sincera, le encantaba la invitación. Ella quería algo más que una copa. Imaginaba que él también, había una cierta tensión sexual entre ellos que se había hecho bastante evidente mientras bailaban.

Cuando llegaron a su casa, Eva se quedó embobada con el exquisito gusto que tenía Brad para la decoración. Aunque pensándolo bien, debía haber contratado a una decoradora. Había hablado sobre su familia y ahora sabía que él provenía de una larga estirpe de fiscales y jueces, aunque iba por libre y tenía unos socios que no tenían ningún parentesco con él, según había explicado. Tenía una familia bien posicionada, sin duda. Y él, por sí mismo,

podía permitirse una decoradora y mil profesionales más.

De pronto un movimiento a su derecha captó su atención. Un enorme pastor alemán los observaba tumbado, pero alerta, desde un rincón al lado del sofá.

—Te presento a Maximilian, mi compañero de piso. Max, para abreviar.

Eva lo miró levantando una ceja y volvió a observar al perro.

—¡Es enorme! —Se acercó a él con la intención de acariciar su cabeza —. ¿Puedo? —le preguntó a Max.

Cuando el perro movió la cola lo tomó como un «sí». Siempre le habían gustado los animales. Max recibió su caricia con agrado y ella dejó que le lamiera la mano.

—Eres muy guapo, Max. Me gusta tu nombre.

—Vaya..., normalmente la gente no suele acercarse a él la primera vez que lo ve —comentó Brad mirándolos medio alucinado.

—Siempre he estado rodeada de perros y gatos, además de animales de granja.

—¿Cuándo eras pequeña?

—Sí.

Se enderezó y echó un vistazo a su alrededor.

—Qué acogedor —murmuró mirando el sofá blanco en contraste con las paredes en color marrón oscuro, varios cuadros adornaban el salón, seguramente de pintores conocidos, pero ella no tenía ni la más remota idea sobre arte.

Su madre solía pintar con acuarelas, y siempre eran paisajes con mujeres de vaporosos vestidos con flores por todas partes. Todo muy sensual y libre. Le encantaba la vena artística de su progenitora. ¿En qué andaría metida

ahora? Cayó en la cuenta de que hacía más de una semana que no la había llamado, ni ella ni su padre.

—¿Qué te apetece? —La pregunta de Brad la sacó de sus pensamientos.

—Cerveza..., si tienes.

—Una cerveza para la señorita.

Brad desapareció detrás de una puerta que debía ser el acceso a la cocina. Ella miró las fotografías que tenía repartidas en distintas estanterías justo encima del sofá. Él en su licenciatura, con sus padres o eso imaginaba, ya que se parecía bastante al hombre que pasaba el brazo sobre los hombros de Brad. Una mujer a su otro lado y una chica, de más o menos su edad, que cogía el brazo de la madre.

—Mi padre, mi madre y mi hermana —dijo Brad justo detrás de ella, confirmando así sus elucubraciones.

—Muy guapos todos.

Brad sonrió.

—¿Qué me dices de la tuya?

—También somos todos preciosos.

Se miraron fijamente y soltaron una carcajada.

—No lo dudo, pero ya sabes a qué me refiero —aclaró aun riéndose.

Perfecto, ella no los había mencionado por una razón. Amaba a sus padres con locura, pero cuando hablaba de ellos la gente solía ser condescendiente y debían pensar algo así como: «Pobre chica, ha crecido en un hogar desestructurado, lleno de drogas y amor libre», y eso no era cierto. Así que no estaba muy preparada para ver la decepción en los ojos de un tipo que le gustaba.

—Tengo un hermano que vive cerca de Washington, tiene dos años más

que yo. Se instaló allí después de terminar la universidad, le gusta esa ciudad. Y una hermana casada que vive en Maine.

Empezó por lo más fácil.

—¿Y tus padres dónde viven?

Sabía que él preguntaba con todo el respeto y en realidad parecía sincero, se estaba mostrando interesado en ella. Ahora venía la parte difícil, poca gente entendía la vida de sus progenitores, a veces ni ella misma podía empatizar con sus ideales.

—En los años setenta eran una especie de hippies y ahora son activistas, así que no tienen residencia fija.

Brad levantó una ceja.

—¿En serio? Vaya, eso parece... —vaciló un momento —...poco común.

Bien, por lo menos no había puesto cara de circunstancias o de haberse tragado un limón.

—Lo es, soy consciente. Pero tenemos una relación muy estrecha. Cuando mis hermanos y yo decidimos ir a la universidad lo entendieron perfectamente y más tarde cuando nos independizamos, nos dijeron que querían ampliar sus fronteras y nosotros también lo entendimos. Siempre han sido almas libres.

—Comprendo.

Si era cierto o no, Brad no dejó que se reflejara en su rostro.

—Casi cada semana hablamos por teléfono. Siempre suelen llamar ellos.

—Eso está bien. Seguíis en contacto y eso es lo que importa. Siempre puedes hacer una llamada en un momento dado.

Eva hizo una mueca y dio un trago a su cerveza.

—No. Nunca llamo, no desde la última vez.

Brad se sentó y dio unas palmaditas a su lado para invitarla a hacer lo mismo.

—¿Qué ocurrió? —preguntó intrigado mientras ella se sentaba cerca.

Bueno, ahora ya se había lanzado; si él pensaba que sus padres eran raros, explicarle lo de su última llamada no iba a hacer una diferencia.

—Llamé para saber cómo estaban, ya que mis hermanos no conseguían dar con ellos. Me contestó un hombre, que yo no conocía, y me dijo que en ese momento mi madre no podía atenderme porque estaba mojando el lomo de una ballena varada en una playa australiana. Me dijo a gritos; «¡su madre quiere que le diga que ya la llamaré en cuanto pueda!». Y así terminó la conversación.

Brad y ella se miraron durante unos momentos y al final terminaron riéndose a carcajadas.

—Vaya, la pillaste en un momento delicado. Dime que al menos rescataron al animal.

Resopló.

—Sí, lo hicieron, eso lo supe más tarde. Desde entonces, decidimos que llamarían ellos cuando no estuvieran salvando pelícanos por algún vertido tóxico, o atacando petroleros con su lancha motora junto a alguna asociación ecologista.

—Bueno, supongo que lo importante es que sabéis los unos de los otros aunque sea en la distancia.

Se acababa de enamorar de él, estaba completamente segura. Que Brad ni siquiera hubiera pestañeado ni hecho una mueca pensando en sus padres poco convencionales, le acababa de calentar el corazón.

—Lo extraño es que no hayáis heredado, tus hermanos y tú, ese amor por la aventura.

—Cuando éramos pequeños siempre estábamos rodeados de animales y de gente que pensaba como mis padres. Era una especie de comuna, como una gran familia. Pero luego empezaron a viajar en plan nómadas y cambiábamos de colegio a menudo. Los otros niños nos veían como a bichos raros. Supongo que tanto a Adán como a mí, eso nos cansó, mi hermana ya iba por libre; es más mayor que nosotros. Ellos entendieron nuestra postura y nos dejaron volar. Mis abuelos se ofrecieron a pagarnos la universidad. Y vivimos con ellos hasta que nos independizamos.

—¿Y dónde viven tu abuelos?

—Murieron hace cinco años. Primero mi abuela y dos años después mi abuelo.

—Lo siento. Imagino que los echarás de menos.

—Sí, ellos fueron un gran ejemplo para nosotros, no digo que mis padres no lo fueran. —Se apresuró a aclarar—. Pero en su hogar se respiraba tranquilidad y armonía. Vivíamos en Miami. Allí fue dónde conocí a Sue, mi amiga del alma. Cuando terminamos nuestras respectivas carreras, ella quería venir a buscar su oportunidad a Nueva York y consiguió un excelente empleo, después vine yo y hasta hoy.

—Se te ilumina la mirada cuando hablas de Sue. Es importante para ti...

—Y un gran apoyo, es una mujer maravillosa —le cortó.

—Cuidáis la una de la otra —adivinó.

—Sí, lo que me lleva a pensar que si supiera que he subido a tu piso me daría un tirón de orejas y un buen sermón —admitió divertida.

Brad se acercó a ella y besó sus labios.

—Pues si se enterase de mis pensamientos lujuriosos con respecto a ti, me cortarían...

—Eso ni lo dudes.

Estaban hablándose con los labios pegados. Brad mordió su labio inferior y tiró de él. Ese gesto hizo que ella sintiera como sus muslos se apretaban y su centro pedía a gritos atención.

De pronto Brad se levantó y le ofreció la mano. Puso la suya sobre su palma y la llevó a una puerta donde imaginó que estaba su habitación. Esperaba que no fuera una habitación roja. Dios mío, eso no era para ella, lo más probable es que acabaran los dos *azotados*.

Capítulo 3

Brad la vio sonreír.

—¿Puedo saber de qué te ríes? —preguntó extrañado con la mano apoyada en el pomo, pero sin abrir.

—No me malinterpretes. Es que hace poco leí una trilogía en la que existía una habitación roja, la habitación del dolor, la de los azotes, la del sexo, la del...

—¿Cómo? —La interrumpió haciendo un esfuerzo por no reírse, Eva estaba balbuceando.

Sabía de qué hablaba, tenía una hermana y tenía los libros. Pero quería ver hasta dónde llegaba.

—Verás, se trata de un hombre llamado Grey. —Brad levantó una ceja, pero no abrió la boca —. Él le muestra a su chica lo que es el mundo BDSM, es una historia muy *hot* y estaba pensando...

Eva se mordió el labio al más puro estilo Anastasia. Sí, él también había leído los libros. Un hombre tenía que saber a qué se enfrentaba. Aunque nunca lo admitiría.

—Continua.

—...Solo se me había pasado por la cabeza que detrás de esa puerta podía haber una habitación de esas —Se miró los pies y añadió —. Lo siento, son los nervios.

Eva soltó una sonora carcajada y lo miró. Brad no movió ni un músculo.

—¿Te has molestado? No pretendía...

De repente Brad sujetó sus manos y las elevó por encima de su cabeza, la

besó ávidamente y después recorrió la curva de su cuello con la lengua.

—Me has descubierto. Te vi muy sumisa y pensé que servirías para mi experimento —dijo con voz susurrante, con los labios pegados a su piel. Eva olía a algo dulce y apetecible —. No puedo esperar, te necesito atada y mojada. Tengo látigos, fustas, dildos, esposas... Mi habitación es negra, espero que te guste el color.

Intentó mantener la seriedad y la miró a los ojos. Eva entornó la mirada.

—¿Te estás quedando conmigo? ¿Sumisa? No me conoces. Y espero ver una enorme cruz de San Andrés.

Vaya, la bruja le seguía el juego.

—También tengo un potro y cadenas colgando del techo...

Volvió a besarla y esta vez pegó su erección a su vientre. Sí, hacía poco que se conocían, pero habían bromeado lo suficiente como para hacer este pequeño teatro.

—Alto ahí —dijo ella poniendo las manos sobre sus hombros.

—¿No te gusta, nena?

—¿Cadenas en el techo? —Hizo una mueca —. Cielo, hablábamos de una habitación negra, no de la cueva de Batman.

—Ah, siempre ha sido uno de mis héroes —confesó guiñándole un ojo.

—¡Ja! Como El Capitán América, ninguno.

Buscó a tientas el pomo y abrió riéndose. Su habitación era blanca, totalmente. Los muebles, las paredes, el techo, las cortinas. Todo era blanco inmaculado, incluido el suelo.

Eva resopló.

—¡Qué decepción!

—¿En serio?

—Sí, las lamparitas son plateadas.

—Tendré que redecorar entonces.

Se acercó a él y se puso de puntillas para besarle, sus manos fueron a su camisa y empezó a desabrochar los botones uno a uno. Brad buscó la parte trasera de su vestido y bajó la cremallera lentamente. La ropa fue cayendo al suelo mientras se devoraban.

Eva tenía un cuerpo alucinante, menudo pero proporcionado. La levantó cogiéndola por la cintura y la sentó en la cómoda, sus pequeñas manos se apoyaron en su pecho y fueron vagando hacia el sur. Quería acercarla de nuevo a su cuerpo pero Eva mantuvo la distancia, de pronto sintió un dedo sobre su cabeza hinchada. Cerró los ojos mientras buscaba sus pechos y los acariciaba, cabían en su mano, la medida correcta, ella era perfecta.

Cuando decidió hacer correr su mano arriba y abajo a lo largo de su pene tuvo que apretar los dientes. Este no era un polvo rápido de esos a los que ya se había acostumbrado. Esto era diferente, más íntimo, más personal. Ninguna chica le había atraído tanto como esta mujer. Y algo le decía que hacer el amor con ella por primera vez iba a marcar un destino que no había previsto, pero que era bienvenido.

Se sintió como un completo idiota al pensar en que se había enamorado como un capullo adolescente. Pero no había podido dejar de pensar en ella ni un solo instante desde que la había conocido. Incluso se tuvo que retener para no llamarla al día siguiente. Otra cosa que no había hecho nunca era declinar la invitación de la succulenta Debbie; una máquina en la cama, con la que quedaba de vez en cuando.

Los tanteos de Eva y sus inquietas manos lo estaban excitando demasiado.

Un placer demoledor invadió su cuerpo, ella había apartado sus manos y

había engullido su miembro sin previo aviso. Bajó la cabeza y admiró la erótica imagen, dejó que ella lo degustara durante un par de minutos y, yendo en contra de sus deseos, la apartó.

—Cariño, me estás llevando al límite.

Ella se rio.

—Vamos, no soy tan buena en esto —reconoció, aunque no se avergonzó en absoluto.

—Créeme, lo eres. —De una manera inocente, pero le gustaba como había jugado con su lengua.

Eva iba a decir algo cuando capturó su boca. Era una mujer parlanchina, pero no iba a dejar que se pusiera a discutir sobre sus habilidades en la cama.

Se arrodilló y abrió sus piernas. Plantó su boca en su sexo y lo lamió. Un gemido salió de los femeninos labios, lo que lo incitó a seguir degustando el delicioso manjar. Las manos de Eva se mantenían aferradas al borde del mueble, los nudillos blancos por la presión que ejercía en él. Introdujo dos dedos en su canal y dio golpecitos con su lengua en el torturado montículo hinchado. La respiración de ella se volvió errática y un potente orgasmo la barrió dejando ir un pequeño grito de satisfacción que lo elevó más alto.

—Ven aquí —dijo aferrando su nuca y besándola mientras la transportaba a la cama de tamaño gigante.

La tumbó sobre las sábanas y buscó a tientas un condón en el primer cajón de la mesita. No tardó mucho en ponérselo e introducirse en ella que arqueó su cuerpo y le dio mejor acceso. La sensación era devastadora, ¿cuánto tiempo hacía que no se sentía así con una mujer? Lo suyo siempre había sido sexo sin ataduras, pero cada vez estaba más convencido de que Eva había conseguido enamorarlo. Era la única explicación a los sentimientos que estaban despertando en él y que nunca admitiría ante nadie. No sabía hasta

dónde llegaría esta relación, así que de momento se mantendría al margen.

—¿Cómo estás? —preguntó sin moverse, enterrado en ella.

—Bien, más que bien. Ahora muévete, Brad.

Ella empujó sus caderas hacia él, instándolo a continuar.

—Mujer desesperada...

—Hombre torturador...

Se echó a reír y retirándose un poco volvió a embestir de golpe, observando las reacciones de ella. Tenía una sonrisa en su semblante y se estaba mordiendo el labio. Perfecto, era una buena señal. Volvió a retirarse y empujó de nuevo.

—Sí, así... Si se te ocurre parar te corto...

—Creo que lo he entendido.

Era muy sincera. Besó su cuello y fue bajando hacia sus pechos sin dejar de moverse, cada vez más rápido. Eva cruzó las piernas en sus glúteos y apretó.

—Ohhh.

Era tan receptiva que lo estaba dejando anonadado. Notaba como su orgasmo estaba a punto de barrerlo y aumento aún más, dejándose llevar sin control.

—Brad... —Ella se arqueó más, y ver el brillo en sus ojos y los labios entreabiertos mientras se corría lo llevó de cabeza al borde. Un apabullante placer lo atravesó y enterró la cabeza en su cuello mientras ella lo sostenía abrazándolo con fuerza.

Estuvieron un rato en esa postura, aunque él aguantaba gran parte de su peso con los codos para no aplastarla.

—Ummmm... Aprobado.

Levantó la cabeza para encontrarse con sus oscuros ojos repletos de diversión.

—No sabía que estaba siendo examinado.

—Brad, con el tiempo aprenderás que yo todo lo examino —dijo riéndose.

—Ah. ¿Esas tenemos? —Besó su barbilla y la mordisqueó—. Entonces, tendré que esmerarme más.

—Pero si lo has hecho muy bien...

Levantó una ceja y la cogió por la cintura.

—Con el tiempo aprenderás —dijo devolviéndole sus palabras —, que me gusta ser el primero de la clase.

En un movimiento fluido le dio la vuelta y la puso a cuatro patas en la cama.

—No he acabado contigo —susurró cerca de su oreja.

La palma de su mano aterrizó sobre su trasero.

—¡Joder! —chilló ella con asombro.

Brad se carcajeó. Eva era una mujer auténtica. Sin filtros ni idioteces superficiales.

—¿Que cómo fue? —Eva se dejó caer en la silla del restaurante de enfrente de las oficinas donde trabajaban.

De vez en cuando salían fuera a comer, el restaurante de la empresa se saturaba y aunque la comida era buena, la necesidad de variar estaba ahí. Por

otro lado iba bien poder hablar con su amiga sin que Jack estuviera bailando a su alrededor con el oído puesto. El resto de compañeros eran todos muy agradables, a excepción de la tal Elisa que no dejaba de hablar de los hombres guapos que habitaban en las oficinas de las otras empresas. Era una mujer altiva que no perdía oportunidad de lanzarse a los brazos de todo hombre atractivo, de hecho, podía hacerlo, ella era alta y magnífica. También lo era Sue y viendo las miradas que le dedicaba a su amiga, estaba más que segura de que la veía como una rival a tener en cuenta. Sin embargo, Sue parecía ajena a todo.

—Es un Dios del sexo, sabe exactamente que botones tocar para hacerte volar.

Sue se puso roja, en ella era bastante normal cuando hablaban de sexo.

—Eva, baja la voz —susurró mirando a su alrededor.

—No he gritado, aunque no me importaría hacerlo. A ver si se enteran algunos palurdos de por aquí que a una mujer se la tiene que follar con todos los sentidos.

—¡Eva!

—Yo pienso lo mismo y celebro tu entusiasmo —dijo el camarero de la forma más natural cuando dejó los platos de comida.

Sue se removió inquieta en su asiento, ella le sonrió abiertamente.

—Perfecto, otro que piensa como yo.

El chico, que debía tener una edad similar a la de ellas, imitó un saludo militar con dos dedos y se fue.

Eva pinchó un puñado de su ensalada y se metió el tenedor en la boca. No esperó a tragar para seguir hablando.

—Además, nena. Esta mañana al levantarme tenía una cara de sexo

impresionante —dijo terminando de masticar.

—Pues yo no he notado nada más que tu cara de dormida habitual.

Sue era tan ingenua a veces...

—Dime una cosa —preguntó señalando hacia su rostro con el tenedor—. ¿Alguna vez se te han curvado los dedos de los pies en pleno orgasmo?

Un par de chicas, de la mesa de al lado, se giraron para mirarlas con el ceño fruncido. Sue las miró a modo de disculpa y después consultó su reloj.

—Aún nos quedan veinte minutos, contesta a mi pregunta —exigió Eva.

Sue rodó los ojos.

—¿Los dedos de los pies? —Carraspeó incómoda—. Creo que no —contestó mirando a su alrededor. La mujer lo pasaba realmente mal cuando ella se lanzaba a hablar de sexo, pero era algo que le tenía sin cuidado.

—¿Ves? Ahí lo tienes. Cuando sientas que tus dedos se curvan es que estás con la persona correcta. —Se giró hacia las chicas—. Aceptad el consejo, no encontrareis a nadie tan sabio como la persona que me lo dijo a mí.

Las chicas asintieron riéndose de la locura, pero ella sabía que eso era cierto. Su abuela siempre lo decía.

—¿Me estás diciendo que no estoy con la persona correcta? —Bajó el tono—. ¿Solo porque no me levanto con cara de sexo y no se me doblan los dedos de los pies?

Eva asintió entusiasmada.

—Y no olvides lo de las bragas, cuando él te mira deberías dejarlas empapadas. ¿Te ocurre eso?

—¡Eva, basta! —gritó susurrando—. Me estás dando la comida. Me da igual lo que pienses de Jack, es un buen hombre.

—Yo nunca me referiría a mi novio como un buen hombre; un buen hombre es como hablarías de tu marido después de estar casada con él durante cuarenta años. Empotrador, buen amante y rompebragas se ajusta más al tío con el que te lo estás pasando genial y que tiene todas las papeletas para ser el padre de tus hijos.

Sue resopló, pero ella aún no había terminado. No le gustaba Jack, pero quería que Sue lo viera por sí misma.

—Pero si a ti no te gustan los niños...

—Bueno ese es otro tema del que no me apetece hablar ahora.

—Ya. Pero del sexo con tu Brad sí...

—He decidido que te voy a regalar mi bicho morado, creo que la última vez que lo usé fundí las pilas. Pero le pondré otras para que puedas comparar. Puedo decirte que Brad lo ha superado con éxito.

—No seas burra. Esas cosas no se regalan y menos usadas.

—Vaya, salió la tiquismiquis...

—¿Podríamos cambiar de tema?

Eva lo dejó correr, pero a ese Jack lo mantendría vigilado.

—¿Sabías que hay una empresa de seguridad en el edificio? —preguntó a su amiga.

—Sí, pero nunca he estado y no me cruzo con ellos, subo en el ascensor del *parking*.

—Ya, ese que yo no puedo usar —contestó Eva con fastidio.

Sue la dejaba en la puerta antes de entrar en la plaza que tenía asignada para aparcar en el subterráneo.

—Lo siento, es la política de la empresa.

—Da igual. Esos tíos son enormes, parecen sacados de una revista de moda, todos llenos de músculos pero sin exagerar. Como los modelos. Todas las mujeres babean a su alrededor y ellos son muy amables y educados, siempre sonríen.

—Me alegro de que te encuentres con ellos...

—Con Jack también coincido.

—Lo sé, su padre quiere que empiece desde abajo y no le da plaza de *parking*.

—Será pringado... —masculló.

—¿Qué?

—Nada. Tiene que haber cabreado a su padre para que actúe así.

—No se trata de eso, Eva.

—En fin...

No iba a discutir eso, pero se tenía que ser un capullo integral para que su progenitor pasara de él de esa manera. Y tenía muy claro, viéndolo actuar, que su padre había tenido que pararle los pies. A prepotente no le ganaba nadie.

Quería contarle que su querido Jack coqueteaba con todas las mujeres que subían al ascensor con él. Pero algo le decía que a su amiga no le iba a sentar demasiado bien que ella pretendiera abrirle los ojos, y tal vez no la creería. No era justo abusar de su confianza, así que lo dejó correr.

Capítulo 4

Eva entró en el apartamento de Brad en cuanto el portero abrió su puerta, era un hombre amable que siempre la saludaba con mucho respeto. No tenía llave, aunque bien pensado, Brad tampoco tenía la de su casa. Deberían intercambiar llaves, ya iba siendo hora.

Max salió a recibirla en cuanto la vio. Contento de que alguien lo sacara a pasear. Le puso la correa y fueron al parque que había cerca del edificio. Max correteó y saltó durante al menos media hora y cuando hubo hecho sus necesidades subieron de nuevo al piso.

Dejó el bolso colgando de una silla y entró en la cocina. Quería darle una sorpresa a Brad cocinando algo de pasta y haciendo una ensalada fresca para cenar. Puso en marcha el equipo de música en el salón y volvió a buscar en el frigorífico mientras tarareaba la última canción de Rihanna. Se recogió el pelo en un moño suelto y se puso un delantal que encontró en un cajón, lo miró y soltó una carcajada mientras se lo ponía.

—¡Peligro! ¡Cocinero inexperto! —leyó en voz alta.

Le llenó el cuenco de agua a Max y le puso más comida en el otro.

Se lavó las manos y cogió algunas verduras frescas para empezar a trocearlas sin dejar de bailar.

De repente oyó un sonido de llaves y alguien que entraba en el apartamento. Pues tampoco había venido tan tarde, Brad le había dicho que tenía una reunión de última hora. Sonrió secándose las manos en un trapo.

Pero la reacción del perro no fue la que esperaba, su pelaje se erizó y soltó un gruñido.

—¿Desde cuándo oyes este tipo de música?

Era una voz de mujer. Se quedó congelada, ¿sería su madre? ¿O su hermana? Ay, Dios. De pronto se abrió la puerta y una chica de unos treinta años se la quedó mirando.

—Hola —atinó a decir Eva.

—Ah, hola. —Y sin más, salió otra vez de la cocina.

¿Qué había sido eso? Esa no era ni la madre ni la hermana de Brad.

La mujer era rubia y espectacular. Llevaba un vestido ceñido que marcaba su silueta de modelo.

—¡Brad! —La oyó vociferar—. ¡Cariño!

¿Cariño? Se quitó el delantal y lo lanzó sobre la mesa de la cocina. ¿Qué hacía esa mujer llamando «cariño» a su Brad? Alguien necesitaba ser informada, no sabía bien cuál de las dos. Tal vez ambas.

Cuando salió, seguida de cerca por Max, la vio venir de la habitación de Brad con el ceño fruncido. ¿Quién era esa estirada para pasearse por la casa de Brad como si fuera la dueña?

—¿Sabes dónde está el señor? —demandó dirigiéndose a ella.

—¿El señor? ¿Quieres decir Brad?

La chica se la quedó mirando con actitud retadora.

—Debes de ser nueva. Soy Deborah Wilde, amiga del señor Bradford Holmes. Y deberás dirigirte tanto a él como a mí con el debido respeto.

Eva levantó una ceja y cruzó los brazos bajo el pecho. Max no se movía de su lado y tenía las orejas tiesas observando a la chica con desagrado.

—¿Y por qué debería hacer eso? ¿Acaso te he faltado al respeto? ¿A ti o a él?

La mujer se envaró más de lo que estaba y echó por encima de su hombro

la rubia y larga melena.

—Oye..., como te llames...

—Soy Eva...

—Qué nombre más ordinario... —murmuró haciendo rodar los ojos.

Eva dio un paso al frente y la señaló con el dedo.

—La única que está faltando al respeto aquí eres tú. ¿Sabes cuántas «*Deborah's*» se anuncian en las páginas de contactos?

Deborah se puso más tiesa aún. Esa mujer tenía un palo metido en el culo.

—Pero, ¿tú qué te has creído? Sigue con tus labores, imagino que para eso te han contratado, ya hablaré yo con el señor acerca de tu manera de dirigirte a mí.

—«El señor», como tú lo llamas, es mi novio y...

—¡¿Qué?! —gritó consternada.

—Lo que has oído, y ahora, ¿te largas tú sola? ¿O prefieres que te saque de una patada en ese petulante trasero tuyo?

La tal Deborah la miró de arriba abajo con todo el descaro y asqueada. «A este paso te vas a llevar una hostia que no te va a reconocer ni tu padre», pensó irritada y haciendo verdaderos esfuerzos por retenerse.

—¡¿Cómo te atreves?! Brad no saldría nunca con alguien cómo tú...

Max gruñó, pero ella le acarició entre las orejas y pareció calmarse.

—¿Y eso quién lo dice?

—Lo digo yo, que lo conozco desde hace mucho tiempo y también conozco a su familia. Tú no encajarías en su vida social, ellos no te aceptarían. No creo que nunca te muestre en público.

Eva, se enfureció, solo le faltaba un segundo para lanzarse sobre ella y

arañar su delicado cutis.

—En lo que a mí respecta, me importa una mierda la opinión de una amargada con estreñimiento. ¿Tú sí le acompañas a algún sitio? Pues déjame decirte que con esa cara de frígida estúpida, dudo mucho que alguien quiera tenerte cerca.

—¡Dios mío! ¡Sal de esta casa, o llamo a la policía! —El perro pareció entenderla y se acercó a ella de manera intimidante —. ¡Aparta, bicho! — gritó como una posesa.

—Ven Max, ninguno de los dos queremos que te contagie la rabia, ¿verdad, precioso?

—¡Eres una energúmena!

—No te preocupes, ya me voy. —La conversación estaba decayendo y no podían estar insultándose mutuamente de manera infinita, quería salir de aquí cuanto antes —. Si me quedo un minuto más acabarás acudiendo al dentista más cercano.

Deborah dio un paso atrás.

—Aun no entiendo qué ha podido ver en ti, eres una barriobajera...

—Una barriobajera ya te habría partido esa cara de higo que tienes. Te aseguro que yo tampoco sé qué pintas tú en su vida. Solo se me ocurre que lo único que deseas es meterte en su cama.

La última frase la dijo sin pensar, solamente para insultar a esa *snob*. ¿Se estaría acostando con él?

—Lo que hagamos Brad y yo en la intimidad no es de tu incumbencia — soltó con una sonrisa insolente.

Un profundo dolor perforó su pecho. La desconfianza hacia su novio y una gran decepción se apoderaron de ella.

—No, no lo es, y tampoco estoy familiarizada con el trabajo de las prostitutas de lujo.

La chica se puso pálida y abrió la boca para decir algo, pero Eva ya había cogido su bolso y a Max, y ya había salido dando un portazo. Esa idiota la había puesto furiosa y Brad también. ¿Por qué tenía llaves de su apartamento esa tía?

Cada día que pasaba junto a ella era una experiencia nueva. A Eva le gustaba todo; desde cenar en un tailandés hasta patinar sobre hielo en la plaza Rockefeller Center. Se entendían perfectamente en la cama y fuera de ella, tenían gustos similares y pasar el rato juntos era lo más parecido a estar con la mujer perfecta. Se había acostumbrado a sus bromas, a sus carcajadas e incluso a sus contestaciones sin filtro. Y eso para él era algo novedoso, ya que siempre estaba rodeado de pedantes.

Llevaban juntos casi un año cuando las cosas se torcieron gracias a Debbie, que no sabía tener el pico cerrado.

Eva y Sue seguían viviendo en el mismo apartamento, un poco lejos del estudio de arquitectura pero a solo un par de manzanas de su hogar, por lo que Eva a veces iba dando un paseo hasta su apartamento y lo esperaba mientras él se duchaba para salir, ya que lo hacía siempre más tarde que ella. Aunque la mayoría de los días terminaban los dos en la ducha y sin ninguna otra pretensión que seguir descubriendo sus cuerpos.

A las tres de la tarde Eva le envió un mensaje diciendo que iría directamente desde el trabajo, su amiga Sue, y ahora también la suya, iba a estar en el apartamento que compartían con Jack. Ella se sentía como una

intrusa en su propia casa y le preguntó si podía esperarle en la suya y usar su baño para asearse. Brad no vio ningún inconveniente. Llamó a su portero para que la dejara entrar en su apartamento. Aún no le había entregado una llave, pero lo haría.

Media hora antes de salir de su despacho, apareció la gran jefa con un soberano cabreo y pidió, si es que se podía calificar así, una reunión de los socios de última hora. Perfecto, hoy iba a llegar tarde a su encuentro con Eva. Le envió un mensaje avisándola.

Dos horas, dos malditas horas oyendo a Ingrid arremeter contra Berguel & Asociados, la competencia directa, por haberles *robado* un caso importante. Culpó a todo el que se puso por delante y amenazó con rescindir contratos si no conseguían pronto un caso de relevancia pública. La mujer quería destacar en la ciudad de Nueva York de la manera que fuera y pisando a quien se le antojase. Suerte con eso.

Subió en el ascensor y entró en su apartamento llamando a Eva, no obtuvo contestación pero la sorpresa se la llevó cuando encontró a Debbie sentada en su sofá con los brazos cruzados y una bebida en la pequeña mesa de enfrente. Estaba pálida y enfurruñada.

Mierda. Ella sí tenía llave, lo había olvidado por completo.

—¿Debbie?

—Es bastante obvio.

—Sí, ya veo... ¿Qué haces aquí? —Se dirigió a su habitación —¡Eva! —gritó consternado, ¿se habrían encontrado?

—No la busques, se ha ido —anunció después de beber un trago de su copa.

Deborah era refinada y más pija que las pijas, se habían hecho amigos y habían sucumbido a sus deseos carnales, para él no significaba más que eso, y ella lo había entendido.

—¿Adónde?

—Pues no se lo he preguntado, pero juraría que estaba un tanto furiosa — contestó con ironía.

Joder, Debbie había elegido hoy para presentarse en su casa, precisamente cuando él no estaba.

—¿Dónde está Max?

—Se lo ha llevado, no es que me importe...

—¿Qué le has contado?

—Algo que sin duda debiste hacer tú. ¿Sabes cuánto hace que intento contactar contigo?

¿Furiosa? Eva debía estar cabreada, lo de furiosa se quedaría corto tratándose de ella.

—Debbie...

—No, Brad. Tú y yo teníamos un acuerdo que has decidido romper sin dar una explicación. ¿Cómo querías que supiera que estabas saliendo con alguien?

—Joder, Debbie.

Dejó su maletín sobre la mesa y se mesó el pelo.

—Te he dicho las suficientes veces que no podíamos quedar, ¿eso no te dio una pista? —continuó.

¿Por qué no podía tener algo de sentido común además de belleza? No le debía ninguna explicación.

—¿Disculpa? ¿Tenía que adivinarlo?

—No, pero era obvio que estaba ocupado en otras cosas...

—Pues perdona que te lo diga, pero deberías apuntar más alto. ¿De dónde la has sacado? ¿Del *Bronx*? No pertenece a nuestro círculo. Por eso he tenido que echarla, ¡por Dios! Tenías a una cualquiera metida en tu casa, ¿en qué estabas pensando? —Levantó la barbilla ofendida—. Me ha insultado y ha intentado agredirme.

Se detuvo y la miró entrecerrando los ojos.

—¿Que tú has hecho, qué? — Se cernió sobre ella que seguía sentada—. Antes de hablar así, mírate. —La señaló con un dedo—. Es la última vez que te diriges a mi novia en esos términos, ¿lo has entendido? ¿O necesitas un esquema?

Se levantó y se plantó ante él.

—¿Que me mire? Es bastante probable que vea lo mismo que tú viste alguna vez en mí. ¿O es que hacer el amor conmigo te producía náuseas? ¿Y desde cuándo tienes novia? ¡Tú! Que no querías nada serio con nadie, creí que con el tiempo terminarías enamorándote de mí.

—¿Qué? Dejé las cosas muy claras... Y para tu información, esa estrategia no te va a servir para enamorar a nadie, ¿en qué mundo vives?

—¡Te has aprovechado de mí!

Eso solo consiguió que su paciencia traspasara el límite.

—Nunca lo he hecho, era algo consensuado. ¿Tan iluso me ves? La primera vez que me acosté contigo ya pude notar que tu experiencia en la cama era dilatada. —Ella abrió más los ojos—. Sí, Debbie. Has estado tirándote a medio Manhattan, supongo que lo de conocer a los hombres durante un tiempo y después terminar en la cama es algo que no va contigo,

lo tienes que hacer todo el primer día. Lo cierto es que no me importaba. Por eso te dije, de la manera más sutil, que entre tú y yo nunca habría nada, se te ve venir de lejos. No serías capaz de mantenerte fiel a un hombre ni aunque tu vida dependiera de ello. No me interesas, no me gustas y por supuesto no estaba dispuesto, ni lo he estado nunca, a comprometerme contigo.

El rostro de Debbie tuvo una más que evidente transformación; la casi insignificante cara de furia pasó a la de ira en un fracción de segundo.

—¿Me acabas de llamar puta?

No, él nunca faltaría a una mujer de ese modo.

—No, Debbie. Te acabo de explicar cómo me siento con respecto a ti. No soy una de tus conquistas y, por si aún no te ha quedado claro, nosotros no hacíamos el amor. Nosotros follábamos, y créeme, en eso eres buena.

—Serás... —Alzó la mano para abofetearlo, él lo impidió cogiendo su muñeca. Era la primera vez que veía a Debbie perder los papeles. Sus modales refinados acababan de irse a la mierda.

—¡Sois tal para cual!

—Vete Deborah, y deja la llave en la entrada.

—¡Hemos terminado! —gritó con altivez. La llave aterrizó en el sofá.

Pero, ¿qué cojones?

—¡Nunca hemos empezado!

Pero sus palabras quedaron solapadas por el portazo que dio ella al salir.

Buscó el móvil en su bolsillo y llamó a Eva, su teléfono no estaba operativo. No la iba a perder, era la mujer que había conseguido que él se sintiera a gusto. Había terminado queriéndola y si ella no le daba una patada en su estúpido trasero, tenían que hablar y darle una explicación sobre la aparición de Debbie en su casa.

Capítulo 5

—¡Es un cretino! Y esa mujer me ha tratado como si fuera basura, Sue.

—Nena, cálmate. —Sue la abrazó.

—Eva, seguro que el hombre tiene una explicación para eso —intervino Jack, que se estaba bebiendo un whisky, tan tranquilo, apoyado en la barra de la cocina sin perder de vista a Max.

Eva lo miró con todo el desprecio que pudo. «Mira quien fue a hablar». Se dio la vuelta para dejarse caer en el sofá.

—Jack, por favor, ¿podrías dejarnos a solas? —pidió Sue con su dulce voz.

«Eso, porque si no lo haces te voy a arrancar las pelotas, pedazo de imbécil» Pensó Eva apartando la vista.

—Está bien. Me voy a casa. Mañana nos vemos —dijo acercándose a su amiga y besando su frente.

«Pero, ¡¿qué gilipollas enamorado le daría un beso en la frente a la mujer que ama?!». Daba igual, tenía cosas más importantes de las que preocuparse. Como por ejemplo, averiguar por qué su novio tenía a una mujer de repuesto, o algo así.

¿Era con ella con la que acudía a los actos sociales? Esa mujer le había dicho cosas muy insultantes y dolorosas. Eva no venía de una clase social alta, pero no estaba por debajo de nadie. La tal Deborah, como se había presentado, era la síntesis de la sofisticación y la buena clase social. La había echado de casa de Brad alegando que si la familia de su novio se enteraba de su relación no la aceptarían, solo eso la hizo reaccionar, ¿Brad la estaba usando para desafiar a sus padres? Pues ya era mayorcito para esas

gilipolleces.

No le había dado un par de hostias, a la Deborah esa, y no la había lanzado por la ventana, solo para demostrar que ella también tenía una buena educación. Por eso, y porque había pensado que ya tendría su oportunidad. Aunque llamarla frígida, estúpida, idiota y estreñida, además de puta, la había calmado bastante.

—Lo siento, te he fastidiado la noche —se disculpó ante su amiga.

—No te preocupes, cielo. Cuéntame lo que ha pasado.

Max se tumbó a su lado, parecía entender su estado de ánimo.

Sue escuchó pacientemente la historia y en algunos momentos puso cara de no entender nada.

—Yo vengo de una familia así, y nunca hemos despreciado a nadie. Tú misma entrabas en mi casa y mi madre, que las dos sabemos cómo es, jamás mostró ningún signo de rechazo.

—¡Sue! Tu madre tenía claro que no ibas a terminar casada conmigo. Pero cuando te emperraste en ir a un instituto público, te advirtió que no te encapricharas de ningún chico o te sacaría de allí.

—En eso tienes razón. Pero es dónde te conocí y eso ha sido lo mejor que me ha pasado.

La volvió a abrazar. Sue, no era como su madre, ni era clasista ni se creía por encima de nadie. Habían conectado casi al instante en que se conocieron.

—Y lo mejor que te pasará jamás —dijo en tono de guasa a pesar de estar triste y cabreada.

Sue sonrió.

—No sé qué hago con Brad, me he enamorado como una tonta, pero está claro que él tiene otra vida, se acuesta con esa guarra —continuó.

—Habla con él...

—¿Para qué? Ni siquiera sé qué decirle... Solo espero que no haya tenido una doble relación, porque si es así juro que va a desear no haberme conocido, voy a dejar mi educación a un lado para romperle...

El timbre interrumpió sus palabras.

—Ese es Brad, estoy segura. Voy a abrir, ¿te parece bien?

—Sí, hazlo. Tengo que zanzar este asunto..., supongo.

Sue puso los ojos en blanco.

—Recuerda, déjale hablar y no seas demasiado dura con él.

—¿No piensas ayudarme a esconder el cadáver?

—Ni lo sueñes.

Cuando Sue abrió la puerta pudo ver a su novio; despeinado, con la corbata floja y cara de desesperación. Barrió el salón y soltó el aire de sus pulmones.

—Joder, menos mal que te he encontrado. Llevo media hora llamándote por teléfono.

Max corrió hacia él y el hombre acarició su cabeza para después clavar su mirada en ella.

—Pasa, Brad —intervino Sue.

—Gracias. —Le dio un beso en la mejilla y se acercó cauto.

—Os dejaré solos, voy a leer un rato.

Ninguno de los dos contestó, estaban demasiado ocupados observándose, calibrándose el uno al otro.

Brad se acercó más a ella y se agachó cogiendo las manos entre las suyas. Max volvió a tumbarse en el suelo.

—Eva, lo siento.

El corazón le dio un vuelco, ¿había venido para terminar la relación con ella? De repente la ira volvió a ella, si eso era lo que quería, se iría con la cola entre las patas.

—¿Qué es lo que sientes, Brad? ¿Que no esté a tu altura? ¿Que no sea tan refinada como tu amiga Deborah? ¿O que hayas perdido el tiempo? Porque te voy a decir algo; no soy como ella ni lo seré jamás, mis padres me enseñaron unos valores que para mí son fundamentales. No acepto la hipocresía ni las pantomimas que os montáis los niños ricos. Así que te lo voy a poner fácil. Ya te puedes largar. Ha sido un placer —soltó de carrerilla.

Brad frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—¡Ah!, y dile a tu amiga que me he ido por no romperle esa cara de furcia que tiene.

—¿Que tú qué? Joder, deja que me explique.

—No es necesario...

Se levantó para meterse en su habitación, pero Brad la cogió del codo firmemente.

—Sí, sí es necesario. Y además voy a empezar por el final.

Lo miró levantando una perfilada ceja.

—¿Cómo?

—Te quiero.

Llevaban meses, casi un año juntos, y esas palabras aún no habían salido de su boca.

—Yo también te quiero, Brad. Pero no voy a vivir esta vida de engaño. Ya

te lo has pasado bien conmigo, pero es a ella a la que seguramente tienes en mente para tu futuro. No soy así, no seré la diversión que le falta a tu vida.

—Escúchame, nena. No sé de dónde has sacado esa estrafalaria teoría. Tú eres mi futuro, no ella. No puedo dar marcha atrás y borrar mi vida anterior pero quiero que sepas que no hay otra mujer, solo estás tú.

—¿Y por qué se ha puesto así? ¿Por qué ha nombrado a tu familia? ¿Por qué dice que se acuesta contigo?

—Debbie es así. Cuando no puede salirse con la suya, ataca. No hay nada entre nosotros ni lo hubo nunca, era solo sexo hasta que te conocí. Está fuera de mi entorno desde hace tiempo.

—Creí que llevabas una doble vida...

Ahora se arrepentía de no haberle saltado algún diente por la simple razón de haber tocado a su Brad.

—¿Qué? ¡No! Nunca haría eso, Eva.

—¿Lo dices en serio? Porque aún tengo ganas de estrangularte.

Brad sonrió por primera vez desde que había entrado en el apartamento.

—Yo solamente de besarte, nena.

—Pues hazlo.

Se fundieron en un beso que decía muchas cosas, lo mucho que se amaban y lo determinados que estaban a seguir haciéndolo. A veces el destino ponía a la persona correcta en tu camino y Eva sentía que Brad era esa persona. Su futuro.

—Quiero que sepas que a Max y a mí, nos cae muy mal esa mujer —le dijo cuando terminaron el beso.

—Lo tuyo puedo intuirlo, lo de Max ya viene de lejos —contestó haciendo una mueca.

—¿Qué hay de tu familia? ¿Es cierto lo que ha dicho esa...

—No, te los presentaré y verás por ti misma que Debbie solo quería asustarte.

—Está bien. —Lo miró seria—. Siento haberte insultado —admitió arrepentida.

—Nena, no me has insultado.

Eva soltó el aire.

—¿Confías en mí?

—Sí, y siempre lo haré.

—Entonces créeme; te he insultado mentalmente. Y he ideado diferentes formas de torturarte, todas medievales. Con final sangriento.

De pronto la levantó y la llevó en brazos a su habitación.

—Voy a enseñarte otras maneras de torturarme sin que termine en asesinato.

—Sue está en su habitación...

—Sue lo entenderá.

Dos semanas más tarde acudieron a una de las muchas fiestas que organizaba su madre en Chicago. Eva miraba la mansión, donde había crecido, con admiración cuando bajó del coche.

—Es espectacular.

—Lo es —dijo cogiendo su mano y subiendo la escalinata que conducía a las grandes puertas de entrada.

Tanto su padre como su hermana aceptaron a Eva con cariño, fueron educados y amables con ella. Sin embargo, su madre ya había puesto el grito en el cielo. Había incluso hecho investigar a Eva, y una tarde, hablando por teléfono, trató de convencerlo de que no era la chica acertada para él. No lo consiguió, Eva era Eva y nadie iba a lograr que él dejara de amarla.

Tenía que darle crédito, su chica había sabido tolerar y dejar pasar las miradas que su madre le lanzaba sin descanso. No se dejaba intimidar fácilmente, contestaba con la más absoluta sinceridad y naturalidad a las preguntas que le hacía sobre su familia. Dejando claro que amaba a sus padres por encima de todo y que a pesar de que tenían una vida alejada de sus hijos, tanto ella como sus hermanos, los admiraban y veneraban.

—Cariño, Sue y Jack se van a casar.

Acababan de tener un encuentro amoroso en el sofá de su casa y estaban desnudos y cubiertos por una ligera manta, la cabeza de Eva descansaba sobre su pecho y él la rodeaba con sus brazos.

—¿En serio? —La miró ladeando el rostro y estudiando su expresión —. No pareces muy feliz por la noticia.

Su chica hizo una mueca.

—Nunca me ha gustado ese hombre, tengo la impresión de que está utilizando a Sue.

—Nena, no veo a Sue como a una mujer que se deje manipular.

—No es eso, creo que simplemente está ciega. Ya sabes que es hijo de uno de los socios y jefe de Sue. Sospecho que ese tío aspira a algo más que a casarse con ella. La tienen en una gran estima y él es un inútil, casarse con ella es una manera de que su padre le dé la dirección de la empresa. Y el señor Wells lo hará sabiendo que Sue no le dejará dar ningún paso que ponga

en peligro la estabilidad de Wells & Hunt Architects.

—¿Te ha explicado algo para que hayas llegado a esa conclusión?

Eva se incorporó y subió la manta para cubrir sus pechos.

—No hace falta ser un lince, Brad. Sue se va a ocupar de diseñar el próximo edificio que se va a construir en la zona cero.

—¿Sí? Eso es fantástico.

—Lo es y ella está pletórica, pero es por eso que sospecho que Jack Wells no la dejará escapar, ella se ha ganado la confianza de su padre, algo que él no consigue. Es una bala perdida y Sue no parece darse cuenta.

Por unos minutos ninguno de los dos dijo nada.

—Es mayorcita y una mujer inteligente. Si da ese paso es que está enamorada, si las cosas no salen bien tomará una decisión...

—Nunca tiene cara de sexo...

Brad se carcajeó.

—Nena, la gente no va por la calle con cara de sexo ni gritando a los cuatro vientos lo bien que se lo pasan en la cama.

—¡Ja! Eres muy poco observador, cariño.

—Está bien, de ahora en adelante me fijaré más.

Le guiñó un ojo y se rieron de la idea. Lo cierto, es que él no se veía observando a la gente de ese modo.

La boda se celebró seis meses después, su novia ya no había vuelto a hablar de sus sospechas con respecto a Jack, y el acontecimiento se convirtió en la portada de algunas revistas del corazón.

Sue quiso conservar el apartamento que había compartido con Eva,

aunque ya no vivía allí. Eva se mudó a otro más cercano a su trabajo ya que no tenía coche aún y no se habían planteado vivir juntos todavía. Aunque pasaban mucho tiempo en casa de uno o del otro. Era una mujer fantástica, exuberante y preciosa, además de inteligente, que nunca dejaba de sorprenderlo con sus salidas de tono. Era un soplo de aire fresco al que no renunciaría por nada del mundo. Ni siquiera cuando se ponía celosa, algo que a veces le divertía y otras lo irritaba.

De vez en cuando se empeñaba en preguntar sobre las mujeres que había tenido en su cama antes de que ella apareciera y, aparte de acojonarse, prefería capear el tema. Sabiendo los prontos que se gastaba, había decidido convertir su vida anterior en un secreto de estado. Eran relaciones superficiales que nada tenían que ver con su amor hacia ella. Eva había sacudido su mundo.

Capítulo 6

Nueva York

En la actualidad...

—Nena, ¿nos vamos? —insistió Brad por enésima vez desde el salón. Su hermana acababa de marcharse llevándose a Max con ella, se había ofrecido a cuidar de él mientras estaban fuera.

Eva resopló, estaba en la habitación y no había manera de cerrar la maleta, si le pedía ayuda acabaría sermoneándola por haber metido tanta ropa para solamente una semana, pero una mujer tenía sus necesidades básicas. Perfecto, se sentaría encima, «en las películas lo hacen y parece dar resultado», pensó entusiasmada.

Miró la maleta, que estaba encima de la cama, y saltó de espaldas para aterrizar encima. Bien, primer paso concluido, pero se estaba ladeando, intentó alcanzar la cremallera pero resbaló de lado.

—¡Ohhh! —gritó mientras volaba.

El golpe de su trasero contra el suelo fue brutal y no pudo evitar gemir. Joder, parecía más fácil en su cabeza.

—¿Pero qué coño haces? —preguntó Brad entrando a la carrera. Cuando la vio, frenó de golpe.

—Nada —refunfuñó.

—¿Cómo has terminado ahí? —volvió a preguntar mientras le daba una mano para ayudarla.

—Mejor no te lo cuento.

Pero nadie había dicho que su novio fuera un completo idiota, miró la maleta y a ella, y efectivamente ató cabos.

—¿En serio? —inquirió empezando a reírse.

—¡No te rías! —Lo señaló con un dedo amenazador—. Es imposible cerrar esa cosa, está poseída o tiene vida propia.

—Está bien, estudiemos la situación. —Se acercó a la maleta levantó la parte de arriba y empezó a quitar ropa, después la cerró y se giró a mirarla—. Listo.

—¿Estás loco? No pienso dejar nada de lo que has tirado —dijo cruzándose de brazos.

—Oh, sí lo harás, o perderemos el avión.

—No, necesito esas cosas, Brad.

—No, no las necesitas, con una maleta cada uno es suficiente —decretó.

Una hora después Brad arrastraba dos maletas hasta el mostrador de su vuelo y Eva una más. Esa mujer era imposible, no entendía para qué quería tantas chorradas femeninas; botes de colores y olores distintos, un arsenal de pintauñas y otro tanto de lápices de labios. Eva no necesitaba todo eso, recién salida de la cama ya era bonita.

—Sí cielo, te lo prometo, ¿tú estás bien?

Iban caminando por la zona de tiendas, después de haber pasado los controles de rigor, y miraba los escaparates mientras Eva hablaba por teléfono con Sue.

—Está bien, te llamaré en cuanto lleguemos, cuida de mi ahijada, nena.

Después de soltar varios besos al aire, su chica colgó.

—Está feliz por nosotros, dice que te salude y que disfrutemos de nuestras pequeñas vacaciones —le informó nada más colgar.

—¿Cómo lo lleva? —preguntó distraído mirando una botella de *bourbon* en un escaparate que estaba a un precio irrisorio para ser la marca que era.

Pero Sue le vino a la mente de nuevo, su matrimonio con Jack había resultado ser una tortura para ella, aún podía recordar lo mal que lo pasó la pobre chica, y lo bien que él se sintió cuando lo mandó lejos de la puerta del apartamento de Sue de un puñetazo. Ahora estaba con Slade Ward, merecía una segunda oportunidad y juntos habían creado una familia. Nathan, el hijo de Slade y la pequeña Alexia, que estaba en camino.

—Bien, ya se siente pesada y dice que tiene ganas de conocer a la pequeña. Yo también, y espero que se parezca a ella, como se parezca a Slade me voy a cabrear.

Brad se echó a reír. Eva y Slade no podían ni verse y a pesar de que Slade lo camuflaba a duras penas, su Eva no, y además no se cortaba a la hora de gruñir al pobre hombre con cualquier excusa. Eva era así, transparente en todo. La diplomacia no era su fuerte. Aunque sabía que en el fondo lo admiraba y era feliz por Sue, su gran amiga. Brad sabía que a Eva solo le gustaba fastidiar a Slade, disfrutaba con eso. No tenía nada que ver con las sospechas hacia el exmarido de Sue en el pasado. Con Slade era un tira y afloja que Eva mantenía solo por diversión, ver la cara con que la miraba el capitán les había arrancado más de una carcajada.

—¿Quieres comprar algo en los *Duty Free*? —preguntó cambiando de tema.

—Vamos a mirar.

Cogidos de la mano, caminaron y siguieron observando los escaparates. Este viaje lo había propuesto él después del patinazo con Helena, la esposa de Benson. Eva había tardado lo que parecía un siglo en perdonarle, y aún no tenía muy claro que lo hubiese logrado, pero si quería tener un vuelo tranquilo hasta Hawái mejor que no sacara el tema.

Tenían unas diez horas de viaje por delante, así que mientras esperaban a que los llamaran para embarcar se pasearon un buen rato y compraron una botella de whisky irlandés Midleton Very Rare, que pensaba tomarse apoltronado en una tumbona de la casita que habían alquilado al borde de la playa. Y le regaló a Eva su perfume favorito, Amouage Gold.

—Cariño, creo que ese es el nuestro —dijo Eva después escuchar la voz metálica por la megafonía de la terminal dos.

Sus asientos estaban tres filas por detrás de la cabina de los pilotos, tenían unas buenas vistas. Eva se acomodó al lado de la ventanilla mientras él ponía el equipaje de mano en el compartimento superior.

—Va lleno. —Eva estaba asombrada.

—Empieza la época de vacaciones para muchos. Hawái es un buen destino, algo clásico, pero parece que no pierde adeptos.

—A ti siempre te ha gustado, y siento decirte que no he estado nunca, así que para mí no es clásico. Además, ¿por qué lo has elegido? —preguntó apoyando la cabeza en su hombro.

—Porque hace tiempo que no iba. —Eso no era del todo cierto, pero no lo confesaría —. Después de haber ido siempre con amigos, me apetecía ir contigo.

Levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Desmadre en Hawái?

«Pregunta trampa», pensó compungido.

—Siempre íbamos los mismos, ya sabes, compañeros de la facultad de derecho.

Tenía que dispersar la mente de su chica.

—¿Sexo? ¿Drogas?

Mierda.

—Eva, tuve una vida antes de conocerte a ti...

—Lo sé, está bien, no preguntaré.

Casi suelta el aire de manera ridículamente audible, pero se retuvo. Si le daba una sola pista de que lo había puesto en un aprieto, acabaría machacado a preguntas y tendría que mentir.

Sus viajes habían sido épicos, las fiestas duraban días, el alcohol corría como si fuera agua y las mujeres..., había perdido la cuenta de las que habían pasado por su cama. Fue cuando conoció a Eva que las cosas que antes le agradaban se esfumaron como el humo. Tenía un encanto especial, había captado su interés la noche que la vio bailar de manera muy sensual en aquel bar de Nueva York. Nunca le habían faltado chicas dispuestas a pasar una agradable velada con él, pero era de carácter tímido y normalmente eran ellas las que se acercaban.

Aquella noche decidió que no dejaría escapar a la bella chica morena que se movía ante sus narices y le guiñaba el ojo descaradamente. Las chicas a las que él estaba acostumbrado eran refinadas y bastante superficiales. Eva no, era una mujer que disfrutaba de su cuerpo y nunca la había visto enmascarar su bello rostro con una falsa sonrisa como hacían las otras. Esa noche se levantó dejando perplejos a sus amigos y bailó con ella, terminaron intercambiando los números de teléfono y se besaron por primera vez.

No tardó ni dos días en llamarla, lo justo para que se le pasara la resaca de aquél sábado por la noche, y para su sorpresa ella aceptó su invitación para cenar juntos. A partir de ese momento nunca más se separaron y aunque ella lo sospechaba, ni siquiera su familia consiguió que dejara de quererla cuando la presentó en casa. Su madre había puesto el grito en el cielo, y la tachó de vulgar y chabacana cuando la oyó reír a carcajadas por alguna tontería que había dicho su hermana. Ese día salió bastante cabreado de la mansión de sus padres, y tardó meses en volver a aparecer por la ciudad del viento.

—Brad, vamos a despegar, ¿dónde estabas?

Brad se incorporó y se puso el cinturón, la auxiliar de vuelo estaba dando las últimas explicaciones sobre los pasos a seguir en caso de aterrizaje de emergencia o despresurización de la cabina.

—Pensando en cómo será la cabaña que hemos reservado, nena —dijo a modo de disculpa.

Eva lo miró, después se centró en la azafata poniendo cara de psicópata, y cuando esta terminó con las explicaciones observó su cinturón de seguridad, le dio un tirón como asegurándose de que estaba bien anclado.

—Eva, no va a pasar nada...

Sabía que lo de volar no era lo suyo.

—Es que cuando las chicas estas tan monas se ponen a advertir esas cosas me dan ganas de estrangularlas, malditas idiotas.

—Eva, es su trabajo...

—Por mí se lo pueden ahorrar, Brad. Si este bicho se cae —dijo señalando con el dedo hacia arriba y haciendo un círculo —, no va a haber Dios que nos salve, ni cinturón, ni oxígeno, nada. Solo vamos a hacer un gran *plouf* sobre el océano, seremos historia.

Se oyó como alguien detrás de ellos cogía aire de manera abrupta.

—Nena, baja la voz, vas a acojonar a todo el pasaje.

Resopló y se giró.

—¿No ve usted *Mayday, catástrofes aéreas*? Ya sabe, ese programa de televisión en donde investigan las posibles causas de los accidentes aéreos. Yo sí lo veo, y si a este avión le pasa cualquier cosa soy perfectamente capaz de adivinar la avería, pero no de salvarnos —soltó de carrerilla dejando a la mujer mayor consternada.

—Eva, joder. —empujó su hombro suavemente para que volviera a apoyar la espalda en el asiento.

—Por favor, discúlpela, está nerviosa. —Se justificó, mirando entre los asientos.

La pobre mujer asintió, pero la cara de horror no se le borró. Eva era una lunática cuando se le cruzaban los cables. Lo extraño es que lo había llevado bien hasta ahora, no había dicho ni una palabra sobre el pánico que tenía a volar, aunque subía a los aviones cuando no le quedaba otro remedio.

—Solo por este numerito nos pueden obligar a abandonar el avión —le dijo al oído.

—Bah, tampoco he dicho nada que no sepan todos los que están aquí.

Brad resopló. Joder con Eva.

Cuando el avión empezó a acelerar por la pista, ella cerró los ojos y tomó su mano apretándola con fuerza. Era eso o empezar a soltar culebras por la boca, así que se arriesgaría a perder los entumecidos dedos antes de que acabaran con la policía esperándolos en la puerta nada más llegar al destino.

El viaje fue tranquilo, básicamente porque Eva durmió casi todo el tiempo.

Esas pastillas para dormir que le había recetado el médico eran mágicas como mínimo. Y además era de la única manera que ella se relajaba y no estaba pendiente del siniestro final que rondaba por su cabeza. En todos los vuelos hacía lo mismo; quejarse, acurrucarse y dormir.

Él vio tres películas y escuchó música, hubo algunas turbulencias y dio gracias porque Eva no se enterase de nada.

—Eva —susurró en su oído unas horas más tarde.

Su novia hizo algunas muecas y abrió un ojo.

—Estoy durmiendo —dijo arrastrando las palabras.

—¿En serio? —Sonrió—. Vamos a aterrizar.

Se enderezó y miró por la ventana a su lado.

—Qué maravilla —dijo admirando las islas y bostezando—. Se me ha pasado rápido.

—Sí cariño, tengo ganas de estirar las piernas, solo me he levantado un par de veces para ir al lavabo. ¿No te duele todo?

—No, he descansado bien.

—Has dormido nueve horas...

—De eso se trataba, ¿no? —dijo guiñándole un ojo.

Brad se echó a reír cuando volvió a bostezar.

—Te va a costar despejarte.

Aterrizaron y después de que le soltara la mano, que a duras penas había podido recuperar, recogieron el equipaje y alquilaron un coche. Conocía el camino, solo tardarían una hora en llegar.

Capítulo 7

Se sentía algo atontada aún y le picaba el cuello por culpa del puñetero collar de florecitas que le habían colocado al entrar en la terminal. Lo de dormir a base de pastillas era algo artificial que a su cuerpo le costaba asimilar, después siempre estaba unas horas medio ida. Pero ver el paisaje que tenía delante la estaba ayudando a permanecer al menos más atenta.

Brad puso la radio del coche y *What Hurts the most* de Rascal Flatts sonó en el pequeño habitáculo, le gustaba esa canción y la empezó a tararear.

—Brad, deberíamos pasar por algún centro comercial, no creo que haya nada en la casa de la playa —recordó de repente.

—No te preocupes por eso, ya pedí que dejaran comida en la nevera, y fruta.

—Estás en todo.

—Sí nena, soy así de eficiente.

No iba a discutir eso, Brad era detallista, pero aún tenía que superar su última crisis de pareja y estaba deseando pasar unos días con él, olvidar todo lo que había pasado y empezar de cero. Lo haría. La maldita canción no ayudaba mucho, así que movió el dial. El grupo Rudimental llenó el aire y ahora fue Brad el que empezó a cantar a pleno pulmón *Lay it all on me*. La miraba de vez en cuando sonriendo.

La casa era totalmente blanca y pequeña; solo una habitación y un salón con una pequeña cocina americana. Estaba muy limpia y todos los muebles, aunque escasos, parecían nuevos. Habían vuelto atrás en el horario, así que aún tenían todo el día por delante. Eva guardó la ropa en el armario, y después se duchó. Cuando salió se puso un pequeño bikini y una camisa

blanca encima, de tela vaporosa, que le llegaba a medio muslo.

—Eva sal, aquí se está genial —la llamó Brad desde el exterior.

—Voy —contestó dejando a un lado la toalla con la que se estaba quitando el exceso de humedad del cabello.

Su novio estaba tirado en una hamaca de madera con los ojos cerrados. Se sentó a su lado en la otra hamaca y miró el océano, observó a algunos surfistas entusiasmados y con talento. Las olas rompían en la orilla a unos escasos diez metros de sus pies. El aire olía a mar y la ligera brisa enredaba algunos mechones de su pelo.

—Oh, esto es genial, qué aguas más cristalinas...

—Sí —dijo abriendo un solo ojo —. Nena, creo que me voy a mover, si sigo aquí me dormiré.

—Pues la idea era no hacer nada —respondió riéndose.

—Quiero llevarte a comer a un lugar estupendo, dame unos minutos. Una ducha y salgo. —Le dio un beso en la punta de la nariz y entró en la cabaña.

Eva miró al horizonte y respiró hondo, el sol caía a plomo sobre ella, por suerte ya tenía algo de color así que no se quemaría inmediatamente. Observó a su alrededor, vio a gente en la orilla y a otros sentados, como ella, en las hamacas justo delante de sus cabañas. Le llamó la atención un tío totalmente vestido, con un traje y calzado, apoyado en una baranda de madera de una de las cabañas, seguro que acababa de llegar igual que ellos.

Brad no tardó mucho en salir, se había puesto un bañador y lucía su trabajado cuerpo bajo el sol, llevaba dos copas de cóctel en la mano.

—Yo diría que no deben ser ni las once de la mañana, cariño.

Brad se carcajeó y le ofreció una.

—No llevan alcohol, lo he hecho con la fruta que hay en la nevera.

Dio un buen trago, la verdad es que tenía sed, estaba delicioso y bastante frío. Dejó la copa encima de la pequeña mesita, que había entre las hamacas, y cerró los ojos. No estaba demasiado despejada aún.

De pronto sintió una mano que pasaba por detrás de su cintura y otra por debajo las rodillas, abrió los ojos y Brad se cernía sobre ella.

—¡Brad! —gritó adivinando las intenciones del hombre.

—¡Vamos, nena!

Echó a correr con ella acuestas y después de saltar un par de olas se sumergió llevándola con él. Tragó agua y la sal se instaló en su garganta, salió tosiendo para cachondeo de Brad. Maldito fuera.

—Estás loco, ¿me has traído a Hawái para acabar conmigo? —farfulló lanzándole agua con el pie.

El agua les llegaba un poco más arriba de la rodilla.

—Claro, esa era mi intención, ahogarte en un palmo de agua —dijo riéndose.

Se acercó a ella y cogiéndola por la cintura la levantó. Ella envolvió las piernas en sus caderas.

—Estoy loco por ti y nunca dejaría que te ahogases de una manera tan ridícula.

—Gracias, muy considerado por...

No pudo terminar la frase tal como hubiera querido, con un movimiento rápido capturó su boca y la besó. Brad besaba siempre con mucha pasión como si temiera perderla de un momento a otro, desde que se habían conocido nunca dejó de desearla, y se lo demostraba a diario. Después del lamentable suceso con Helena, ella había perdido toda la fe en él, pero quería recuperarla, volver a confiar en su amado novio.

—Cariño, vamos a dar un espectáculo, no es que me importe...—dijo separando sus labios de los de él.

—Lo sé, pero quiero que sepas que me pones a cien y creo que tengo la evidencia pegada a ti.

Se echó a reír. Sí, algo estaba creciendo entre ellos y lo notaba físicamente.

—Deja de hablar como si estuvieras en la sala del juzgado.

—Deformación profesional, preciosa.

Bufó.

—Está bien, a ver cómo lo hacemos ahora para volver sin que nadie vea tu tienda de campaña.

—Fácil, contigo exactamente donde estás.

Y con fluidez echó a caminar de vuelta a la cabaña, pasaron de largo las bebidas y entraron. Brad cerró la puerta con el pie, y la llevó hasta el dormitorio donde una gran cama los estaba esperando. Cayeron sobre el lecho completamente empapados y riéndose. Giró sobre sí misma y se sentó a horcajadas sobre su miembro, resbalaba sobre él y Brad hizo una mueca.

—Espacio, Eva.

—Ajá —soltó sin dejar de moverse.

Brad centró su atención en sus pechos.

—No llevas la parte superior del bikini —dijo abriendo los ojos como platos.

—Eso parece —dijo mirándose a sí misma, opps.

—Transparenta —argumentó sentándose.

—Sí.

—Magnífica imagen. Ven aquí.

Tiró de la camisa y la hizo bajar por sus hombros, dejando sus brazos atrapados con la tela.

—Brad, no me inmovilices, no me gusta eso.

No contestó, estaba ocupado en atrapar uno de sus pezones con la boca. Tiró de él con los dientes sin hacer demasiada presión. Un ligero temblor recorrió todo su cuerpo. Pero lo de no poder mover los brazos la estaba matando, era algo con lo que no podía vivir. Estar atada sin poder moverse era una de sus peores pesadillas.

—Brad, necesito moverme.

—Vale nena, no te pongas nerviosa. —Empezó a bajar más la camisa hasta que quedó en su cintura. Respiró más calmada.

—Quedó claro en una ocasión que no me van estos juegos —dijo empujándolo.

—Sí, lo recuerdo y también recuerdo que tuvimos que darle explicaciones al vecino para que no avisara a la policía.

—Maldito cotilla entrometido.

Brad no pudo evitar soltar una carcajada.

—Pero si los gritos que dabas se oían desde la calle...

—¡Me llamaste paranoica! —dijo a la defensiva.

—Ya, pero no me refería a tus gritos contra mí, sino a los gritos que dabas cuando te até. Juro que creí que estabas bromeando.

—Pues ya viste que no...

—Ya, tu intento frustrado de darme una «soberana paliza» —dijo imitando unas comillas con los dedos —, fue bastante elocuente.

—Bah, ni siquiera llegué a rozarte.

—Por suerte, cielo. El gimnasio tiene que servir para algo, intentaste atizarme con la lámpara.

Se levantó con el ceño fruncido y volvió a colocarse la camisa sobre los hombros, después la cruzó cubriendo su desnudez.

—No, no te vayas, da la cara, cariño. Ese arranque violento me podía haber costado la cabeza.

Brad no dejaba de reírse. Pero aquel día ella perdió los papeles. Aun le debía una disculpa.

—Brad, te costó entender que no me gusta que me aten, no puedo con eso.

—Solo estábamos jugando, no volverá a suceder.

—Lo sé, siento haberme puesto así...

—Alto ahí. —Brad saltó de la cama y se plantó ante ella —, ¿me estás pidiendo perdón?

Carraspeó incómoda.

—Creo que sí...

—Nena, solo te defendiste, como hubiera hecho cualquiera...

—Fui un poco violenta...

Bajó la cabeza, en realidad fue a por él con ganas.

—¿Violenta tú? —dijo poniendo un dedo en su barbilla para alzar su rostro.

Ver la sonrisa en el rostro de Brad la hizo sonreír a ella también.

—Está bien, se me fue de las manos. No logro entender a qué viene ese miedo irracional a quedar paralizada, a no ser dueña de mis movimientos...

—Te lo pregunté y aceptaste, pero después te pusiste furiosa.

—No quiero ni pensar en los juegos que has tenido con otras mujeres...

Brad se apartó y levantó el dedo índice apuntándola directamente.

—No Eva, no vayas por ahí.

Se pasó la mano por el pelo.

—El pasado es el pasado; yo no pregunto y tú tampoco. Solo te diré que tú eres mi presente y que no te cambiaría por nada ni por nadie que haya visto o conocido en mi vida antes de que aparecieses en ella.

Y así era como debía ser, pero su lado masoquista quería saber más, qué mujeres habían pasado por su vida, qué tipo de relación habían tenido y sobre todo qué recuerdos guardaba de ellas. Pero no preguntaría, de momento.

—Eso es muy bonito por tu parte, aunque pienso que no deberíamos tener secretos, Brad.

Clavó su mirada en ella y sonrió de lado.

—No confundas los secretos con los recuerdos, nena. No hay necesidad de contarte cosas con las que acabarás torturando tu mente, y lo cierto es que no es para tanto. Ni hubo tantas mujeres como imaginas ni orgías como sospechas, estar con una mujer era una necesidad básica en aquellos tiempos. Todos tenemos un pasado y el mío no es muy diferente al tuyo.

Mierda, ¿por qué coño tenía que dar explicación alguna? Esperaba haberla tranquilizado. Si había algo que no soportaba de Eva eran sus celos.

Decidió que lo mejor sería distraerla. Avanzó y cogiendo su rostro entre las manos la besó con fervor, la deseaba y solo ella podía calmar ese devastador incendio interior que estaba creciendo con fuerza.

—No quería estropear...—dijo contra sus labios.

—No hables, Eva, solo siente.

La desnudó sin dejar de besarla y, cuando ella se deshizo de la braguita del bikini y de su propio bañador, la volvió a tumbar en la cama. Observó su cuerpo menudo algo bronceado y se relamió, estaba a punto de darse un buen festín con ella.

Quería recorrer todo su cuerpo con la lengua, sentir su suave piel y amarla hasta que pidiera clemencia. Ella era todo lo que había deseado alguna vez en una mujer; independiente, alegre e inteligente. Incluso amaba de ella sus cambios repentinos de humor, nunca se aburriría a su lado, eso era más que evidente.

Tenía solo un poco de vello en la entrepierna, depilado de manera que solo era una pequeña línea vertical, leyó por enésima vez el pequeño tatuaje que había en horizontal justo donde empezaba el vello y aún le dieron ganas de reír, fue en un viaje que hicieron a Las Vegas, cuando lo vio por primera vez se descojonó a gusto. «¿Te has tatuado, *Insert Coin?*» le había preguntado partiéndose de la risa. «Sí, es un recuerdo de esta maravillosa ciudad», había respondido ella totalmente convencida.

Se agachó y recorrió con la punta de la lengua las redondeadas letras, lo que arrancó un suspiro de su chica, continuó hacia abajo y cuando ella le dio acceso abriendo sus muslos se sumergió en su cavidad, oír los gemidos que le estaba arrancando le estaba poniendo a cien, pero continuó la exploración de manera lenta y pausada. De pronto una mano aterrizó en su cabeza y le empujó hacia sus pliegues más íntimos. Eva era una mujer necesitada en estos momentos y él no la iba a defraudar.

Siguió lamiendo e introdujo un dedo en su canal, ella agarró las sábanas en sus puños y arqueó el cuerpo dándole una espectacular imagen de sus pechos

erguidos, lo estaba matando.

—Ohh Brad, no pares...

Se empleó a fondo diversificando las caricias con los dedos y la lengua hasta llevarla al límite y dejarla caer, el pequeño grito que abandonó sus labios fue una clara señal de que lo había disfrutado mientras se estremecía. Besó su centro y se deslizó sobre ella hasta llegar a sus pechos, los besó y acarició mientras ella permanecía con los ojos cerrados y una pequeña sonrisa en la boca.

De repente una mano agarró su miembro y ella amplió su sonrisa. Comenzó a deslizarse dentro de su puño, a balancearse en su mano. Se dejó llevar hasta que su aguante pendió de un hilo. Se apartó de ella y ante el ceño fruncido de Eva la cogió por la cintura y la hizo girar poniéndola sobre sus rodillas y manos, se colocó detrás y desde esa posición la penetró.

Empezó con embestidas lentas y profundas, besó su espalda después de apartar su largo cabello negro y apoyó una mano cerca de la de ella mientras que con la otra buscaba su centro para masajearlo y hacerla llegar al mismo tiempo que él. Habían comenzado a sudar, la temperatura subía por momentos, así como su excitación. Aumentó sus movimientos y a juzgar por la respiración de Eva, estaba a punto de correrse.

Juntos se estremecieron de placer. Eva repetía su nombre y él gruñía, de un tiempo a esta parte lo de gruñir se estaba convirtiendo en un hábito, tanto si se enfadaba con ella como si le hacía el amor. Su chica despertaba cosas en él a las que no estaba acostumbrado aún.

—Te quiero, nena —dijo cerca de su oído.

Ella dobló los brazos y estiró las rodillas dejándose caer en el colchón.

—Te quiero Brad.

Se tumbó a su lado y Eva apoyó la cabeza en su pecho.

—¿Tenemos tiempo para dormir un ratito?

—¿Tienes sueño?

Pero si había dormido como una marmota en el avión.

Dos dedos, índice y pulgar, aparecieron en su campo de visión separados por un par de centímetros. Está bien, aún podían descansar un rato antes de ir a comer algo.

—Duerme un rato, después saldremos a conocer la isla.

Capítulo 8

No podía respirar, Eva intentaba llenar de aire sus pulmones pero era imposible, un sudor frío la estaba cubriendo, probó a moverse pero algo no la dejaba incorporarse. Abrió los ojos para encontrarse en la más absoluta oscuridad..., y las manos atadas. Una neblina roja cubrió todo lo que veía negro hasta ese momento, se sentía como si estuviera en plena resaca, la boca seca y un regusto extraño en el paladar. Notaba un balanceo, estaba en un coche, la luz del freno iluminó su rostro y la cegó momentáneamente, era un maletero. «Oh Dios, esto no puede estar pasando»

Intentó gritar pero tenía la voz rasposa y solo un ligero gorgoteo salió de sus labios. Giró sobre sí misma, pero un cuerpo caliente a su lado se lo impidió. ¿Brad? Tenía que ser él. Se estaba poniendo histérica. ¿Quién la había atado? ¿Qué hacía en un maletero? Carraspeó.

—Brad. —Ni siquiera podía ver su rostro.

Se acercó y lo rozó con la nariz. De inmediato su olor la envolvió, era Brad y estaba dormido, o drogado, si tenía en cuenta como ella se había despertado. Tenía que hacer algo, él la desataría antes de que le diera un ataque de pánico.

—¡Brad! —No contestaba.

Empezó a hiperventilar, sufriría un ataque de ansiedad si Brad no la ayudaba. Tenía la mente nublada, ¿qué hacían los dos ahí metidos? No recordaba nada más que haberse quedado dormida después de haber estado juntos.

«Tranquilízate, tranquilízate» se repetía una y otra vez.

—¡Ehhh! ¿Hay alguien ahí? —gritó a pleno pulmón, lo que le ocasionó un

repentino ataque de tos.

Se oía música y al menos dos voces de hombre.

—¡Oiga! —volvió a gritar entre jadeos.

De repente la música cesó.

—Está gritando —dijo una voz.

—Debiste taponarle la boca —contestó otra voz mucho más grave.

—Teníamos que ir rápido, ¿recuerdas?

—Poner un trozo de cinta en su jodida cara no debería llevarte más de cinco segundos.

—Está bien, detente.

«No, no, no. Joder, ¡No!» Gritaba su mente. Si la amordazaban no podría pedir auxilio. «¿A quién, idiota?» Se contestó a sí misma.

—No, estamos a punto de llegar.

Soltó el aire que por fin había retenido en los pulmones. Bien, tenía que concentrarse en Brad. La música volvía a sonar a un volumen más alto ahora.

—Brad —susurró aunque sabía que no la oirían —. Vamos, Brad, despierta.

Lo empujó con el hombro y con los pies, que por suerte no tenía atados.

—Brad, Brad, ¡Brad! —gritó al final.

Al momento se quedó quieta escuchando, pero esos cabrones no bajaron el volumen de la radio.

—Brad, maldita sea...

Se acercó a su rostro y le mordió la mandíbula.

—Brad —susurró con los dientes clavados en su piel.

Un quejido salió de la boca de su novio, perfecto, las cosas mejorarían ahora.

¿Eva, le estaba mordiendo?

—¡Brad! —gritó en su oído.

—¿Eva?

—Brad, Brad, estamos en un maletero, estoy atada...

¿Qué? Eva cada vez estaba peor, debía estar soñando.

—¡Brad! ¿Me oyes? ¿Estás bien? ¿Puedes desatarme?

—Para, para, nena. ¿De qué estás hablando? —Abrió los ojos, pero no se veía nada —. ¿Dónde coño estamos?

—No lo sé, bueno sí, en un maletero. He gritado y me han oído, querían taparme la boca...

—¿Te han oído? ¿Quiénes?

De pronto las imágenes acudieron a su mente. Algo le había despertado, un hombre había entrado en la cabaña. Se levantó y cuando iba a preguntarle qué coño estaba haciendo sintió un fuerte golpe en la nuca.

—Ellos, esos tipos que están ahí.

Se la imaginó señalando con la barbilla.

—¿Nena, estás haciendo señales? No te veo, esto está muy oscuro...

Estaba confundido, ¿los habían secuestrado?

—Desátame, vamos Brad —presionó.

¿Eva, atada? Mierda, eso no podía ser bueno. Se dispuso a ayudarla, pero él también estaba maniatado. A ver cómo cojones se lo explicaba a ella.

—Eva, yo también estoy atado.

—¿¿Qué?! No puede ser. Brad, no puedes dejarme así, ¡No puedes! ¡Ehhh! ¡A los soplapollas del coche! ¡Pandilla de tarados! ¡Haced el favor de parar, idiotas!

Mierda, como no hiciera algo iban a terminar los dos muertos.

—¿Eva! No grites, nena. No sabemos quiénes son, ni lo que pretenden, ¿quieres que nos peguen un tiro?

—¿Estoy atada! No puedo...

—Tranquilízate, cariño. Estoy aquí, te ayudaré.

No querría estar en la piel de esos tíos cuando su chica les echara el guante. ¿Quién en su sano juicio la había metido en un puto maletero?

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —preguntó en un intento por distraerla. Él no recordaba mucho, quizás ella sí.

—Me he despertado aquí, ¡no sé nada más!

—Vale, te he dicho que no grites. Voy a intentar girarme y veremos si puedo alcanzar tus manos.

—De acuerdo, date prisa.

No era fácil moverse ahí adentro, pero si no quería acabar medio loco, lo intentaría.

—Voy lo más rápido que puedo —rezongó con el esfuerzo—. Nena, ¿me has mordido?

Sí, lo había hecho, pero seguía queriendo ocupar su mente antes de que volviera a chillar.

—No sabía cómo despertarte.

—No me lo digas; has estado gritando todo el tiempo.

Joder, se estaba quedando atascado entre el fondo y la cubierta. No se podía negar que el coche debía ser grande, pero dos personas, en un sitio como este, ocupaban todo el espacio. Su única preocupación ahora era Eva, no desatarla, sino evitar que le hicieran daño. Quizás solo buscaban dinero, él pagaría lo que fuera para que los dejaran libres, pero para eso tenía que convencer a Eva de que patear sus pelotas no sería una buena idea.

—Si te parece me quedo callada mientras estos canallas nos raptan.

Y ahí estaba la prueba.

—Cuando nos saquen de aquí, deberías dejarme negociar con ellos. Mantenerte al margen.

La oyó resoplar, le estaba pidiendo demasiado, ¿Eva, calladita? Ni en sus mejores sueños. Maldita sea, hoy tenía que hacerle caso.

—Eva...

—Está bien, no diré nada mientras no nos toquen.

—Buena chica, creo que puedo llegar a un acuerdo, seguramente quieren dinero.

—Ya, y no me ves capaz de llegar a ese mismo acuerdo —afirmó.

Sonrió en la oscuridad, era abogado, estaba más que acostumbrado a negociar. Ella, no.

—Tiendes a sacar a la gente de sus casillas cuando te pones quisquillosa, cariño.

—¿Ahora me sales con esas?...

Él se había puesto unos pantalones holgados cuando se levantó porque

había oído un ruido, pero Eva...

—Nena, ¿estás desnuda?

Esperaba que no.

—¿Qué pregunta es esa?

—Estábamos en la cama, ¿recuerdas?

La oyó coger aire de golpe.

—¡Oh!

—Sí cariño, «oh».

—Llevo algo encima, noto..., creo que es mi vestido blanco de tirantes, ese que me llega hasta los tobillos, voy descalza y...¡Oh!

Puso los ojos en blanco, su chica era muy expresiva.

—¿Qué significa ese, «Oh»?

—No llevo ropa interior.

—Bueno al menos algo te cubre.

Estos tíos habían visto a Eva desnuda y eso le estaba cabreando.

—¡Me han visto desnuda!

Y le leía el pensamiento de vez en cuando, por lo visto.

El coche frenó y los dos fueron catapultados primero hacia delante y después hacia detrás como simples muñecos de trapo. Cuando cayó sobre ella, Eva lanzó un chillido que lo dejó sordo durante unos segundos.

—En cuanto nos saquen de aquí, se van a enterar esos gilipollas...

—Eva, Eva, ¿de qué hemos estado hablando?

No había nada que hacer con ella. El lenguaje vulgar le salía cuando estaba bien cabreada.

—Joder, entendido.

Alguien trasteó la cerradura y el portón del maletero se abrió; un tipo trajeado, con gafas de sol y barba cogió a Eva de un brazo y la sacó del coche.

—¡Me haces daño, idiota! —gritó.

Brad hizo una mueca, por suerte el hombre la ignoró por completo.

Cuando la dejó en el suelo, otro hombre la agarró por detrás y encañonó su cabeza con una pistola.

—Te voy a desatar, haz cualquier movimiento extraño y tu novia será historia.

El tío que tenía cogida a Eva era menos corpulento y más bajo, aun así parecía un tipo fuerte. Rezó para que no hiciera daño a su chica.

—No os daré ninguna excusa para hacerlo.

—Perfecto, entonces todo saldrá bien.

Sacó un cúter y procedió a cortar la brida con que lo habían atado.

—Bien, ahora sal.

Tenía el cuerpo entumecido pero se obligó a ponerse en marcha, salió del coche y se plantó. Un fuerte dolor en la parte posterior del cráneo le recordó que alguien le había golpeado con saña. Miró a su alrededor pero ya estaba oscureciendo y no fue capaz de determinar en qué parte de la isla estaban. Si algo tenían a su favor, Eva y él, es que conocía bastante bien el lugar. En algún momento se situaría.

El de la barba apuntó a su pecho.

—Empieza a caminar —ordenó indicando un camino empedrado a su izquierda.

—Si lo que queréis es dinero, todo esto no es necesario.

El hombre apretó el cañón del arma en su pecho e ignoró su comentario.

—He dicho que empieces a andar.

Ambos iban descalzos, si tenían mucho recorrido por delante...

—No daré un paso hasta que me soltéis las manos.

Brad se giró para mirar a Eva, demasiado había tardado en quejarse.

—Camina. —El hombre que sostenía a su chica la empujó.

—Ve con cuidado, capullo. —Las palabras salieron sin poder detenerlas.

—A ella no la necesitamos, así que piensa en ello a cada paso que des —le increpó de nuevo.

—Vamos nena, tranquila —le dijo a Eva intentando animarla.

Recorrieron una distancia corta, tal vez unos cien metros. Entraron en una casa medio destartada y los obligaron a sentarse en un sofá de piel agrietado. Por suerte desataron a Eva. Estaban en penumbra pero podían verse las caras. El más alto se quitó las gafas y al momento lo reconoció. Mierda, estaban en un buen aprieto. Miró a su chica y apretó sus manos, Eva frunció el ceño y le lanzó una mirada inquisitiva.

Solo le hizo una señal con los labios para que guardase silencio y ella contestó con una mueca de fastidio.

—Ahora que parece que ya me has reconocido, espero que seas consciente de lo que soy capaz.

—Benson está detrás de todo esto. —. No era una pregunta.

Eva lo miró alarmada.

—El mismo. —Se limitó a contestar el hombre sin mirarlos.

—Parece que has cabreado al jefe —apuntó el otro —, ¿te tirabas a su

mujer?

—Ya empezamos...—exclamó Eva.

—Haz el puto favor de cerrar la boca —gruñó el grandullón a su compañero.

—Yo no me he tirado a la mujer de nadie —estableció, cansado de la conversación.

—Eso es cierto, ella solo se la chu...

—¡Nena! —gritó cortándola.

—¿Qué?! No quiero que piensen que te tiraste a esa zorra.

—Que piensen lo que quieran.

—A saber lo que ella le contó a su marido. Me dijo que no diría nada pero lo hizo, la muy idiota.

Brad soltó el aire.

—No es el momento, cariño.

—Lo que tú digas —refunfuñó.

¿Eva era consciente del peligro en el que estaban?

Brad nunca acertaba a adivinar lo que pasaba por la cabeza de su novia, pero que fuese a dar semejante explicación, lo tenía confundido. Los dos hombres los miraban divertidos. Cabrones.

—¿Qué es lo que quiere Benson? Si quería una reunión conmigo solo tenía que llamarme...

—En media hora él mismo te pondrá al día. Mientras tanto podéis seguir discutiendo para pasar el rato.

—Pues a ver si no tarda mucho, nos habéis fastidiado las vacaciones —soltó Eva del tirón.

—¿Crees que eso nos importa, preciosa? —contestó el bajito.

—Pues debería, cara de culo.

—Eva... —De refilón vio como el hombre se acercaba y puso un brazo atravesando el cuerpo de Eva para protegerla —. No, espera. Está nerviosa, estas vacaciones eran importantes para nosotros.

—O atas tu lengua o te la corto —amenazó sacando un cuchillo de unos quince centímetros de su bolsillo trasero.

—Cariño... —imploró Brad.

Eva asintió, para su paz mental. Sabía que la utilizarían en su contra, no quería que ella se lo pusiera fácil a estos tipos. Se echó hacia atrás y cruzó los brazos bajo su pecho mirando al tío del cuchillo con desafío, ella era así, siempre desafiante.

El otro hombre estaba hablando por teléfono y cuando Brad vio que el canijo había dejado de prestarles atención, miró a su alrededor. Las dos únicas ventanas que habían estaban tapadas con tableros clavados a ambos lados, entre ellos entraba algo de luz pero ya estaba anocheciendo rápidamente. Aunque justo antes de entrar, él ya sabía en qué parte de la isla estaban.

—Eva, son peligrosos... —susurró.

—¿Esos? Son unos calzonazos, eso es lo que son. Tenemos que escapar de aquí —contestó susurrando también.

—El del teléfono es el que mató a Helena —informó.

—Ya me lo imaginaba...Tú tienes la culpa de todo esto, si hubieras mantenido la bragueta cerrada...

—Me temo que no van por ahí los tiros...

—Callaos. —Volvió a increpar el del cuchillo.

Cogió una silla y se sentó a horcajadas frente al sofá.

—Separaos, uno en cada esquina del sofá —ordenó apuntándolos de nuevo con la pistola.

Sospechaba que esto tenía que ver con los documentos que Helena, la mujer de Benson, le había entregado en su coche la noche que lo llamó, la misma noche en la que fue asesinada a sangre fría.

La media hora le pareció eterna. Para cuando oyeron el sonido de unos neumáticos en la gravilla ya era noche cerrada, ¿pero cuánto habían dormido Eva y él? Se habían pasado el día en la cama y sin haber comido nada.

—Abre —ordenó el que parecía estar por encima del hombre más bajo.

Capítulo 9

—Un placer volver a verte, Holmes, veo que ya estás bien acomodado, espero que te guste el lugar —ironizó Benson nada más entrar.

El hombre lucía un traje de tres piezas negro con corbata gris y zapatos a juego, lástima que pareciera un barco ballenero disfrazado. Llevaba el pelo engominado hacia atrás al más puro estilo mafioso.

—Alec Benson, no puedo decir que sea un placer para nosotros, ¿no crees que has llegado un poco lejos? El puesto a la fiscalía no merece el riesgo.

Lo miró con una media sonrisa en su sudorosa cara, la temperatura le estaba pasando factura, no se podía ir vestido así con el calor que hacía en Maui.

—Ese puesto ya no tiene ningún atractivo para mí, y creo que gracias a ti.

Iba a contestar cuando vio que Benson se centraba en Eva.

—¿Podemos hablar de esto nosotros solos? Déjala ir, Benson —pidió con educación.

—¿Desde cuándo me das órdenes?

—Solo era una sugerencia.

—Llévala de aquí —indicó a sus hombres.

—No voy a dejar a Brad aquí contigo, bola de sebo.

Eva no sabía mantener la boca cerrada, no entendía en qué universo paralelo había podido llegar a pensar que ella se mantendría al margen.

—¿Quieres que te rompa esa bonita cara? —amenazó Alec.

—Nena...vete con ellos. Cuando terminemos de hablar me reuniré contigo.

Benson se echó a reír.

—No tan deprisa Holmes, primero tendrás que hacer algo para mí. —
Volvió la mirada a sus hombres —. Sacadla fuera, después os diré lo que
podéis hacer con ella.

Un sudor frío recorrió todo su cuerpo.

—¿Qué cojones te ha hecho ella? Déjala ir, cabrón. Me tienes a mí...

—Vuelve a hablar sin que te pregunte y la mato delante de tus narices,
luego ya veré qué hago con su cuerpo.

Mierda. Este tío estaba como una puta cabra.

—¡No me toquéis, idiotas! —Eva peleó con todas sus fuerzas mientras la
sacaban de la casa, pateó a esos tíos en la entrepierna y arañó sus rostros; esa
era su chica. Pero no logró zafarse de ellos.

—Vaya fiera, ¿es así también en la cama?

Lo miró desafiante.

—Está bien, no hace falta que respondas a eso, ya lo comprobare a su
debido tiempo.

Se lanzó hacia delante y lo empujó, lo pilló tan desprevenido que cayó al
suelo como un maldito saco de mierda.

—Tócala y juro que volverás a tu despacho con tu propia polla metida
entre los dientes, hijo de puta.

Los dos tipos que habían venido con él se apresuraron a cogerlo y lo
volvieron a encañonar, esta vez, en la cabeza.

—Dejadlo —ordenó resollando por el esfuerzo al levantarse —, si alguien
le tiene que pegar un tiro, ese voy a ser yo.

Sus hombres intentaban ayudarlo, pero él los apartó.

—Manteneos a una distancia prudencial. Y tú —amenazó señalándole con un dedo regordete —, no te acerques de nuevo, o Eva terminará en un hoyo tan profundo que nunca encontrarán su cuerpo.

Maldito cobarde.

—¡Ella no tiene nada que ver con esto!

—Como si eso pudiera impedir que la borre del mapa.

Tenía que terminar con esta conversación cuanto antes.

—Tú mataste a Helena, hiciste que la mataran.

—Chico listo. Esa zorra creía que podía engañarme, supe enseguida que Tyler la había puesto en mi camino para controlar mis movimientos, en realidad, ese cabrón quería deshacerse de mí y quedarse con todo el dinero.

—Pues te engañó bien, ignorante. Te casaste con ella.

Benson lo miró cabreado.

—Estar casado me otorgaba una inestimable ventaja sobre ti, idiota. Ya sabes cómo es la gente y cómo funciona esto; un hombre familiar se gana al público antes que uno soltero.

En eso tenía razón.

—Si lo que quieres es el puesto, es tuyo.

—No Brad, ahora me has puesto contra las cuerdas. Estoy al tanto de que Helena te pasó información.

Brad empezó a sudar. Aunque era una esperanza muy lejana, creía firmemente que esto no tenía nada que ver con Helena. Debía hacerle creer que habían tenido un pequeño encuentro amoroso y nada más.

—¿A mí? Solo quedamos una noche.

Benson sonrió.

—Ya, ¿y crees que me deshice de ella por eso?

—Lo cierto es que no sé qué pasa por tu atolondrada cabeza...

—No me tomes por estúpido. Vas a devolverme esos documentos y a borrar todas las huellas que estos hayan dejado. Después desapareceré y continuaré con mi vida en otro lugar.

Sí claro, y a Eva y a él los dejaría volver a casa como si nada hubiese pasado.

—Te he dicho que no tengo nada, Helena no me dijo ni me dio nada.

—Perfecto.

Se dirigió a la puerta y la abrió de golpe mientras lo volvían a apuntar con las armas.

—¡Traed a la loca esa!

—¡No, espera! Hablemos. —No sabía muy bien cómo salir de esto, pero debía hacer algo. Ahora.

Benson se giró y lo miró levantando una ceja.

—¿Vas a ser sincero ahora?

—Sí.

Volvió a cerrar la puerta y se plantó de brazos cruzados.

—Te escucho.

Brad cogió aire.

—Helena me habló de Tyler y de ti, pero esa información se utilizó para desmontar el tinglado que tenían esa gente, sabemos que tú lo financiabas pero las agencias no están alertadas sobre tu implicación, al menos no aún.

Y era cierto, por algún motivo, Adrian Tavalas, el agente del FBI, tenía incautada esa información.

—Eso ya lo sé, por esa razón y únicamente por esa, sigues con vida.

—Entonces, ¿qué es lo que pretendes?

—Quiero que mi nombre salga limpio, seguir operando en bolsa sin que se me echen encima los federales y no tener que vigilar mi espalda a cada momento. Esos mercenarios amigos tuyos saben demasiado.

—De acuerdo, hablaré con ellos.

—Sí, lo harás, pero será para que envíen toda la documentación a un correo que te facilitaré, y la prueba de que mi nombre no aparece como sospechoso de nada. Mientras tanto, podréis volver a vuestras vacaciones siempre que mis hombres estén cerca.

Slade Ward no se avendría al trato, si algo tenía claro ese hombre es que no se dejaba chantajear.

—Está bien.

—Todo se llevará a cabo bajo mi supervisión, si algo no me cuadra, primero iré a por tu novia y después a por ti. Si voy a perderlo todo, vosotros seréis los primeros perjudicados.

—Lo que tú digas.

—Hablarás por teléfono ahora, en modo manos libres, por supuesto. Le dirás al señor Ward que las vacaciones van fabulosas pero que quieres esa documentación porque te aburres y después le pedirás que borre mi rastro. Apáñatelas como quieras pero haz que confíe en tu palabra.

Le dio su teléfono, lo habían cogido también de la casa.

Slade no entendería que él le llamase en plenas vacaciones, pero eso era un punto a su favor. El hombre era bastante desconfiado, con suerte sospecharía algo.

Tuvo que marcar el número personal de Ward, sino no podría hablar con

él de ninguna otra manera.

—Dime. —Como siempre ni un «Hola» ni un maldito, «¿cómo te va?»

—Slade, soy Brad...

—Eso ya lo sé, ¿tú no deberías estar metido en algún agujero con Eva?

Brad hizo girar los ojos.

—Estoy en ello.

—¿Y a qué se debe tu llamada?

Tendría que ser creativo.

—Verás, he estado pensando en Benson...

—Vaya, creí que estabas pasándolo bien y no pensando en idiotas.

Benson se envaró a su lado. Y Brad no pudo evitar sonreír.

—Sí, es lo que tienen los días de asueto.

—Joder, pero si acabas de llegar, por cierto mi mujer esperaba una llamada de Eva.

—Eva está en la playa —se apresuró a decir.

—Pues ve con ella.

Resopló.

—Slade, creo que Benson no es quién creemos que es. Él no financiaba a la organización, si aún no has hecho nada al respecto te sugiero que no lo hagas hasta que haya estudiado el caso de nuevo.

En el otro lado de la línea había un silencio sepulcral.

—¿Sigues ahí?

—Sí, sí. Está bien, ¿qué quieres que haga?

De momento todo marchaba sobre ruedas.

—Envíame a mi correo electrónico todo lo que tengas para volver a repararlo.

—Perfecto, en unos minutos lo tendrás.

—Gracias, nos vemos a la vuelta.

—Espero que lleves repelente para mosquitos.

Esa frase...

—No, no llevo...

—Entonces te atacarán o estarán a punto, no sé dónde estás pero si hay playa, por la noche hay mosquitos —dijo riéndose.

¿Slade bromeando por teléfono? Suponía que al decir que no sabía en dónde estaba veraneando le estaba salvando el culo.

—Efectivamente y créeme que son enormes.

Prefería pensar que estaban hablando en clave, coño, él no era militar. Pero le podía seguir el juego.

—Ni siquiera Eva puede con ellos.

—Eso son palabras mayores. Sé fuerte y aguanta hasta que amanezca.

—Gracias por los ánimos, nos vemos.

Slade colgó antes que él. «Aguanta hasta que amanezca...», recordó sus palabras.

—¿Es eso cierto? ¿No has mencionado nada de tu destino vacacional?

—Nunca digo a dónde viajo, quiero estar tranquilo, solo tú me has tocado la moral.

Benson puso cara de sorpresa.

—No ha sido tan complicado seguir tus pasos.

—Solo un energúmeno como tú podría querer seguirme.

Otro puñetazo sacudió su cara. Brad escupió sangre y se acercó a unos centímetros de su grasiento rostro. En seguida se vio amarrado por los brazos. Sus hombres, uno a cada lado, habían impedido que le rompiera la nariz al muy gilipollas.

—¿Solo sabes hacer eso? ¡Espera que te pille cuando tus gorilas no estén mirando, valiente! —vociferó en su cara.

—Lleváoslos, y no los perdáis de vista.

Lo sacaron por la puerta y buscó con la mirada a Eva. Estaba delante de un vehículo con los faros encendidos y acababa de lanzarle una piedra al tío bajito. Joder, los iban a matar antes de que pudieran volver.

—¡Te he dicho que no me toques! No me voy a ir de aquí sin Brad, así que no me vuelvas a tocar o la próxima te la mando directamente a la cabeza.

—¡Maldita hija de puta! ¡¿Jefe, no le puedo pegar un tiro?! —gritó el hombre masajéandose el brazo.

—No, de momento, pero si se da el caso, te lo haré saber.

Benson estaba de pie bajo el marco de la puerta de la casa con las manos en los bolsillos y un gesto arrogante que le haría descojonarse en su cara en otro momento, pero ahora era Eva la que le preocupaba.

Estaba girado cuando unos brazos se echaron a su cuello.

—¡Brad! —gritó plantando un beso en sus labios, eso dolió.

Eva se dio cuenta de que hacía una mueca y se apartó para mirarle.

—¿Te ha pegado? —preguntó con la frente arrugada, y genuinamente preocupada; «qué bonita es», pensó al instante — ¿Eso? —volvió a cuestionar señalando a Benson.

—Déjalo nena, ya nos vamos.

—¿Tu chica no se calla nunca? —cuestionó Benson con soberbia.

Lo que ocurrió a continuación le pareció surrealista, pero se trataba de Eva, todo lo que pudiera parecer surrealista se convertía en algo a tener en cuenta. Echó a correr, veía su vestido volar tras ella y cuando alcanzó a un Benson tan sorprendido que no tuvo tiempo a reaccionar, le dio una patada en los mismísimos testículos que hizo que el hombre se doblara por la mitad. ¡Y no llevaba zapatos!

—Para hablar no hacía falta llegar a las manos. —Le escupió en la cabeza —. ¿Te duele? ¡Pues te jodes! Le arranqué media cabellera a esa zorra de tu mujer, pero a ti te dejaré como a un puto eunuco.

Estaba a punto de ir a por ella y salir corriendo cuando oyó a los dos hombres que tenía al lado reírse entre dientes. Esos tíos estaban disfrutando con la escena. Benson no podía abrir la boca, solo boqueaba intentando coger aire.

—Ocupaos de él —ordenó el hombre de su izquierda —, nosotros nos ocuparemos del traslado y la vigilancia.

Capítulo 10

—Estoy un poco cansada de viajar en maleteros, Brad. —El tono de voz de Eva era de fastidio, aun así le dieron ganas de reír.

Se estaba sacudiendo el vestido y se miraba los pies, tenía alguna pequeña herida por haber andado descalza.

—Les has mostrado tu mejor cara, ¿qué esperabas?

—Pues le ha salvado el hecho de que no llevara bragas, sino, le pateo también la cabeza.

—No creo que se hubiera dado cuenta, cariño. Deberías controlar un poco ese carácter, nena.

Iba caminando hacia la casa y se paró para encararlo.

—Esa foca me ha cabreado. Además, sabía que sus hombres no harían nada. Estaban quejándose y diciendo que se jugaban el cuello por poco dinero.

—No confíes demasiado en eso, Eva.

—Lo hecho, hecho está.

Se dio la vuelta y continuó andando hacia la casa a paso ligero a pesar de tener los pies magullados.

—Vamos a ver qué hay en ese botiquín del baño, hay que desinfectar esa herida de tu labio.

Los hombres los siguieron.

—¡En cuanto a vosotros, ni se os ocurra entrar, no estáis invitados! —les gritó antes de cruzar la puerta.

—No, señora. Nuestras órdenes son vigilar que no salgan de aquí.

Eva gruñó como un camionero.

—Genial.

Iba a seguirla cuando el que parecía ser el que llevaba la voz cantante le tocó el hombro. Se volvió pero el hombre estaba mirando a Eva, parecía esperar a que ella desapareciera dentro de la casa.

—Señor, me gustaría dejar clara una cosa; no tenemos nada en su contra, nos pagan por este trabajo y por eso estamos aquí, así que agradecería su cooperación.

—¿Eso qué quiere decir exactamente? Te recuerdo que nos acabáis de sacar de un puto maletero.

—Lo sentimos. Pero es lo que el señor Benson nos ordenó.

—En cuanto pueda hacerme con un ordenador sacaré la documentación y se la entregaré. Mientras tanto manténganse alejados de mi mujer...

—Ese es otro punto que necesita aclaración.

Brad entrecerró los ojos.

—Aquí, mi compañero, le facilitará un portátil, deberá descargar los archivos en nuestra presencia. Y después de comprobar que todo esté correcto, nos marcharemos.

¿Así de fácil?

—No le creo.

—Deberá confiar en mi palabra, señor.

No tenía otra alternativa, los dos hombres lo miraban tras unas gafas de sol de aviador, que cubrían sus ojos, y sendas barbas. No era ningún ingenuo, seguramente no los reconocería si se cruzara con ellos más tarde. Esos tíos cambiaban de apariencia para trabajar.

Entró en la casa y fue directamente al baño. Eva estaba buscando en los armarios y cuando él entró intentó limpiar una lágrima que resbalaba por su rostro.

—Eva...

—¡Qué! —Se mantuvo de espaldas a él.

La conocía y sabía que para ella era algo bochornoso llorar, un signo de debilidad. Algo que, por cierto, no entendía.

—Nena, ¿estás bien?

—Sí...

—Has sido muy valiente, esos tíos no te han asustado ni un poco.

¿Qué podía decirle? Que darle una patada en los cojones al tipo que los había secuestrado, ¿no había sido una brillante idea? Eva se cabrearía y terminarían discutiendo. Al fin y al cabo su chica siempre iba por libre, y si había creído oportuno agredir a Benson por haber tocado a su novio, ni un millón de razones sensatas la hubieran hecho abandonar tan suicida misión.

—No Brad, ese hombre me da miedo.

—¿Benson?

—Sí, le he atacado...

—Lo he visto, cariño.

—Y...

—No debiste hacerlo —terminó por ella.

—Tal vez no.

Bien, ese era un paso importante para ella. Que Eva hubiera reconocido que aquello les podía haber costado la vida era un gran avance. Pero ni de coña lo discutiría, la conocía demasiado bien. Una cosa es que ella sola lo

admitiera y otra muy distinta era que él recriminara su comportamiento. Al fin y al cabo sabía cuál era la excusa. Eva era territorial incluso con él, lo había defendido y punto, daba igual si él lo necesitaba o no.

Eva era consciente de que los había puesto en peligro, pero no pudo frenar el impulso de patear a ese idiota. Cualquiera pensaría que no tenía miedo a morir, nada más lejos de la realidad. El problema es que no había pensado antes de actuar, le pasaba a menudo.

Sue siempre le decía lo mismo y su madre también, difícil tarea tenían con ella.

¡Sue! ¡No la había llamado al llegar!

¿Y por qué coño lloraba ahora delante de su chico?

Sintió los brazos de Brad a su alrededor y se dio la vuelta para volver a encontrar el motivo por el que se había cabreado. Tenía el labio hinchado. Lo besó suavemente y se apartó para curarlo.

—Espera, repite eso —pidió Brad atrayéndola de nuevo.

—Sí, tengo miedo.

—Me refería al beso —dijo con una media sonrisa que se transformó en mueca de dolor.

Se puso de puntillas y repitió la operación con mucho cuidado. Brad la alzó y transformó el beso en uno pasional a pesar de estar herido.

—¡Brad! —chilló apoyando las manos en sus hombros.

—Eva, ya me duele, más daño no puedes hacerme. Y no quiero que llores

más.

—No estaba llorando —debatí abochornada.

—Ok, no estabas llorando y tampoco te has limpiado las lágrimas en cuanto he entrado. —Le guiñó un ojo—. Hay otro tema del que no hemos hablado.

Eva levantó una ceja.

—Acabo de recordar que no llevas ropa interior y ya sabes cómo me pone eso —argumentó levantando la falda hasta sus caderas.

Se rio, este hombre tenía una preocupante fijación con que no llevara bragas.

—¿Y qué hay de esos tíos?

—¿Qué pasa con ellos?

—Brad...

—Que se jodan, estamos dentro de estas cuatro paredes, este es nuestro territorio.

Le apartó las manos de su trasero.

—Cariño me han metido en un maletero, he caminado descalza por el campo y me he liado a pedradas, voy llena de polvo...

—¿Y? También me gustas sucia y está claro que no te has visto la cara.

Abrió los ojos como platos y se abalanzó ante el espejo.

—¡Oh! —. ¿Pero cómo había ido así por la vida?

Tenía el rostro lleno de polvo, una mancha oscura en la frente y sendos chorretones en sus mejillas causados por las lágrimas.

—¡Brad! Podías habérmelo dicho antes, ¿no crees?

Brad la miraba a través del espejo justo detrás de ella, se agachó y besó su

cuello.

—¿En serio te preocupa eso? —murmuró contra su piel.

Cerró los ojos y saboreó el momento. Brad era un Dios del sexo. Con él se había desinhibido desde el principio. Y además estaba el hecho de que lo amaba con locura.

—No, creo que no...

—Ya sé que hemos pasado un mal rato, sobre todo tú, pero necesito esto.

—Yo también, cariño.

Sacó el vestido por su cabeza y dejó caer los pantalones holgados que algún día habían sido negros, ahora tenían un color extraño indefinido.

—Juraría que eso ha levantado polvo —apuntó mirando la ropa en el suelo y sacudiendo la mano en el aire.

—Nena, estamos realmente asquerosos.

—Empieza a gustarme.

Brad soltó una carcajada y la hizo girarse.

—Estás preciosa, como siempre. Mírate.

—¿Bromeas? Parece que aún llevo el vestido puesto.

Y era cierto, toda el área de su piel que había estado cubierta por la tela no parecía estar tan manchada.

Brad pasó las manos por debajo de sus brazos y las puso sobre sus pechos amasándolos y capturando los pezones entre sus dedos. Levantó los suyos y cruzó los dedos en la nuca de su chico, disfrutando el momento. Él besaba su cuello y lanzaba miradas de lujuria a través del espejo.

—Me gustas así de sucia, es una imagen erótica...

—Vaya con el abogado...

—Nena, soy un hombre con ciertos gustos.

—Pues este no lo conocía, cariño.

—Ni yo, pero has despertado a la bestia —dijo riéndose contra su cuello y deslizando una mano hacia abajo.

Sus dedos jugaron un poco con sus cortos rizos y se introdujeron en ella. Solo pudo separar un poco más las piernas y gemir. Sabía que no era muy normal que estuvieran a punto de saltar el uno sobre el otro después de la experiencia vivida. Bien pensado, era de locos, pero no pensaba negarse ese placer. Estaba segura de que Brad encontraría la manera de hacerle pagar a Benson el haberles arrebatado las vacaciones.

—Creo que alguien más aquí está deseando esto.

Estaba húmeda, sus dedos salieron de ella y torturaron su clítoris.

—Cariño, no soy de piedra y esa incursión tuya no me deja indiferente —dijo forzando la voz por encima del placer.

—De eso se trata, apóyate, quiero verte mientras lo hacemos.

—Eso me gusta...

—Lo sé.

Se posicionó y entró en su canal resbaladizo. Sentir a Brad en su interior era como estar en una nube. Miró hacia delante y clavó sus ojos en los de él. La mirada de su novio decía muchas cosas, pero lo más importante es que transmitía todo lo que sentía por ella. Y Brad la amaba tanto como ella a él.

La cogió por las caderas y empujó, besó el lóbulo de su oreja sin apartar la mirada y apoyó el pecho en su espalda.

—Nena, te quiero y hoy he sufrido por ti, tenía miedo de que te pasara algo...

Parecía que le había leído el pensamiento.

—Yo también te quiero, y tenía el mismo miedo. Aún quiero matar a ese tío solo por haberte herido.

—Lo sé, incluso podría ayudarte con eso, pero olvídalo, le daré lo que quiere y desaparecerá de nuestras vidas. Ahora necesito...

—Yo también, así que no me obligues a abusar de ti —dijo empujando su trasero hacia atrás.

Su extraña sonrisa afloró de nuevo y se retiró sin llegar a salir.

—Eso me gustaría verlo.

—¡Brad! —gritó dándole un cachete en el trasero.

—¿Y ahora pasamos a los azotes? Se me están ocurriendo algunas cosas...

Soltó una carcajada y acarició su rostro magullado.

—Chico, el juego ya ha comenzado.

Giró la cabeza y lo besó en los labios, iba con sumo cuidado, pero él terminó estampándose contra su boca, besándola con furia y empezando a moverse en su interior.

Llevaban juntos más de cinco años y cada vez que hacían el amor era como la primera. Las caricias que le prodigaba eran tan sinceras y desprendían tanto cariño, que solo pensar que alguna otra había disfrutado de lo mismo en el pasado, la hacía temblar de furia. Brad era suyo y aunque los celos no eran la mejor manera de demostrarlo, no podía evitar sentirlos. Aunque eso había llevado al límite su relación, su novio había demostrado ser muy paciente. Si lo pensaba con frialdad y desde la distancia, él no había podido acostarse con Helena, la mujer de Benson, eso tenía que significar algo.

¿Se podía ser más idiota? En vez de disfrutar del momento se estaba acordando de esa bruja que, aunque estaba muerta, aún ocupaba una gran

parte de sus pensamientos.

Brad pareció notar que se estaba enfriando y sin decir una palabra volvió a masajear su centro, eso la hizo volver a la realidad y apreciar el placer que él le estaba ofreciendo. Se dejó llevar y ocupó su mente con él, solo con él.

La respiración de su chico se aceleró, los gemidos de los dos llenaron el baño y una fuerte sensación de complicidad se apoderó de ella. Estaba cerca de la liberación. Tan cerca como él.

—Déjate llevar —pidió Brad con voz entrecortada observándola a través del espejo.

Se miró a sí misma y buscó los ojos de Brad, los tenía centrados en sus pechos que se movían al ritmo de sus investidas cada vez más rápidas, un fuego subió por su espalda y el orgasmo no tardó en llegar, lanzó un grito y pronunció su nombre. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en su hombro.

—No los cierres nena, mírame.

Los abrió a tiempo de ver como él alcanzaba el clímax, tensó la mandíbula y soltó un gruñido. Las manos ancladas en su cintura la apretaron contra su miembro y después la abrazó con devoción.

—Eso ha sido...

—Diferente. —Terminó por él.

—Sí, verte en tu momento más placentero me ha lanzado de cabeza, cariño.

—Tenemos que poner un espejo enorme en nuestra habitación.

Salió de ella y la giró.

—Quiero mantenerte segura, vámonos a casa —dijo serio pasando el pulgar por sus labios.

—Brad...si le das la información se irá...

—No estoy muy seguro de eso, Eva. Hizo asesinar a su mujer y sabe que puedo hacer que lo detengan de inmediato. Me parece extraño que se conforme con tener solo un expediente limpio.

—Pero él...

—Eva, escapó del país y nadie encontraba su rastro. ¿Crees que se conformará? Somos testigos de su paradero, nos va a querer quitar de en medio.

Tenía media melena cubriéndole el rostro, pasó una mano a lo largo de su cabello y lo echó hacia atrás.

—Mierda.

—Sí nena, esa es la palabra.

Capítulo 11

Brad tuvo que calmarla, estaba cabreada porque le habían robado el teléfono móvil. Arremetió contra los dos hombres que estaban vigilándolos, los insultó e intentó agredir. Tuvo que arrastrarla de nuevo a la casa ante la sonrisa socarrona de uno de ellos, el que no hablaba nunca. El otro simplemente se disculpó diciendo que no se lo podía devolver.

—No he llamado a Sue. No sabe nada de mí ni si hemos llegado bien. ¿Y si está de parto?

—Nena, está en el séptimo mes...

—¡Pueden pasar mil cosas! ¡Joder, esos tíos son unos capullos! Ella estará sufriendo.

—Eva, cálmate, ayer hablé con Slade.

Puso los brazos en jarras y lo miró furiosa.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Cariño, hemos estado algo ocupados, la ducha también tuvo su momento de gloria, ¿recuerdas?

Resopló.

—Y eso aún me hace sentir peor; yo follando y mi mejor amiga seguro que preocupada.

Alguien carraspeó detrás de Eva.

—¡Tú no puedes estar aquí! —soltó girándose para encarar al hombre que tenía detrás plantado en el marco de la puerta y que lo estaba oyendo todo.

A veces, las reacciones de su chica eran algo suicidas, le importaba poco gritar a un tipo armado.

—Estaba abierta —contestó el tío sin inmutarse ante el grito de su chica.

—Y ahora que lo pienso, tú eres el que estaba en la cabaña de al lado, me llamó la atención que llevaras un traje para estar en la playa.

—El mismo —contestó sin apartar los ojos de él.

Vio que llevaba un ordenador portátil en su mano.

—Está bien, Eva. Tengo que enviar los documentos.

El hombre pasó por al lado de Eva y dejó en la mesa el portátil, después se quedó de pie tras la silla en la que él debía sentarse. No valía la pena preguntar, debía revisar su correo y después reenviarlo a Benson. Se levantó y se sentó ante el ordenador. Estaba en modo suspendido, así que tecleó la dirección de su servidor y entró en su cuenta bajo la atenta mirada del hombre y de Eva.

—Aquí está —dijo en cuanto lo localizó en la bandeja de entrada. El remitente era S.W. y no era el correo de la empresa que Slade solía utilizar.

—Envíelo a esta dirección —El hombre puso una nota a su lado.

Lo abrió y echó un vistazo a lo que el capitán había enviado. Estaban todos los informes de los delitos cometidos por Benson e incluso los números de cuenta donde se ingresaban todas sus ganancias, tanto de asuntos ilegales como su nómina como trabajador del estado. El cabrón tenía unos ingresos desorbitados a cuenta de toda la gente que había muerto gracias a su financiación. Pensó que Slade, de manera acertada, le estaba dejando ver que lo sabían todo de él. No tenía muy claro si eso le iba a favor o en contra a Eva y a él mismo.

Un segundo archivo era un registro de los antecedentes policiales del idiota, solo habían un par de multas de tráfico y alteración del orden público de hacía unos cuantos años. Nada que lo involucrara en las muertes tanto de Helena como de la gente de los bares, aunque no lo hubiera hecho él

directamente, estaba tan metido en el asunto como los energúmenos que habían hecho estallar las bombas.

—Creo que está claro que Benson tiene aquí lo que quería...

—Envíelo y terminemos con esto. Nosotros nos iremos y ustedes podrán seguir con sus vacaciones.

No tardó ni medio minuto en hacer lo que le pedía y cuando el hombre recogió el portátil hizo un leve asentimiento de cabeza y salió del bungalow.

Se quedaron en silencio unos minutos, sin poder creer que todo había terminado.

—¿Eso es todo? —La pregunta de Eva lo pilló desprevenido.

—Sí, creo que sí —se levantó y fue hacia ella —, ahora haz la maleta, nos vamos.

No confiaba en ellos.

—Brad...

Una colosal explosión hizo saltar los cristales por los aires y notó como algunos se le clavaban en la espalda, se lanzó hacia Eva y la tiró al suelo, cubriéndola con su cuerpo. Oyó el grito de ella bajo su pecho, pero la ignoró. No sabía qué coño había sido eso ni de dónde venía.

Esperó unos minutos sin moverse.

—¡Brad! ¡¿Qué ha pasado?!

—No lo sé, pero no te levantes.

Buscó de manera frenética un lugar para refugiarse en el caso de que hubiera otra explosión. Se levantó y rápidamente arrastró con él a su novia, se parapetaron entre el sofá y debajo de la única ventana que daba al camino de entrada, levantó un poco la cabeza, pero una mano tiró de su brazo hacia abajo.

—¿Qué haces?

—Nena, joder. Tengo que saber qué ha sido esa explosión.

—Nada bueno, deberíamos correr hacia la playa —propuso alterada.

—No saldremos de aquí aún. No sabemos a qué nos enfrentamos.

De repente se oyeron gritos y pisadas rápidas sobre el camino de pequeñas piedras que conducían a la playa. Las personas que ocupaban las cabañas colindantes estaban haciendo lo que ella había sugerido.

—Voy a asomarme un momento, no te muevas.

Se asomó con cuidado, ignorando las maldiciones de Eva.

El coche de los dos tipos que los vigilaban estaba en llamas y volcado de lado. Se podían ver las siluetas de los dos cuerpos ardiendo en su interior. Mierda. Benson se había cargado a sus propios mercenarios, supuso que, nada más recibir la información. No quería testigos.

—Nena, tienes razón, salgamos por la parte de atrás, debemos buscar un coche y salir rápido de aquí.

Cogió su mano y tiró de ella. Eva se giró en el último momento para ver lo mismo que había visto él.

—Dios mío, Brad. Han matado a esos hombres.

—No te distraigas, no sabemos si están ahí los autores de la explosión.

—Ha sido Benson, ¿quién sino?

Se dirigían hacia la salida cuando unos aplausos llegaron a sus oídos.

—Muy bien, creo que la señorita se va a llevar el premio.

Brad se congeló al ver a Benson y a sus dos secuaces, el alto y el bajo, entrando a través de la pequeña cocina. Tenía la mano en el pomo de la puerta, pero era consciente de que no tenían tiempo de huir antes de que esos

dos dispararan.

—Abre esa puerta y estaréis muertos en cuestión de segundos.

Se puso entre ellos y Eva sin soltarla de la mano. La conocía, era capaz de arremeter contra Benson, de nuevo.

—Tienes lo que querías, ahora cumple tu palabra y déjanos ir.

—Solo un completo idiota se habría tragado eso.

—Lo sé, pero tenía la esperanza de que por una vez fueras un hombre íntegro.

Eva intentó salir de su espalda y la empujó hacia detrás de nuevo.

—¿Íntegro? —lo miró con desdén—. ¿Eso lo dice alguien que lo más probable es que nada más aterrizar en Nueva York empiece a largar sobre mí?

—No lo haré si dejas al menos marchar a mi novia.

El muy cabrón soltó una amarga carcajada que le puso los pelos de punta.

—Ahí te equivocas, es a tu chica a la que quiero.

Ahora la que se rio fue Eva.

—¿Quieres que termine de machacarte los huevos? ¿Eres idiota?

—Nena...

No podía permitir que se hiciera con Eva, apretó su mano, pidiéndole con ese gesto que se callara.

—No la has domesticado aún —chasqueó la lengua—, tendré que hacer algo con eso.

—No le pondrás una mano encima.

Estaban separados unos tres metros, pero sabía que su altura y corpulencia debía servir para algo, cubrir a Eva e imponer algo de superioridad sobre el

capullo de Benson.

—No, no lo haré, al menos no en la manera que piensas, no es mi tipo. Me gustan más altas, más delgadas y más rubias. Aun así puedo hacer un esfuerzo.

Eva se rio de nuevo, la iba a matar con sus propias manos en cuanto estuvieran a solas, la mujer no veía el peligro, no aún. Había perdido el respeto a Benson, pero aunque él no fuera armado, sus escoltas o aprendices de mercenarios lo iban hasta los dientes y les estaban apuntando, más bien a él.

—¿Esos gustos son para suplir tus carencias, enano asqueroso?

—¡Cállate, Eva! —ordenó con voz severa.

—Eso, cierra esa boca si no quieres ver esparcidos los sesos de tu novio. Ven aquí.

—No —aseveró desafiándolo y manteniendo a Eva protegida.

—Bien, entonces tendré que deshacerme de vosotros, no era mi intención...

—¿Qué es lo que quieres? Quizá podamos llegar a un acuerdo —propuso con la esperanza de que llegara la policía alertada por la explosión.

—No va a haber ningún acuerdo si no cooperáis.

—Habla —instigó con un apremiante deseo de estrangularlo con su propia corbata.

—La señorita viene conmigo. —Levantó la mano para acallar su negación —. La soltaré en cuanto esté a salvo.

—Eso no va a pasar.

—¿Quién lo dice? —La prepotencia en su voz fue todo lo que llegó a sus oídos.

—No juegues conmigo, Benson. Sabes que no te voy a entregar a Eva, antes tendrás que matarme.

Ese hombre era un puto cobarde, había hecho matar a su mujer y ni siquiera había estado presente. Ahora apelaba a ese ser pusilánime para que no cometiera ningún crimen, porque eso no le libraría de ser capturado y ejecutado.

—Que así sea. —Solo chasqueó los dedos y alguien disparó.

Oyó el grito ensordecedor de Eva pronunciando su nombre y después la vio lanzarse hacia delante, estaba en el suelo, boca arriba, y ella a unos centímetros de su rostro. No sentía dolor y en todo en lo que podía pensar era en que no la podría ayudar, ellos se la llevarían y la perdería. Intentó aferrar su brazo pero las fuerzas lo abandonaron y todo se volvió negro.

—¡Brad! —gritó Eva con desesperación.

—Cogedla —ordenó Benson ignorando sus lágrimas.

—¡No! —Volvió a gritar mientras dos fuertes brazos tiraban de ella —.
¡Brad!

De pronto alguien roció su cara con un spray y todo le dio vueltas, se mareaba y se le cerraban los ojos contra su voluntad.

Capítulo 12

—No me extraña que Benson los encontrara con tanta facilidad —dijo Slade negando con la cabeza.

—Está claro que Brad no lo vio venir —expuso Killian.

—Pero si no se sabía nada de él, yo lo hacía en Japón —determinó Dan.

—O en el culo del mundo, me trae sin cuidado. Ese necesita una habitación en la estatal —dejó caer Ian.

El guaperas, que iba sentado detrás en un asiento provisional mirando en dirección contraria a la marcha, llevaba unos días de mal humor y Killian se preguntó más de una vez ¿qué coño le pasaba? Pero no tenía la más mínima intención de indagar. Los problemas personales debía exponerlos el propio interesado, si le apetecía, y no parecía el caso.

—Ni los federales han dado con él...

—No Pam, y va a seguir así, si de Tavalas depende. Pero si ha hecho daño a nuestros chicos, su desaparición va a ser un expediente X —soltó el capitán dejándolos sorprendidos.

—¿Qué? —Killian hizo la pregunta por todos.

—Tengo a mi mujer hecha una mierda por no saber nada de Eva, o esa tarada se ha olvidado de llamar o está teniendo problemas, y por su propio bien que sea lo segundo. Si Sue tiene algún contratiempo en su embarazo ese tío pagará las consecuencias.

—Comprendido. Joder, por un momento me has asustado, jefe.

—Parece que no os cae bien Eva...—dijo Dan con sorna.

—Está como una puta cabra —respondieron Slade y Killian al unísono.

—Captado. —Sonrió.

Iban metidos en dos sendos vehículos alquilados en el aeropuerto para no llamar la atención y mientras Michael conducía uno, Elijah conducía el otro. Se habían repartido, pero viajar unos pocos kilómetros metidos en esos pequeños turismos les estaba jodiendo bien. Eran demasiado enormes para esos coches.

—Dan, deja de aplastarme, apártate —se quejó Pam.

—Espera nena, en seguida llegamos.

—¡Que muevas el culo!

—¿El mismo que miras cuando crees que no te veo?

—Vete a la mierda.

Slade se giró en su asiento delantero, al lado de Michael, y los miró entrecerrando los ojos.

—¿Qué pensáis que es esto? ¿Una puta excursión? Centraos, joder.

Killian soltó una carcajada.

—Es como sacar a los niños un domingo...

—¡Que te den!

—Muy gracioso.

Contestaron Pam y Dan al mismo tiempo.

—Phoenix no alteres los ánimos. Mierda, cuando consiga domesticaros os habréis jubilado, cabrones.

Ahora el que se rio a carcajadas fue Michael, lo que le hizo ganarse una mirada severa de su jefe. Se calló al instante.

—Esto..., creo que hemos llegado —anunció al cabo de unos minutos.

—¿Qué es ese humo negro? —Dan tenía la mirada fija en la columna de

humo que asomaba por encima de una de las cabañas.

—Cordón policial —apuntó Pam.

—Joder. —Slade saltó del coche incluso antes de que este se detuviera por completo.

Corrieron hacia el centro del complejo turístico, Killian esperó al otro coche y siguieron sus pasos.

Slade ya estaba hablando con el que parecía ser el jefe de policía, le había mostrado sus credenciales y solo pudo entrar él, los otros se quedaron detrás del cordón a petición del capitán.

—Están recogiendo pruebas y buscando huellas —explicó el policía que estaba junto a ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jacob.

—Una explosión y un tiroteo; dos muertos y un herido.

—Mierda. —Dan miró a Jacob.

—Esperemos que no tenga nada que ver con ellos.

—No vamos a tener tanta suerte —dijo Elijah escéptico.

—Ahí viene el jefe.

Slade atravesó el espacio desde la cabaña hasta ellos a largas zancadas, y por su semblante dedujeron que no había encontrado nada bueno ahí adentro.

—Jacob y Michael, id a esta dirección —dijo entregándoles una nota —. Es el hospital, han llevado a un hombre herido de bala no identificado.

—Estamos en ello.

—Informad en cuanto sepáis algo. Podría ser Brad, pero no hay ningún documento identificativo, ni rastro de Eva.

Los dos hombres ya iban hacia el coche.

—Pero esa es su cabaña según la agencia —señaló Pam.

—Sí, es esa. Y solo espero que los dos cadáveres carbonizados en ese SUV...

—No jodas... —Michael miraba el coche, que aún echaba humo, semicubierto de espuma.

—Los testigos dicen que se trata de dos hombres, si no andan equivocados.

—Esperemos que no —contestó Pam decidida.

Tanto Sue como Eva habían intentado que ella se uniera a sus salidas por la ciudad, y aunque sabía que Mia también iba, nunca aceptó. Simplemente no le apetecía hacer «cosas de chicas», pero no por eso dejaba de apreciarlas. Eran unas mujeres estupendas, cada una a su manera. Si estaba en su mano ayudar a Eva y a Brad, lo haría con los ojos cerrados.

—Bien, esto es lo que vamos a hacer, dispersaos, hablad con la gente de manera casual, a ver si podemos recabar más información. A estos tipos no les han gustado nada mis preguntas, así que puedo deducir que no nos van a dar más detalles. Vamos por libre.

—¿Y qué tiene eso de extraño? —preguntó enfurruñado Ian, que no esperó respuesta y empezó a caminar hacia los curiosos que se agolpaban en el lugar.

Pam lo observó. Con ese pelo negro alborotado a posta y esa mirada azul penetrante, poco le iba a costar que le explicaran algo más sobre lo sucedido esa mañana; tenía un cuerpo de infarto y un porte elegante al mismo tiempo que seguro de sí mismo, él era consciente, aunque no parecía feliz por eso.

Slade arrugó la frente cuando miró la espalda de Ian alejándose de ellos.

—Volved aquí en cuanto sepáis algo más.

Pam se dirigió a un grupo de dos mujeres y dos hombres. Se habían fijado en Brad y Eva, «parecían una pareja muy enamorada», dijeron, aunque solo los habían visto en la playa una vez y de eso ya hacía tres días.

Elijah se acercó a ella y saludó a las dos parejas. Acto seguido le puso un brazo sobre los hombros, algo a lo que ella no se opuso ya que llamaría la atención. Todos habían venido vestidos de manera informal y las armas estaban bien ocultas bajo su ropa. Después de charlar un rato se despidieron y les desearon que pronto pudieran reunirse con sus amigos.

—Ya puedes soltarme, Elijah —dijo nada más separarse unos metros.

—Era solo para...

—Sé por qué lo has hecho, pero ya ni nos miran.

—Vale, nena.

Dejó caer el brazo de mala gana, pero a ella le dio igual. No le gustaban las muestras de cariño de su compañero, los otros siempre daban por sentado que entre ellos había algo y eso no le gustaba. Algún día terminaría con toda esa mierda. Buscó con la mirada a sus compañeros para encontrarse con Dan entre un grupo de varias chicas en bikini hablando animadamente.

—Ahí tienes a tu gigoló.

Dan abrazó a un par de ellas por la cintura y se encaminaron todos juntos hacia la playa.

—Si sirve para que descubra algo más, por mí puede ejercer todo lo que quiera.

Pero, honestamente, no le gustaba en absoluto que él hiciera eso, las tenía a todas babeando. Maldita sea. Tenía que dejar de mirar para que Elijah no notara su incomodidad, por eso, y porque el hombre se estaba quitando la camiseta y luciendo cuerpo y tatuajes a su concurrida audiencia. Antes de que

desviara la mirada sus ojos se encontraron y una súbita sensación de pérdida se instaló en su pecho. Se había preguntado demasiadas veces por qué no podía dejar entrar en su corazón a Dan o a Elijah, eran buenos hombres y le constaba que los dos estaban muy interesados en ella. Sabía que no permitir que hubiera una relación tenía una explicación lógica; ella se iría en cuanto hubiera terminado de solucionar sus asuntos, los dejaría atrás, a ellos y a toda la unidad, y no quería lazos amorosos, porque afectivos ya los había y tendría que lidiar con eso. Desvió sus ojos y caminó.

—Vamos, parece que se están reuniendo de nuevo —apremió Elijah señalando con la barbilla hacia su grupo de compañeros.

Notó la vibración de su móvil en el bolsillo y lo sacó para mirar la pantalla. Era Adrian Tavalas, no podía contestar en este momento, no por Elijah, sino porque nadie sabía dónde estaban y no quería mentir en cuanto a su localización. Lo llamaría cuando regresara a Nueva York. Ese hombre era un buen tipo, solo tenía una pega, era del FBI. Un inconveniente a tener en cuenta.

—¿Alguien importante?

—No —contestó a su compañero.

Cuando se encontraron con los otros, faltaban Ian y Dan. Reunieron la información que tenían y descubrieron que no habían avanzado mucho, durante una hora no habían conseguido nada. Killian encendió un cigarrillo y se apoyó en un árbol mirando hacia la playa.

—Ahí viene Dan —indicó.

Se había puesto de nuevo la camiseta y venía sonriente. Debía llevar su arma escondida en el tobillo.

—Esas chicas dicen que se fijaron en Brad y que anoche los vieron, a él y a Eva, entrar en la cabaña. Dos hombres con traje iban con ellos, pero se

quedaron fuera.

Slade frunció el ceño.

—Aquél coche de allí, es el que Brad alquiló en el aeropuerto —dijo señalando —, el que explotó podría ser el de los dos tipos que les acompañaban. Puede haber una conexión aquí...

—Trabajaban para Benson —cortó Killian.

—Eso estaba pensando.

—No es descabellado —aportó Wyatt, que seguía siendo el hombre callado de la unidad, junto a Matt. Pero la reciente muerte de su hermano Raoul lo había sumido en una tristeza que solo era aplacada por su relación con Nayeli.

Un ruido de pisadas les alertó de la proximidad de alguien, se giraron para ver a Ian aparecer entre los cuidados arbustos que separaban unos bungalows de otros.

—Alguien se lo ha pasado de puta madre mientras preguntaba —murmuró Michael.

Ian tenía el pelo revuelto y los labios hinchados.

—Sexo a las diez de la mañana —dijo Dan mirando su reloj de pulsera —, no está nada mal.

Ian los miró irritado.

—Y ni con esas conseguimos que tenga mejor cara —apuntó Killian mirando las olas que rompían en la orilla.

—Phoenix... —advirtió el capitán.

—Ayer los sacaron de un maletero —comunicó Ian sin más ceremonias.

—¿Cómo? —preguntó Matt.

—Eso me ha dicho una testigo...

—A la que te acabas de tirar... —concluyó Dan.

—Eso es irrelevante, capullo —soltó Pam.

—No quiere dar su identidad, dice que está de vacaciones y que no quiere problemas —prosiguió, ignorando a Dan.

—Perfecto. ¿Te ha contado algo más?

—Sí, que desde donde ella estaba, vio que ese coche venía de la parte norte de la isla. Que discutieron antes de entrar en la cabaña, y que dos hombres se quedaron fuera. Parecía que iban armados.

—Bien, tenemos un mapa de la zona, deberíamos buscar en alguna mansión alejada y opulenta en el norte, ese Benson no se conformará con menos.

El teléfono del jefe empezó a sonar.

—Habla —dijo a modo de contestación —, ¿cómo está? —escuchó unos segundos y pareció soltar el aire —. Bien, dile que nos ocuparemos de eso, ahora que se centre en recuperarse.

Colgó y los miró.

—Jacob y Michael han encontrado a Brad en el hospital, tiene un par de costillas rotas pero la bala atravesó su costado limpiamente, ha tenido suerte. Lo están cosiendo, pero han podido hablar con él. Está preocupado por Eva, está seguro de que se la han llevado.

—Nadie ha visto nada...no hay testigos —apuntó Michael.

—Estaban más pendientes de la explosión, algo que Benson habrá tenido en cuenta.

Killian empezó a caminar hacia el coche chamuscado pasando bajo el cordón policial de nuevo, ya no habían tantos curiosos y la policía ya había

terminado, solo una grúa estaba a punto de llevarse el vehículo y un par de polis vigilando en la distancia, circunstancia que él aprovechó.

—Espere un momento, ¿adónde lo lleva? —preguntó a un hombre de color, más ancho que un puto armario.

—¿Con quién hablo? —preguntó al mismo tiempo que pasaba una cinta para el anclaje.

—Soy investigador, me he desplazado desde Nueva York —mintió mostrando sus credenciales tan rápidamente que dudaba que el hombre hubiera visto algo.

Los policías empezaron a acercarse al verlo allí.

Lo miró de abajo arriba y se detuvo en sus ojos.

—En ese caso le diré que este vehículo queda requisado y debo llevarlo al parking de la comisaría como prueba.

—Perfecto, gracias.

Se dio la vuelta y se encontró a Slade mirándolo con una ceja levantada.

—No irás a hacer lo que estoy pensando, ¿verdad? No se pueden robar pruebas, no me toques los cojones, Killian —susurró mientras volvían a salir del cerco policial.

—Ese trasto tiene que tener un GPS y en algún momento lo han tenido que usar, la bomba ha afectado la parte trasera del coche y el habitáculo, puede haberse salvado.

—¿Cómo piensas hacerlo? —preguntó sabiendo que no le haría cambiar de idea. Aunque podía ordenarle que no lo hiciera, los datos del GPS podrían ser de gran ayuda.

El ruido del motor de la grúa levantando el coche les interrumpió. Observaron cómo el hombre lo subía a la plataforma y terminaba de sujetarlo

a cada costado.

—Ian, ¿llevas la *Tablet* encima? —preguntó, cuando el hombre subió y se puso al volante.

—Por supuesto —contestó cuando Killian alargó la mano para que se la entregara —, voy contigo, necesitaras apoyo.

El hombre aún no había descargado suficiente adrenalina, pensó Killian.

—Está bien, id los dos. Os esperamos aquí.

Corrieron hacia la estrecha carretera sin que el hombre se percatara de sus intenciones y cuando pasó cerca de ellos se acercaron por la parte trasera de la grúa, de un salto subieron cuando aún no llevaba demasiada velocidad y un coche patrulla que lo seguía había quedado tras una curva, enseguida se agazaparon debajo del vehículo, quemado y cubierto por una gruesa lona, intentando no tocar los hierros aún calientes.

Ian sacó la pequeña *Tablet* y un par de cables del bolsillo trasero de sus pantalones y se lo entregó a Killian.

—Estaré vigilando.

—Si no se ha jodido demasiado en un momento extraeré los datos. A mi aviso busca la mejor manera de saltar sin que nos vean.

—Copiado.

Por suerte la zona del motor no había resultado la más perjudicada, así que en cuanto encontró los cables, no sin quemarse en algunas ocasiones, sacó la información y se guardó el aparato en los pantalones.

—Hecho —anunció.

Ian, dudó un instante, ¿a cuánto iban? ¿Cuarenta o cincuenta kilómetros por hora? Mierda, esto iba a doler.

Miró por debajo de la lona y cuando tomaron otra curva hizo una señal a

Phoenix para que saltara. Una vez en el suelo rodaron hacia la cuneta saliendo de la vista del coche que venía detrás.

Capítulo 13

—¡Brad! —gritó Eva una vez más en la oscuridad.

«Oh, Dios mío, no dejes que muera», se repetía una y otra vez, ¿lo habrían dejado allí? ¿Habría recibido atención médica? Si le pasaba algo mataría a ese tal Benson.

Tenía sed y no dejaba de llorar, la cabeza aún le daba vueltas. No podía ser que sus tan añoradas vacaciones terminasen así. Esperaba que la soltasen pronto. Quería correr hacia Brad y abrazarlo hasta que no pudiese respirar. «Brad está vivo, lo está».

Por lo menos no estaba atada, intentó ubicarse pero estaba demasiado oscuro y olía a moho, ¿dónde estaba? Se levantó y por suerte pudo sostenerse apoyando una mano en la pared a su espalda, baldosas. Palpó y entornó los ojos, en algún punto debía entrar algo de luz ya que podía ver siluetas grises. El suelo estaba frío, lo recorrió con los pies descalzos, ¿un plato de ducha? ¿Estaba en un baño? No debían usarlo ya que, además de moho, un olor penetrante invadió sus fosas nasales. Cloaca, olía a cloaca.

—Maldito bastardo, hijo de puta... —dijo en voz alta.

Si estaba en un lavabo podía beber agua, al momento descartó la idea. Antes se bebería su propia orina que usar un grifo ahí adentro.

La poca luz que entraba provenía de debajo de una puerta situada a su derecha, se acercó tambaleándose y apoyó el oído en la madera, no se oía nada. Buscó una cerradura pero no había, debía estar bloqueada por el otro lado. ¿Quién coño iba a encontrarla si la habían abandonado? Buscó alguna ventana pero debía estar tapiada o directamente no había, no fue capaz de distinguir nada en ninguna de las paredes.

Aporreó la puerta.

—¡Sacadme de aquí! ¿Me oís?

Volvió a quedarse callada escuchando, nada.

—¡Abrid! —gritó volviendo a golpear con fuerza.

Mierda, no había nadie. Se dejó caer al suelo resbalando por la puerta.

—Vaya, parece que nuestra invitada se ha despertado.

Eva se levantó de un brinco al oír la voz de Benson. La oía de forma clara, buscó a su alrededor y una lucecita roja situada en una esquina llamó su atención. Era una cámara, la estaban viendo, eso la alteró aún más.

—Por fin me has encontrado, andas algo desorientada...

—No eres lo suficiente hombre para enfrentarte a mí en persona, ¿verdad? ¡Eres un calzonazos!

Gritó mirando directamente al objetivo. Pudo oír unas risas de fondo y una maldición de Benson.

—¿Dónde está Brad? Eso es todo lo que quiero saber —inquirió furiosa.

—Aquí las órdenes las doy yo...

—Tú, no eres más que un capullo.

—Niña, respétame o sabrás lo que es enfrentarse a mí.

Se echó a reír a carcajadas, era una risa histérica, lo reconocía, pero ese hombre la había provocado.

—¿Que yo te respete? Que te den, pedazo de asno. No tienes los huevos suficientes para venir aquí.

—¿Quieres que termine pegándote un tiro? Porque si entro ahí, solo va a ser por esa razón —amenazó.

—¿Crees que tengo algo que perder? Has matado a Brad, y todo por una

mierda de documentos que dudo que te salven el culo, gilipollas. —Su voz se quebró al decir las palabras.

Por los ruidos de fondo que se oían, los hombres que estaban con él se lo estaban pasando en grande, Benson debía pagarles una gran suma de dinero para que le protegieran, aunque se quejaban de que era poco, ella también dudaba de que fuera lo suficiente gratificante como para que ninguno de ellos lo viera como un líder nato.

—Escúchame puta, es la última vez que me hablas de ese modo. Mañana me iré y tú te quedarás donde estás, así que reza para que te encuentren antes de que se te hayan comido las ratas.

Un escalofrío ascendió por su columna, miró nerviosa a su alrededor, ¿ratas? No había pensado en eso, claro que las ganas de asesinar a Benson habían nublado su buen juicio. Aun así no pudo evitar seguir azuzando al hombre.

—No me vas a asustar...

—Ya no te ves tan segura de ti misma, cariño. —Esta última palabra la dijo con tanto desprecio que le dieron ganas de reír, ¿Qué pretendía ese hombre? ¿Ofenderla?

—Si Brad ha muerto, juro que te buscaré...— Su voz volvió a sonar ahogada, aunque estaba amenazando al hombre sin ni siquiera pestañear, pensar en su novio muerto tenía el poder de ponerla de rodillas.

—Deja de amenazar, niñata, y empieza a pensar en cómo vas a sobrevivir hasta que alguien consiga dar contigo, si es que eso ocurre en las próximas cuarenta y ocho horas, lo cual dudo.

—Me vas a dejar aquí porque no eres más que un cobarde. Un hijo de puta falto de sexo, un eunuco descerebrado, un picha floja sin pelotas, un...

De repente la luz roja se apagó y una rabia interna se apoderó de ella. Iba a

morir, sin agua ni comida en este cochambroso lugar, y sin saber si Brad había sobrevivido al disparo. Aporreó de nuevo la puerta y lloró desconsoladamente. No podían dejarla aquí. No lo consentiría.

—¡Eres un cabrón! —gritó con la voz rota.

De repente un sonido de algo deslizándose al otro lado de la puerta la hizo dar un paso hacia atrás. La puerta se abrió de golpe y Benson, armado con un bate de beisbol, entró hecho una furia.

Mierda.

—¡Sujetadla! —ordenó a los dos hombres, los mismos que los habían secuestrado, que entraban tras él en el baño.

Ella retrocedió, el dolor no era lo suyo, no podría soportarlo. Pero había cabreado a Benson, y eso tendría consecuencias.

Los dos hombres no se movieron del sitio, incluso podía ver la ceja arqueada por encima de la montura de las oscuras gafas del más alto.

—¡He dicho que la sujetéis! —Los miró y después se dirigió a ella —, ahora no eres tan valiente, ¿cierto? Te voy a dar tu merecido.

Realmente tenía miedo, había sido una bocazas. En ningún momento pensó que ese pardillo iría a por ella. Había dicho que la dejaría aquí encerrada, ahora dudaba que lo hiciera dejándola con vida. Su osadía la pagaría cara.

—Jefe... —empezó a decir el más alto.

—¡Te he dado una orden, maldita sea! ¿Para qué coño os pago?

—Para golpear a una mujer no, desde luego. ¿Quieres matarla? Le pego un tiro, pero no la voy a torturar —El tipo no parecía, para nada, amedrentado ante Benson.

Vio un rayo de esperanza dentro de esa inquietante afirmación, pero no

abrió la boca. Tampoco dejó de mirar a Benson, debía estar preparada por si atacaba sin previo aviso. Se había quitado la americana y llevaba las mangas de la camisa doblada hasta los codos, dos ruedos de sudor manchaban la camisa blanca alrededor de sus apestosas axilas.

—¿Eso te hace más hombre? —preguntó Benson, socarrón.

—Sin duda —contestó el otro con aplomo.

—No os pagaré —amenazó.

—Eso sí lo dudo.

—Largaos, esperadme fuera.

Se encogieron de hombros y salieron. Otros cobardes para su lista.

Todas sus recientes esperanzas se fueron al garete en una milésima de segundo. El mismo tiempo que ella empleó en lanzarse contra él, si lo pillaba con la guardia baja aún podía apuntarse un tanto. Llevó sus uñas directamente a sus ojos y arañó con saña. Benson aulló de dolor y le atestó un golpe de bate en los riñones, cayó al suelo sin respiración, un profundo dolor la dejó fuera de combate pero intentó levantarse.

—Maldita zorra, pagarás por esto.

Lo miró un momento y vio la sangre en su cara, no pudo evitar sonreír a pesar del dolor. De pronto la cogió por el pelo y la arrastró hacia atrás, ella cogió sus manos en un intento desesperado de aflojar su agarre. Pero otro fuerte golpe acertó de lleno en su pierna. Gritó y se encogió en el suelo en posición fetal. Se abrazó las dos rodillas con la esperanza de atenuar el dolor, pero parecía que iba a más.

Vio sus pies ante ella y agarró su tobillo, aunque su idea era hacerlo caer, no perdió el equilibrio en ningún momento. Ese simple gesto le hizo ganarse otro golpe en el brazo que la hizo ver las estrellas. Lágrimas acudieron a sus

ojos y los cerró con fuerza. La iba a matar a golpes, y nada ni nadie se lo impedirían.

—No he oído ninguna de tus fanfarronadas ahora.

—Que te jodan. Necesitas un bate para demostrar tu poder... Ni tus hombres te respetan, saco de grasa. —Su voz sonaba ahogada por las lágrimas, pero no doblegaría su voluntad.

Por el rabillo del ojo le vio alzar de nuevo el bate, en lo más profundo de su mente supo que ese sería el último y más mortífero de todos los golpes recibidos, su espalda y su cabeza estaban demasiado expuestos y solo logró cubrirse la parte trasera del cráneo con las manos y parte de la cara con los codos, se encogió más, aun sabiendo que eso poco ayudaría.

—¡Suficiente! No nos veremos involucrados en más muertes inútiles. — La potente voz del hombre más alto llegó hasta sus oídos.

Ni siquiera le había oído entrar, intentó apartarse pero el dolor irradió por todo su cuerpo y soltó un quejido.

—¡Suéltame! Mantente al margen si eso es lo que quieres.

Giró la cabeza apoyada en el suelo y aunque el pelo cubría su rostro, podía verlos ahora. Miró hacia la puerta abierta y valoró la posibilidad de salir corriendo. Imposible, no podía ni moverse.

—Dejémosla aquí tal como habíamos acordado —argumentó quitándole el bate de las manos —. Ya le ha dado su merecido.

—Trae eso. Merece que le rompa algún hueso...

—Creo que eso ya lo ha hecho, de todas formas las próximas horas terminarán con su trabajo, se está desangrando —dijo otra voz, debía de ser del otro hombre, pero estaba fuera de su radio de visión.

¿Sangraba?

—Púdrete, puta.

La puerta se cerró y ella sucumbió a la oscuridad.

—No me quedaré aquí, quiero encontrarla —dijo Brad, por enésima vez.

—Slade notó que algo no iba bien cuando habló contigo, enseguida nos reunió y lo siguiente fue aterrizar aquí, ¿crees qué hemos venido para nada? Déjanos hacer el trabajo. La encontraremos, Brad.

La voz de Michael sonaba cansada, le había repetido eso cada vez que había abierto la boca. Miró a su nuevo cuidador en forma de hombre enorme y entrecerró los ojos.

—Lárgate de aquí, no necesito enfermero.

El hombre sonrió de lado.

—¿Y desobedecer a Slade? Lo siento, amo demasiado a mis huevos como para eso. Aunque no esperes que te sostenga la polla cuando tengas que orinar.

Brad resopló.

—Aún puedo mear solo.

—Doy gracias a todos los dioses por eso.

Benson podía hacer mucho daño a Eva, y a él le era imposible seguir sin hacer nada, tal vez sería capaz de llevar a la unidad hasta la casa donde los habían retenido cuando fueron secuestrados.

Quería hablar con Slade. Ahora.

—Bien, voy a pedir el alta voluntaria.

—Contra eso no puedo hacer nada... —contestó Michael repantingado en un sillón.

—Llama a Slade, quiero hablar con él —demandó—. Mi móvil está en poder de ese idiota de Benson.

—Llamaré cuando sea seguro que puedes salir de aquí, mientras tanto no entorpeceré su trabajo.

—¡Joder! —exclamó tocando el botón para que acudiera una enfermera o quien fuese, por lo que le importaba.

Media hora después estaba sentado en el asiento del copiloto al lado de un Michael enfurruñado.

—Casi no te sostienes de pie.

—Pues tendré que hacerlo, es un vendaje y puntos, no hay para tanto.

—Slade nos espera en tu cabaña, Ian y Killian están estudiando las rutas del GPS. Para ser una isla, dieron muchas vueltas.

Le dio la explicación sin apartar los ojos de la carretera.

—Creo que sé llegar a la parte de la costa en donde estuvimos.

—¿En serio? —Ahora sí lo miró durante unos pocos segundos.

—Sí, he venido las suficientes veces como para reconocer en qué lado de la isla estoy.

—¿Y por qué cojones no lo has dicho antes?

—No estoy seguro de que la puedan haber llevado allí, es la vida de Eva la que está en juego. ¿Y si me equivoco?

Michael lo miró frunciendo el ceño.

—¿No conoces nuestra manera de actuar, Brad? Podemos dividirnos.

—Eso lo sé, pero quiero estar ahí para ella...

—Creo que no es el momento para actuar como un héroe; estás herido y no te puedes partir en dos. Lo importante es que aparezca.

Brad miró al horizonte, ya estaba oscureciendo y se estaba rompiendo por dentro. Eva era el amor de su vida, la mujer más maravillosa que había conocido. Era consciente de que tenía ese carácter voluble y era puro nervio, pero para él, eso la hacía especial. Pensándolo bien, eso, tanto la podía salvar de Benson como condenarla.

Aún no entendía cómo había podido estar sin ella durante un par de meses sin volverse loco, cuando discutieron. Estaba convencido de que había gente que pensaría lo contrario, incluida su propia familia. Él no estaba por la labor de dar explicaciones del por qué ella estaba metida en su corazón y era imposible sacarla de ahí. Cada persona se enamoraba de las virtudes e imperfecciones que le atraían de otra. Ya había tenido bastante de mujeres de la alta sociedad, la mayoría presentadas por su madre, que no llegaban más allá de hablar de fiestas, vestidos y cosméticos. Por no hablar de las limitaciones a la hora de mantener una conversación seria. Esas pijas, eran atractivas y guapas, pero la cabeza solo la utilizaban para lucir caros peinados.

Eva era natural, si se tenía que reír a carcajadas lo hacía y si se ponía un vestido que le gustaba, daba igual si no era un Valentino. Con ella hablaba de todo sin ningún problema, era una mujer culta y con amplios conocimientos en muchas materias con las que otras mujeres se escandalizaban con solo sacar el tema o simplemente eran unas completas ignorantes. Tenía debilidad por las chicas inteligentes.

—¡Brad! ¿Estás conmigo?

Miró a Michael y asintió.

—Vamos tío, ya hemos llegado. Daremos con ella y con ese capullo de Benson.

No contestó, lo único que quería es que todo terminase pronto y volver a casa con Eva, sana y salva.

Slade, junto a los demás, salió de la cabaña para recibirle. Le dolían las costillas, pero prefería pensar que todo podía haber sido peor después del disparo. Caminó despacio y pareciendo lo más natural posible. Los baches de la carretera no habían ayudado en nada a que el dolor aflojara ni un poco.

—Brad, me alegro de verte.

—Yo no, no deberíais estar aquí —soltó a bocajarro.

—Comprendo. Pero dadas las circunstancias, es lo mejor.

Siguió caminando hacia el interior, saludando a los otros a su paso, y se sentó intentando conservar su dignidad y no queriendo parecer un puto mamonazo herido.

—Ponedme al día. Michael ya me ha explicado algo...

—No vendrás —decretó Killian.

—En eso no va a haber discusión posible —contestó a modo de advertencia.

—Killian, ahora no. —Slade no parecía demasiado preocupado porque él quisiera ir en busca de Eva.

—Tenemos que salir ya.

—Espera Brad, hablemos de lo que sabes —le animó el capitán.

Le explicó lo que había ocurrido a las pocas horas de llegar a la isla, hasta que le dispararon.

—Fuiste demasiado confiado —murmuró Matt.

—Lo sé, no es que confiara en él —admitió —, creí que con lo que me pedía tendría bastante, pero ha utilizado a Eva para poder escapar sin que nadie se lo impida.

—Si no fuera porque Eva le atacó, podríamos pensar que simplemente la abandonará y huirá —intervino Dan.

—No pude evitarlo, ya la conocéis...

Varios carraspeos y algunas murmuraciones incomprensibles llegaron a sus oídos. Malditos cabrones.

—Vale, Eva es un poco temeraria. —Tuvo que admitir al final haciendo rodar los ojos.

—¿Un poco? Si estuviera en su mano habría estrangulado a Slade solo por mirar a Sue. Y no digamos las ganas que me tiene a mí, si algún día me ve saludando a una vecina sin que Mia esté presente, me cortará los huevos sin preguntar. Y tengo la ligera sospecha de que Sarah le ayudaría a hacerlo.

Algunos se rieron ante las palabras de Killian. Aunque Eva y Sue eran inseparables, Sarah había encontrado la horma de su zapato en Eva, eran tal para cual.

—Es una mujer muy intensa, pero quiero que sepas que Sue la quiere como a una hermana y eso es suficiente para mí.

—Gracias por venir, ahora quisiera...

—Wyatt, Ian y Elijah están ahora en el aeropuerto investigando los vuelos privados —le cortó Slade levantando la mano —. Sabemos que su avión privado no está en Nueva York, estamos casi seguros de que es así como ha llegado hasta aquí sin que nadie se haya percatado, debieron volar por debajo de los radares. Todos los aeródromos están avisados.

—En cuanto a tus heridas... —intervino Jacob.

—Solo me han cosido un poco. Podré soportarlo —contestó ante la puntualización de Doc.

—Está bien. Dan, Jacob y Pam, vendréis con nosotros. —Miró al resto — Killian, llévate a Michael y a Matt, id hasta la dirección que tanto se ha repetido en el GPS y después informad.

—¿Sabrás llegar hasta ese lugar? —le preguntó.

—Creo que sí —admitió dudoso.

—En marcha.

Una hora y varios baches después, llegaron al norte, no reconoció ningún camino pero sabía que esa era la ubicación por la posición en que vio la costa en aquél momento.

Bajaron del coche y buscaron la casa destartalada que él había descrito, los caminos que se bifurcaban de la carretera principal le parecían todos iguales. Mierda, estaban perdiendo el tiempo.

Killian, Matt y Michael, se unieron en la búsqueda después de que Slade les enviara las coordenadas del lugar. Aparcaron fuera de la vista de la carretera y fueron hacia ellos.

—Estaba a pocos kilómetros de aquí, es una mansión. Y estaba vacía — explicó Killian.

—¿Te has asegurado?

—Hemos entrado sin romper nada y mirado cada rincón.

—Perfecto —dijo Brad con desgana.

—No pierdas la esperanza, Benson no se arriesgaría a ser cazado con una mujer secuestrada.

Pero también podía matarla y esconder el cadáver. Su mente lo estaba torturando con las imágenes. Aunque eso lo mantuvo para él.

—Aquí hay huellas de coche bastante recientes —dijo Pam agachándose para tocar la tierra.

Estaba unos veinticinco metros más adelantada que ellos y señalaba un camino a su derecha. Caminaron por el estrecho sendero por el que apenas pasaba un vehículo y entre las huellas vieron una clara pisada de un pie descalzo.

—Sí es aquí, estoy seguro de que esa huella es de Eva, nos llevaron descalzos hasta la casa.

Nadie le contestó, los rostros eran de preocupación y eso le estaba poniendo nervioso.

—Manteneos pegados a ambos lados del camino.

Sabía que Slade lo hacía para poder estar preparados por si aparecía algún coche o persona inesperada.

Cuando vieron la casa, Slade le cogió del brazo y tiró de él hacía un lado.

—No hay nadie —dijo intentando zafarse.

—No des nada por sentado. Pueden haber camuflado los vehículos, nosotros lo acabamos de hacer.

El hombre tenía su punto. Todos sacaron sus armas y empezaron a rodear la casa, él tuvo que mantenerse alejado hasta que lo revisaran todo. Si no había nadie tendrían que volver a empezar. A Eva se le acababa el tiempo. Puso todo su empeño en no entrar en la casa sin que Slade diera la orden.

—Parece desierto —anunció al fin el capitán.

Capítulo 14

Matt ni siquiera se imaginaba lo que era estar en la piel del abogado, solo con pensar en Thomas, podía entender el sentimiento de impotencia que debía experimentar Brad. Pero ni de lejos adivinar lo que sería que un ser querido le fuera arrebatado y amenazado ni tener la certeza de si estaría vivo o muerto.

Miró a los hombres dentro de la casa, solo Jacob y Dan permanecían fuera vigilando.

—¿Estás seguro? —preguntó de nuevo Killian.

Brad no contestó, pero señaló unas bridas en el suelo. Las mismas con que habían atado sus manos y las de Eva. Eso respondió a la pregunta. La cara de Brad era de desesperación y dolor, tanto físico como emocional. Matt tuvo que apartar la mirada. Se dio la vuelta y miró el suelo, las baldosas estaban rotas en su mayoría, se notaba que la casa había sido abandonada desde hacía mucho tiempo.

De pronto su mirada se detuvo en unas marcas, las siguió y constató que se perdían justo al lado de un armario ropero antiguo, de madera maciza, que parecía muy pesado.

—Este armario ha sido cambiado de sitio.

—¿Os habéis fijado que en esta casa no hay baño? —preguntó al mismo tiempo Pam.

Todas las miradas fueron al armario, Matt sospechaba, igual que sus compañeros, que ese mueble ocultaba algo.

Lo arrastraron entre él y Killian y efectivamente una puerta, atravesada por un tablón a modo de cerramiento rudimentario, estaba tras él. Slade hizo

una señal para que se apartaran a los lados y Killian y él sacaron el tablón sin dejar de apuntar a la madera. La puerta se abría hacia adentro y alguien había preparado unos ganchos para poder mantenerla bloqueada.

Encendió una linterna cuando vio que la habitación estaba a oscuras y alumbró a sus compañeros mientras entraban.

El haz de luz enfocó el suelo lleno de sangre y se congeló en el sitio. Si encontraban el cadáver de Eva, Brad no podría soportarlo. Joder, no tenían que haberlo traído aquí.

Alumbró cada pared hasta que un cuerpo encogido en un rincón con una larga melena negra llamó su atención.

—Joder —acertó a decir.

—Mierda —dijo Killian.

—Traed más luz. ¡Brad! —gritó el capitán al ver pasar como una exhalación al abogado —.¡Espera!

Pero era demasiado tarde, el hombre ya estaba tocando a su chica.

Slade no pudo evitar sentir una opresión en el pecho. Eva había sufrido y mucho. La sangre a su alrededor y la posición de su brazo le daban una idea bastante acertada de la paliza que le habían dado. Le partiría el cuello a ese cabrón en cuanto lo cazara.

Podía ver las miradas de compasión en sus hombres. Ninguno de ellos desearía jamás encontrarse con el peor escenario de todos, y ese sería a Eva muerta por la mano de Benson.

Miró a Brad y se compadeció del hombre. Esto iba a ser duro para Sue también. Todos sufrirían por Eva.

—¡Eva! —Brad se agachó a su lado y apartó el cabello de su cara —. Nena, ¿me oyes?

Acarició su rostro. Solo obtuvo un quejido como respuesta, pero eso fue suficiente para sentirse aliviado. Las linternas iluminaron su cuerpo y soltó una maldición. Le habían dado una buena paliza, la pierna y un brazo le sangraban. ¿La habrían violado? No quería pensar en eso. Estaba viva, solo eso importaba ahora. Aunque debía sentir un gran dolor.

—¡Jacob, entra! —ordenó Slade con voz ronca.

—Vamos, Brad, deja que Doc se ocupe de ella —pidió Killian empujándolo con cuidado.

Se apartó sin dejar de mirarla ni un segundo, Jacob entró como una bala y se arrodilló a su lado. Palpó primero su pierna y después las costillas. Por último miró su brazo.

—Está roto. Lo inmovilizaré. —En seguida se puso a trabajar y siguió hablando —: Necesita atención médica urgente. Tiene un golpe en los riñones que puede haber causado una hemorragia interna. No puedo saberlo ahora. La pierna no parece rota pero podría estarlo.

—Será más rápido si Michael y tú la lleváis al hospital. Brad ve con ellos, ya no puedes seguir con nosotros. Te prometo que nos ocuparemos de Benson —apuntó Slade.

Asintió, le era imposible hablar. Tenía un nudo en la garganta. Eva estaba tan inmóvil que no parecía ella, su vitalidad y su risa apagadas por un hijo de puta. Solo quería ponerle las manos encima y ver cómo moría, lo buscaría, acabaría con él. Benson tenía las horas contadas, él no era soldado pero sabía usar una maldita pistola.

Pero quería estar con Eva, dejaría a los muchachos hacer su trabajo.

Confiaba en ellos, en que le darían caza antes de que pudiera escapar.

Los golpes habían sido tan fuertes que la piel se había roto y quedaba un horrible corte de destrozada carne expuesta. Quería cogerla en brazos y salir corriendo pero sabía que sus costillas no se lo permitirían, aun así hizo ademán de hacerlo. Killian se ofreció a levantarla mirándolo. Solo levantó una ceja y él asintió.

En cuanto Doc terminó su trabajo Killian la cogió con cuidado y la sacó del cochambroso cuarto de baño. Dan había ido a buscar uno de los coches y ya estaba llegando, salió del vehículo en cuanto lo detuvo y abrió la puerta trasera para que pudieran acomodar a Eva que seguía soltando quejidos, cada vez que uno abandonaba su boca Brad sentía el dolor como propio.

—Brad, se pondrá bien...

—Cogedlo Slade, necesito que pague por esto. —Apenas podía encontrar su voz.

—Lo haremos, confía en nosotros...

Slade no había terminado de hablar cuando su teléfono empezó a sonar.

Brad pescó a Dan mirando fijamente a Pam, ella observaba a Eva y un rictus de rabia teñía su rostro mientras apretaba la mandíbula.

—Habla. Bien, en seguida vamos. Envíame los datos —decía el jefe en aquel momento.

Aunque le hubiera gustado saber lo que ocurría ahora, era imperativo llevar a Eva al hospital, entró como pudo en el coche y apoyó la cabeza de Eva en su regazo y aguantó las gasas que taponaban la herida de la pierna, que era por donde perdía más sangre. Michael se puso al volante y Jacob en el asiento del copiloto.

Ninguno dijo nada durante el viaje, que por suerte, no duró más de quince

minutos.

En la zona de urgencias se hicieron cargo de ella en seguida y él pudo sentarse a esperar, su cuerpo le pedía a gritos un descanso y cuando se levantó la camiseta vio el vendaje del costado lleno de sangre, lo cubrió rápidamente. Primero iba Eva y la atención que merecía por parte del personal médico. No quería más vendajes para él. Quería a su chica de vuelta, la quería oír gritar de alegría, verla bailar y hacerle el amor otra vez, mil veces más. Abrazarla y no soltarla hasta que le pateara las pelotas por no dejarla moverse o respirar.

—Michael, vuelve con la unidad, te van a necesitar. Yo me quedaré con Brad —propuso Jacob.

Sabía que era una orden velada; Jacob estaba por encima de Michael en la jerarquía del equipo.

Michael asintió y le puso una mano en el hombro.

—Todo saldrá bien, Brad, está en buenas manos...

—Lo sé, vete. Solo espero que deis con él antes de que abandone la isla.

Le guiñó un ojo y se despidió para volver a salir a por el coche.

Llevaban más o menos una hora sentados uno frente al otro. Observó a Jacob, era un hombre de pocas palabras con el que no había hablado mucho desde que lo había conocido, siempre se mantenía al margen de todo y actuaba como un profesional cuando así lo requería la situación. Era igual de alto que él y todo músculos. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta negra que dejaba ver los muchos tatuajes que teñían su piel. Era pelirrojo y el corte de pelo le hacía parecer de todo menos un médico, al menos, no uno convencional. Llevaba los lados del cráneo rasurados al cero y una larga cresta que colgaba hacia detrás. La barba era larga, y terminaba en

punta a la altura de la nuez de Adán, del mismo color que su cabello. Sus ojos azules no dejaban de estudiar su teléfono móvil y de vez en cuando negaba con la cabeza.

No habían cruzado ni una palabra desde que Michael se había marchado.

—¿Familiares de Eva...?

—Sí, soy yo. —Se levantó lentamente poniendo una mano en sus costillas.

El médico lo miró y frunció el ceño. Era un hombre entrado en años con una mirada bastante penetrante y sabedora.

—¿Usted? ¿No le he tratado esta mañana?

—Sí, los dos fuimos atacados. A ella la hemos encontrado más tarde.

—Debo informar de esto a la policía, de nuevo.

—Haga lo que tenga que hacer. ¿Cómo está?

—La paciente está estable, pero le hemos dado calmantes, la han golpeado con saña...

—Lo sé, los dos testificaremos. Pero dígame, ¿está fuera de peligro?

—No tiene derrames internos ni ha sufrido abuso sexual. El brazo está roto pero sanará y todo habrá quedado en un mal sueño, pero necesita descansar. Dormirá durante las próximas horas. Le avisarán cuando la suban a planta, mientras tanto siento decirle que aún no puede verla.

Soltó el aire que había estado reteniendo sin darse cuenta.

—Está bien, doctor. Esperaré. Gracias.

Cuando el médico se fue. Jacob lo miró y sonrió.

—Es una mujer fuerte.

—Lo es.

—Pronto podréis volver a casa.

—Lo estoy deseando.

—Tienes suerte de tenerla.

—Tú también tienes una esposa, supongo que ya sabes lo que es tener a alguien.

Jacob pasó una mano por su cresta que ahora caía de lado y se apoyó en el respaldo.

—Sé que no es el mejor momento, ¿pero puedo pedirte consejo sobre algo?

Le extrañó que casi sin haber hablado nunca, le pidiera consejo.

—No tengo nada de lo que ocuparme en las próximas horas aparte de mis costillas.

Jacob sonrió de lado.

—Puedo verlo.

Miró su móvil de nuevo y después le mostró la pantalla.

Una mujer rubia muy guapa, y un niño y una niña pequeños, sonreían a la cámara.

—¿Son tu familia? —preguntó aun sabiendo la respuesta.

—Sí. Los veo poco. Mi mujer es francesa y pasa más tiempo en Francia que en Estados Unidos. Siempre que puedo viajo a verlos.

—Debes tener ganas de que vuelvan.

—No van a volver, me ha pedido el divorcio. Nunca llegó a aclimatarse. Empezó con viajes cortos y al final mis hijos van al colegio en París.

La pesadumbre en su voz era palpable, Doc lo estaba pasando mal, aunque intentaba no mostrarlo. Ahora entendía el ensimismamiento en el que había estado sumergido durante la última hora.

—Lo siento. —. ¿Qué coño se decía en estos casos? No tenía intención de ponerse en plan legal y hacerle saber que eso podría ser un intento de alejarlo de sus hijos, de privar al hombre de sus derechos y obligaciones como padre.

—No quiere hablar conmigo, así que firmaré, pero necesito asesoramiento legal con respecto a mis hijos y si te pudieras ocupar de mi divorcio...

—No hay problema, aunque no es mi especialidad, puedo hacer una excepción.

Y lo haría, Slade y sus hombres no dudaban nunca en echar un cable en todo. Nunca estaría lo suficientemente agradecido a la pareja de Sue por haberles ayudado y acudir a la isla sin demora, con toda la unidad respaldándolo.

—Te lo agradezco...

—No hay nada que agradecer.

—Una cosa más...

—Suéltalo.

—¿Esto puede ser confidencial? —preguntó dudoso.

—Siempre lo es, entre el abogado y el cliente.

—Ya, pero me refiero a que no puede saberlo mi unidad. Sé que no contarás los detalles, pero tampoco deseo que sepan que estoy en mitad de un divorcio.

—Como desees. Mi boca está sellada. Aunque tengo entendido que Slade siempre os quiere ayudar por aquello de que estéis al cien por cien.

Jacob resopló.

—No afectará a mi trabajo en un futuro. De hecho acabo de enviar a Michael y me he mantenido al margen todo lo que he podido. No es que no quiera encargarme de Benson, pero recibí la carta hace tres días y aún estoy

afectado.

—La quieres...

—Sí, a pesar de que nunca ha aceptado mi forma de vida ni a mis compañeros. Te habrás fijado que jamás acude a nuestros encuentros ni celebraciones. Daba igual que estuviera en Nueva York, nunca quiso conocer a ningún integrante de mi unidad.

Lo había notado, sí. Eva le había preguntado a Sue, pero ella tampoco sabía nada de la vida de Jacob, y tampoco conocía a su esposa.

—¿Por qué se casó contigo? ¿No sabía a lo que te dedicabas?

—Sí, lo sabía, pero siempre tuvo la esperanza de que lo dejaría por ella.

—¿Tenías intención de hacerlo? —preguntó extrañado.

Jacob era un hombre que amaba su trabajo, eso se veía a la legua.

—En un principio sí, por ella y por mis hijos, ya sabes que lo que hacemos es peligroso. Pero ella se fue alejando emocionalmente, ya no éramos la pareja enamorada de nuestros comienzos. Creo que pensé que era una mala época y que terminaríamos por arreglar nuestras diferencias.

—Puedo adivinar que ella esperaba que tú dejaras la unidad y, por otro lado, tú esperabas que ella aceptase tu trabajo.

—Algo así —contestó mirando la fotografía en la pantalla su móvil.

—Te ayudaré. —Se echó hacia delante y mientras con una mano se sostenía las costillas la otra la puso delante del hombre —. Ya tienes abogado.

Jacob observó un momento más la foto y después también acercó su mano. Las estrecharon y volvieron a sumirse en sus pensamientos.

Capítulo 15

—¿Qué tenemos? —preguntó Slade nada más bajar del coche.

—¿Ves esa casa en la colina? —Elijah apuntó con un dedo hacia la izquierda.

—Perfectamente.

—Benson y dos de sus hombres están dentro.

—¿Lo has comprobado?

—Hace quince minutos. No se han movido de ahí.

—Acabo de interesarme por esa casa, me han dicho que hace tres días que fue alquilada, los mismos que Eva y Brad llevan en la isla.

Slade miró su reloj. Eran las tres de la madrugada.

—¿Ahora? ¿Has llamado a estas horas?

—Se me da bien parecer desesperado, dejémoslo así.

Slade levantó una ceja pero no dijo nada más al respecto.

—También hemos encontrado el Jet privado de ese tipo, está a un par de kilómetros de aquí frente a un viejo hangar abandonado y una corta pista de aterrizaje.

—¿Qué quieres que hagamos?

—Nada, vamos a dejar que ellos salgan de la casa. ¿Os he dicho que me cabrea que golpeen a una mujer? Aunque esa mujer sea la tarada de Eva.

Todos sin excepción se echaron a reír. Tenían el mismo sentimiento, ningún hombre tenía derecho a poner la mano encima a ninguna mujer, por muy pesada, gritona y loca que estuviera. No había ninguna jodida razón para eso.

—¿Eso quiere decir que tenemos carta blanca? —preguntó Pam sonriendo con anticipación.

—Eso quiere decir que me voy a volver sordo y ciego desde el momento en que los hayamos cazado.

—¿Y qué hay de aquello de...? «Nosotros salvamos vidas, no las quitamos» —dijo Killian imitando a su jefe.

—Sigo pensando lo mismo, ¿contesta eso a tu pregunta? ¿Phoenix?

Killian se carcajeó.

—Nunca conseguiré entenderte. Pero demonios, apoyo la moción.

—¡Yiiihahhh! —gritó Elijah.

—Puto SEAL —dijo Wyatt, negando con la cabeza.

—Mejores que los DELTA, no lo dudes —contestó Elijah.

—Ni zorra idea de lo que estáis diciendo. Los Marines están por encima de todos vosotros —apuntó Killian.

Buscó el apoyo de Pam y Dan, que también habían sido Marines, pero ninguno de los dos le siguieron, esos dos no guardaban un buen recuerdo de su anterior vida o eso parecía.

—Niños... —amenazó el capitán.

—Captado, voy a hacer compañía a Matt —anunció Killian encaminándose hacia el hombre.

Matt estaba vigilando la casa unos metros por encima de esta, colina arriba.

Slade hizo una señal a Dan.

—Quiero hablar contigo.

Pam los observó pensativa mientras se marchaban.

—Eva... —Brad tocó el brazo bueno de su chica y ella sonrió.

—Eh, chico duro. Estás vivo —susurró.

Se agacho con cuidado para besar sus labios, los suyos aún estaban algo hinchados, pero ya no dolían.

—Nunca he tenido intención de dejar de estarlo.

—No te lo perdonaría.

Brad se sentó y quedó a la altura de su rostro, apartó el cabello de su cara y sus ojos se encontraron.

—Creí que te había perdido —continuó Eva.

—No, cariño. Soy duro de pelar. —Carraspeó—. Yo también creí... cuando te vi en ese cuartucho...yo...

—Shhh. —Acarició su brazo—. Estamos aquí, eso es lo importante.

Se quedaron en silencio un buen rato, solamente sintiendo el toque de sus pieles. Agradeciendo internamente que, aunque heridos, seguían vivos.

—¿Te duele? —le preguntó ella finalmente.

—¿Eso no debería preguntarlo yo? —respondió sonriendo.

—Sí, pero yo lo he hecho antes.

Seguía susurrando, imaginó que había gritado tanto que se había quedado afónica. Si pudiera ponerle las manos encima a Benson...

—No mucho...

—Mentiroso.

Cierto, las costillas le estaban matando, más que el jodido agujero de bala.

—¿Y tú? Si sientes dolor, podemos llamar a la enfermera para que te suministre otro calmante.

Sus labios se curvaron en una preciosa sonrisa.

—¿Y así podértela ligar sin que yo lo impida?

Brad soltó una carcajada, a pesar de que también repercutía en sus heridas.

—Hay cosas que nunca cambian, ¿eh, nena? —dijo sin alterarse.

Eva era así, y en este preciso instante se alegraba demasiado como para tomárselo por el lado malo.

—No, ningún Benson conseguirá eso de mí.

Cogió su mano y le dio un pequeño apretón.

—Lo siento, nena. No pude impedir que...

—Brad, te acababan de disparar. Estamos aquí y estamos bien. Deberíamos olvidar todo esto. Jacob me ha dicho que ha venido toda la unidad de Slade.

—¿Jacob? —preguntó arrugando la frente.

—Entró en el box donde me estaban curando, habló con el médico.

—Qué cabrón, se suponía que iba a mear, o eso dijo.

—Imagino que no quería que te pusieras tonto y quisieras seguirle.

—Muy graciosa. Lo habría hecho, me dijeron que te vería cuando estuvieras en una habitación. El tiempo pasaba muy lento.

Eva asintió e intentó cambiar de postura, la ayudó y quedó más incorporada.

—Me duele la garganta al hablar.

—Entonces no lo hagas.

Tenía el brazo derecho escayolado y varios puntos en la pierna izquierda acompañados de un enorme cardenal, había tenido suerte de que no le partiera también la pierna.

—¿Ahora no quieres oírme?

—Sí, pero solo hay una última palabra que pronunciaras hoy. Quiero preguntarte algo y que después descanses.

Eva lo miró levantando una ceja.

Brad se levantó y clavó una rodilla en el suelo, cuando levantó la cabeza Eva estaba muy arriba. ¿Para qué cojones hacían tan altas las camas de hospital?

—¿Qué coño haces?

—Está bien, en mi cabeza la situación no era tan cómica.

Intentó levantarse pero el dolor se lo impidió. Decidió quedarse donde estaba, iba a hablar cuando ella le interrumpió.

—Brad, te vas a hacer daño...

—Cállate, Eva. ¿Podrías centrarte y escucharme solo un momento?

—No puedo ayudarte, llamaré a...

—Eva Lane. ¿Quieres casarte conmigo? —preguntó antes de que alcanzara el botón.

Eva dejó la mano suspendida en el aire, pero no se giró. Esperó lo que parecieron muchos minutos, aunque seguramente solo habían pasado unos pocos segundos.

—¿Eva? ¿Cariño?

Giró su cabeza haciendo volar su larga melena, tenía el ceño fruncido y la mirada furiosa. Mierda, ¿le iba a decir que no? Lo señaló con un dedo

amenazador.

—¿Cómo te atreves a preguntarme eso en estas circunstancias?

—Yo creí que después de lo que hemos vivido... —Se excusó inmediatamente.

—No estoy preparada, Brad.

Joder, eso no se lo esperaba. Empezaba a sentirse ridículo.

—Yo...

—Tengo que poner un montón de condiciones para que haya una boda.

Brad levantó una ceja al mismo tiempo que se sintió enormemente aliviado.

—¿Un montón? —preguntó con sorna.

—Un montón —aseguró.

—Joder.

—Sí, eso también.

Su voz seguía siendo la de Hannibal Lecter, pero ni se le ocurriría reírse en este preciso instante.

—Menos mal. ¿Y esas condiciones son?

Su chica cogió aire y él se preparó para lo que venía.

—No quiero más malos entendidos entre nosotros, no más Helenas, ni otras mujeres, ni discusiones tontas, ni mamadas...

En ese momento desconectó. La dejaría hablar, soltar toda la parrafada a la que le estaba sometiendo, y que no quería escuchar. La amaba por encima de todo, pero esto era demasiado para sus oídos, terminarían sangrándole. No dejó de observarla y asentir, por si acaso.

—...Si aceptas eso; sí, quiero casarme contigo.

No reaccionó inmediatamente, su mente aún estaba digiriendo la última frase, ¿había oído bien?

—¿Brad? Podemos retocar alguna condición... —argumentó malinterpretando su silencio.

—¿has dicho que sí? —la interrumpió.

—Sí, me casaré contigo, Brad Holmes.

Una gran sonrisa afloró en su hermoso rostro después de aceptar su proposición. Intentó levantarse de nuevo, pero desistió. No iba a perder la dignidad poniéndose a cuatro patas para poder enderezar su cuerpo.

—Eva, me acabas de hacer el hombre más feliz de la tierra. Tengo un anillo, pero está en el bolsillo de mis pantalones en algún rincón del bungalow. Te besaría, pero...

—¿Ya lo habías planeado?

—Por supuesto, nena. ¿Recuerdas ese restaurante al que quería llevarte el primer día cuando llegamos...

Unos golpes en la puerta le interrumpieron.

—¿Puedo pasar? —preguntó Jacob asomando la cabeza.

Eva hizo una señal a Jacob para que entrara.

—Hola preciosa, ¿cómo estás? —Miró a su alrededor—. ¿Dónde está Brad? —preguntó extrañado.

—Aquí —dijo señalando el otro lado de la cama.

Jacob dio la vuelta y lo miró.

—¿Cómo cojones has terminado ahí? —Dejó a los pies de la cama un pequeño ramo de flores que llevaba en la mano y se puso detrás de él —. Deja que te ayude.

Doc puso los brazos bajo las axilas de Brad y lo levantó sin apenas esfuerzo, aunque a su prometido se le cambió la cara.

—Esto es humillante.

—Tranquilo, ¿te has caído? —preguntó Jacob preocupado.

Eva se echó a reír. Y Brad ignoró la pregunta.

—Está bien, esto servirá.

Brad cogió el ramo de flores que había dejado Jacob y se lo entregó a Eva para acto seguido acunar su rostro y besarla con todas sus ganas, era un beso caliente y de lo más inadecuado en presencia de otra persona, por no decir que estaban en un hospital, pero los besos de Brad eran así y a ella le gustaban.

—Eh, eh, eh...Tiempo muerto, tiempo muerto. Joder, que estoy aquí.

Cuando se separaron, se miraron a los ojos y sonrieron.

—Te quiero, nena. No es un anillo pero a Jacob no le importará —dijo acariciando un pétalo con un solo dedo.

—Te quiero, Brad.

Giró la cabeza y Jacob los estaba mirando aún con una mano cruzada sobre la punta de sus dedos, pidiendo tiempo muerto, sí.

—¿Es lo que creo que es? —preguntó sin dejar la postura.

—Sí, Brad y yo nos vamos a casar.

Doc sonrió.

—Entonces mi enhorabuena, tíos. Me alegro por vosotros.

Estrechó la mano de Brad y a ella la besó en la mejilla.

—Gracias.

—No fuerces la voz, Eva.

Puso los ojos en blanco, aunque decidió seguir el consejo del médico de la unidad.

—Me acaba de decir el médico que en unas horas podréis marcharos. Necesitarás calmantes, pero podrás caminar con ayuda de una muleta. Merecéis continuar con vuestras vacaciones.

—¿En serio? Quiero irme.

Brad la miró.

—Nos iremos a casa, ya he tenido bastante de Hawái para varios años.

—Me da igual, Brad. A casa o adónde sea, pero fuera de este hospital.

—Eso está hecho, cariño. Ahora descansa.

Jacob y él salieron de la habitación cuando Eva se quedó dormida. Se sentaron en los asientos ubicados en el pasillo a solo unos metros de la puerta. No se arriesgaría a que nadie entrara sin su consentimiento. En cuanto a Jacob, después de presentarse al médico de Eva y mostrar sus credenciales, tenía permiso para ir armado dentro del centro, así que eso le daba cierta seguridad.

En ese instante recordó la conversación que habían tenido un par de horas antes y la demanda de divorcio que el hombre tenía en su casa. Le parecía injusto que se hubiera encontrado con la reciente noticia de su boda, pero la

gente se casaba y se divorciaba todos los días.

—¿Sabes algo más de la unidad? —preguntó dejando aparte el tema.

—No, pero pronto deberán contactar.

—Han ido tras él, ¿verdad?

—Bastante probable.

—Espero que acabe con sus huesos en la cárcel. Si pudiera, yo mismo me encargaría del asunto.

—Eres abogado, matar a un hombre no quedará muy bonito en tu currículum.

Hizo una mueca.

—No, aun así no me importaría darle una buena paliza.

—Sé cómo te sientes. No te preocupes, Slade sabe lo que hace. Lo atraparán.

Brad se rascó la cabeza.

—¿Cómo coño se lidia con una situación como esta? He defendido a muchos clientes con ganas de vengarse de los acusados, y hasta ahora no he sabido lo que se siente. Mis consejos eran palabras vacías para ellos. Lo puedo entender, pero en este momento soy yo el que está en esa situación. Eva es intocable y ese cabrón se ha ensañado con ella.

—Todos hemos tenido alguna vez sed de venganza; el dolor que causa la impotencia, deriva en las ganas de devolver el golpe. A veces es difícil no hacerlo. Y eso te cambia como persona.

—Lo has vivido...

Jacob apoyó los codos en las rodillas y cerró las manos en un puño con la mirada perdida en la pared que tenía enfrente.

—No, no directamente. Pero cuando tengo que curar algunas heridas a mis compañeros, veo antiguas cicatrices, y no todas son heridas de guerra, sé que algunos han sufrido en manos de otras personas. Nunca he preguntado, pero si lo asocio con el carácter de cada uno, puedo entender el porqué de algunas personalidades.

—Comprendo.

Brad se preguntaba de quién se trataría, pero no podía indagar en algo que pertenecía al juramento hipocrático dentro del campo de la medicina.

Capítulo 16

—Están saliendo de la casa; Benson y dos tipos armados —informó Killian a través del auricular.

—Perfecto, Matt y tú posicionaros detrás, les seguiremos el rastro desde aquí —ordenó Slade.

—Recibido.

Los hombres entraron en un turismo negro y empezaron a descender por la carretera. Killian y Matt arrancaron tras ellos saliendo de un camino en cuanto pasaron por delante, no les podían ver, estaban bien camuflados. Se mantuvieron a una buena distancia en la serpenteante carretera, a la espera de recibir órdenes.

—Dejad que lleguen al hangar, los tenemos a la vista. Si dan la vuelta os avisaremos, en tal caso, desapareced —les informó Slade.

—Oído jefe.

El trayecto fue corto, de no más de diez minutos.

—El conejo acaba de entrar en la madriguera —anunció Dan que estaba dentro del hangar.

—Bien, entreténelos solo un par de minutos.

—Copiado.

Dan salió de detrás de unas estanterías metálicas, repletas de herramientas y recambios en desuso, y se apoyó cruzando los brazos en una de las mesas, también metálicas. Tenía la pistola en su mano derecha, fuera de la vista.

El coche esquivó el Jet que estaba en la puerta y entró en el hangar. En

cuanto se dieron cuenta de su presencia, los dos hombres que iban en los asientos delanteros salieron apuntándolo con sus armas. Benson salió el último, con su porte chulesco, abrochándose la americana del traje.

—¿Quién es usted? ¿Y qué hace aquí? —preguntó arrogante.

—Señor Benson, le estaba esperando. Para usted soy el señor Nig.

El hombre hizo una mueca de asco. Lo sabía. Su aspecto delataba sus orígenes, algo, que supuso, le producía arcadas a Benson. No en vano había financiado a un grupo de radicales xenófobos y homófobos, *Nueva Era*, se llamaba.

—¿Señor Nig? —preguntó levantando una ceja mientras se acercaba un poco —. No le conozco.

Aunque, como el hombre *valiente* que era, se aseguró de que sus hombres apuntaban en su dirección. Nig se cuidó de no hacer ningún movimiento brusco.

—Yo a usted, sí. Y en estos momentos eso es lo único que importa.

—Vaya, ese imbécil de Holmes, ¿se dedica a contratar a mercenarios?

Dan sonrió.

—No, no he sido contratado por Bradford Holmes. Pero da la casualidad de que es un amigo y alguien le ha disparado y ha dado una soberana paliza a su chica.

Ahora el que sonrió fue Benson.

—Esa zorra lo merecía...

—¿Le gusta pegar a las mujeres, señor Benson? —preguntó ladeando la cabeza y chasqueando la lengua varias veces —. Eso está muy mal, necesita una buena lección de modales.

—¿Cómo se atreve a amenazarme? Hay que reconocer que tiene usted

cojones. ¿Se ha dado cuenta de que tengo a dos hombres apuntando a su cabeza?

—¿Qué hombres?

De pronto, un ruido de armas siendo arrojadas al suelo sobresaltó a Benson que se giró rápidamente. Pam y Elijah estaban apuntando a las sienes de sus guardaespaldas.

—¿Qué pretende? No le conozco de nada...

—¿Ya no somos tan valientes, eh? —sacó su pistola y le apuntó—. Como ya le he explicado, necesita que alguien lo ponga en su lugar. Lo de contribuir al asesinato en masa de personas, en nuestro país, se le fue de las manos y nada me gustaría más que verlo ser el juguete de los presos. Pero, ¿tocar a Brad y a Eva? Eso le ha condenado, señor Benson.

Empezó a retroceder, el sudor empapando su frente.

—No puede hacer eso. No tiene ni idea de con quién está tratando.

—Quédese donde está. —Benson se detuvo inmediatamente—. Y déjeme aclararle una cosa. Sabemos quién es y a lo que ha estado jugando. Lo que ha estado haciendo y los delitos que se le imputan. Pero, ¿sabe? Nos gusta tomarnos la justicia por nuestra mano.

—¡Son unos asesinos!

—Y usted un genocida. ¿Hay alguna diferencia? Usted odia a la gente por su raza, religión o nacionalidad. Yo solo le odio a usted.

De repente giró sobre sí mismo y empezó a correr. Dan le dejó ir y tanto Pam como Elijah sonrieron. El hombre corría tan concentrado que no se dio cuenta de la mole humana que tenía delante, que no era otro que Matt. Puso su enorme manaza en su cabeza y se lo sacó de encima como quien se sacude una mosca.

—¿Adónde cree que va?

Benson retrocedió con los ojos ensanchados, el terror inundando sus pupilas.

—Quítese la ropa —ordenó Slade pasando por su lado.

—¿Qué?! ¡No!

Slade dejó de andar y se giró para mirarlo con gesto cansado.

—He dicho que se quite la ropa, no me lo haga repetir o mis hombres harán el trabajo por usted.

Ahora lucía realmente espantado.

—No se preocupe, la violación no es lo nuestro. —Killian agarró un tubo oxidado del suelo —. Aunque se me ocurren unas ideas...

—Por cierto, déjese puestos los calzoncillos no queremos terminar arrancándonos los ojos —apuntó Michael.

—¿Qué es lo que quieren? ¡Esa puta me insultó y me agredió! ¡Está loca!
—dijo quitándose la ropa.

—Cuéntenos algo que no sepamos —soltó Killian ante la mirada acusadora de Pam. Algunos se rieron entre dientes.

Había unas cuantas sillas de playa desvencijadas y Wyatt se dedicó a abrirlas y a ponerlas en fila, una al lado de la otra. Uno a uno, se fueron sentando para ver el espectáculo. Dan se ocupó del tipo que estaba custodiando Pam y apuntó a su cabeza en su lugar.

Slade, que estaba sentado en el medio de la fila, sacó su teléfono móvil y utilizó la marcación rápida.

—Lo tenemos. Te envío ubicación.

Cuando colgó, se puso más cómodo apoyando un tobillo en la otra pierna.

Killian sacó un cigarrillo y lo encendió. Ver al hombre en unos gayumbos blancos inmaculados, con calcetines negros y zapatos, daba para reírse como si estuvieran viendo un episodio de Benny Hill.

—¿Le gusta pelear con mujeres? Pues ahí tiene una, veamos de lo que es capaz —dijo estirando la mano a modo de invitación para que se pusiera en el centro del improvisado ring sin cuerdas.

La sonrisa de Pam fue tan espontánea y preciosa que Dan no pudo evitar sonreír también. Era una mujer que sonreía poco y verla feliz le estaba calentando el corazón.

Pam se puso frente a él.

—Si gano, ¿podré irme? —preguntó el idiota.

Las carcajadas inundaron el lugar. Slade se pellizcó el puente de la nariz y resopló.

—Por supuesto, yo mismo extenderé la alfombra roja —contestó con sarcasmo.

Benson no se lo pensó mucho y fue como un toro bravo a por Pam, ella solo lo esquivó y cuando él pasó de largo, volvieron a reírse.

—A ver..., céntrese, señor Benson, que no tenemos toda la noche, de echo en un par de horas amanecerá —le increpó Ian que parecía asqueado con la situación.

Esta vez levantó un puño, se disponía a golpear a la Marine, pero ella fue más rápida y golpeo su vientre con saña. Sabían que Pam podía acabar en este momento con el hombre, pero estaba disfrutando con la pelea.

Lo siguiente fue un puñetazo en los huevos que los hizo sisear a todos mientras el hombre arrancaba de sus cuerdas vocales su mejor sonido de soprano.

Cuando Jacob colgó, entró en la casa de la playa.

—¿Lo tenéis todo?

—Menos los teléfonos móviles, sí, lo tenemos todo —contestó Brad, cargando una maleta.

—Maldito idiota. En ese teléfono tengo toda mi vida —despotricó Eva que se paseaba de un lado a otro con una muleta y el brazo enyesado.

—Deberías ir al coche y sentarte, vas a terminar más cansada de lo que ya estás —dijo Brad mirándola.

Ver a Eva en ese estado le estaba cabreando por momentos. Joder, iban a ser unas vacaciones maravillosas y le iba a pedir matrimonio después de haber pasado el día entre la playa y la cama. Bueno eso lo había hecho, de la forma más ridícula, pero ya no había vuelta atrás, ella había aceptado y eso era lo más importante.

Cuando Eva se disponía a discutir con él, Jacob levantó una mano.

—Slade nos espera...

—¿Ahora? Pero, ¿no tenemos que coger un vuelo?

—Volveréis con nosotros en el avión de la empresa, será más cómodo para ti y ganarás una hora —explicó Jacob con paciencia.

—Está bien. Estoy harta de esta isla y...

—¡Brad!

—¡Es cierto! ¡Estás aquí!

Tres chicas, dos rubias y otra de color, entraron dando saltos en bikini.

Eva miró su reloj, las cuatro y media de la mañana. ¿Quién coño eran esas?

—Brenda, Alice...

Brad parecía descolocado y las miró extrañado.

—Hacía meses que no venías.

Le dieron besos en los labios y ese capullo de Brad ni siquiera se apartó. De repente su mente captó las palabras, ¿meses? ¿No había dicho que había venido con amigos, hacía años?

Observó la escena y levantó una ceja ante la mirada suplicante de su novio.

—Lo puedo expli...

—¿Quién es tu amigo? —preguntó una de las rubias pasando el dedo índice por el pecho de Jacob.

El hombre cogió su mano y la apartó suavemente.

—Brenda, él es Jacob y esa chica de ahí es Eva, mi prometida.

En cuanto terminó de decir la frase las tres la observaron de arriba abajo.

—¿Tu qué?

—¿Te has dejado cazar?

—Felicidades...supongo —soltó con voz desabrida la chica de color.

—Gracias Alice, nosotros ya nos íbamos.

A Brad le habían entrado las prisas. Pero Eva estaba dispuesta a aclarar el asunto.

—¿Y vosotras sois?

—Amigas de Brad, compañeras de juerga... se podría decir. Te llevas un buen partido, por si no lo sabías. —Habló otra vez la rubia.

—Eso fue hace tiempo, Brenda... —apuntó su novio al borde del colapso.

—La última vez fue hace unos meses —discrepó la tal Brenda frunciendo el ceño.

Brad empezó a sudar.

—Por cierto, Brad. Esta es Suzanne, a ella no la conocías —presentó a la otra rubia, que era muy mona pero tenía una sonrisa bobalicona, suponía que debido al alcohol.

—Perfecto. Ahora si no os importa..., es tarde.

—Estábamos en el bar de Joe, él nos ha dicho que estabas en la isla. Hemos visto luz al pasar...

Eva estaba a punto de explotar.

—¿Y esas juergas en qué consistían? ¿Bebida? ¿Bailes?... ¿Sexo?

Brad abrió los ojos desmesuradamente y puso cara de poker.

—Nena, no creo que...

—¡De todo!

—Pero tranquila, chica. Ahora ya es intocable.

Entrecerró los ojos.

—¿Y hace unos meses? —preguntó mirando a su novio.

—Mierda, Eva.

—¿No tenías novia, no? —inquirió la tal Alice.

Captado, el muy cabrón había venido y además ni la había nombrado.

—No pasó nada, Eva.

—Me lo puedo imaginar.

—Bueno nosotras ya nos vamos...

Las mujeres desfilaron dándose codazos entre ellas. Jacob estaba bastante alucinado, y Brad era incapaz de articular palabra a juzgar por los movimientos erráticos de su boca.

Fue hacia la puerta y entró en el coche que habían dejado cerca para poder vigilarlo, con una explosión había sido suficiente, no correrían riesgos innecesarios. Se sentó en el asiento trasero y mientras intentaba digerir lo que acababa de ocurrir una lágrima resbaló por su rostro. La apartó de un manotazo. Mierda, ¿qué se suponía que debía hacer ahora?

Jacob cargó las maletas y se puso al volante. Brad entró también, se sentó al lado del doctor y giró la cabeza y medio cuerpo haciendo muecas de dolor.

—Eva...

—Ahora no.

La observó unos instantes más y vio cómo cruzaba la mirada con Jacob. Miró por la ventanilla mientras el vehículo accedía a la carretera principal.

No le apetecía discutir, ni saber nada más. Estaba cansada de que todo el mundo la tomara por una histérica celosa, pero empezaba a pensar que quizá había una vocecita en su cabeza que intentaba llamar su atención y por eso reaccionaba así. Ahora ya era demasiado tarde, las cosas salían por sí solas, no hacía falta que nada ni nadie intentara advertirla. En su interior había dejado de luchar contra la evidencia. Brad era como era y no podía cambiarlo, tampoco dejar de amarlo.

Lo siguiente sería decidir si aceptaba lo que aseguraba Brad; que no había pasado nada. O le tiraba el anillo a la cara y después lloraba a mares delante

de un enorme cubo de helado de chocolate al más puro estilo Bridget Jones, o le rompía la cara y seguía con su plan del chocolate.

Un momento, ¿qué anillo? Pero si el muy idiota no se lo había puesto en el dedo aún.

—Jacob, ¿me dejas tu teléfono?

—Si tienes la intención de llamar a Sue, no puedo dejártelo. Slade lo ha prohibido.

¿Le había adivinado el pensamiento?

—¿Qué? —preguntaron Brad y ella al mismo tiempo.

—Lo siento, solo cumplo órdenes. Si te quedas más tranquila te diré que el jefe ya ha hablado con ella y ya sabe que estáis bien.

—No iba a decirle...

—Lo sé, pero ya sabes cómo es Slade, la protege y no confiaba en que no le contases lo que había sucedido, en su estado...

—¡Vale! Lo capto. Pero no lo hubiera hecho.

Brad estaba francamente preocupado, Eva aún no había gritado ni insultado, y tampoco había arremetido contra esas tres. Claro que tampoco estaba en tan buena forma como para liarse a hostias con nadie. Pero la boca la tenía bien, ¿no? Y no había hablado, al menos, no como él lo esperaba. Tenía las cuerdas vocales hechas polvo, pero aún podía hablar.

Se pasó la mano por el pelo. Nunca podría olvidar estas vacaciones, no. Y

para volver a Hawái lo tendrían que traer a rastras, si por él fuera estas islas podían borrarse del mapa. Nunca le había contado a Eva que acudió aquí para replantearse su relación, entender la situación y determinar si estaba dispuesto a luchar por ella o no. Después del intento frustrado de acostarse con Helena, la mujer de Benson, cogió el primer avión que salía hacia las islas. Vaya mierda de elección hizo con la trabajadora del juzgado.

Jacob llegó a una especie de aeródromo abandonado o por lo menos poco cuidado y aparcó junto a los coches de sus compañeros.

—¿Dónde estamos? —preguntó, y volvió a extrañarse de que Eva no lo hubiera hecho primero.

—Estarán dentro de ese hangar supongo, Slade ha dado esta ubicación.

—¿Despegamos desde aquí?

Pero no obtuvo respuesta.

—Hola pareja —saludó Michael avanzando hacia ellos.

—Michael —dijo a modo de saludo.

—Veo que ya os han soltado, ¿cómo estáis? —preguntó genuinamente preocupado.

—Magullados —contestó malhumorado.

—Puedo verlo —dijo acercándose a besar la mejilla de Eva.

Después les hizo una señal para que lo siguieran, Jacob se quedó junto a ella vigilando su equilibrio, supuso que intuyendo que si Brad se acercaba demasiado podía usar la muleta como arma personal.

Lo que se encontraron cuando accedieron al interior no lo olvidaría en su vida y no por ser algo inolvidable. Sino por ser algo que no esperaba encontrar.

Capítulo 17

Benson estaba sentado en una silla, atado y amordazado, su cara era una especie de pulpa sin sentido, apenas abría un ojo y por la comisura de sus labios salía sangre. En el resto de su flácido y pálido cuerpo había señales de una brutal paliza, los cardenales empezaban a ser evidentes. Se alegraba, nadie merecía una paliza más que él. El leve movimiento en su pecho le mostró que aún estaba vivo.

Todos los saludaron y recibió besos de los chicos. Ella y Brad agradecieron a cada uno de ellos que acudieran a ayudarlos.

—Hola Eva —Killian fue el último en saludar.

Apartó la mirada de Benson, ya que aunque hubo saludos y palabras reconfortantes no dejó de observarlo.

—Killian, no puedo creer que estés aquí salvando mi trasero.

El hombre levantó una ceja.

—Ni yo tampoco, pero me obligaron —soltó del tirón.

—Ahhh —exclamó escéptica.

Si no fuera porque estaba cabreada con Brad, se habría descojonado a su costa.

—No es cierto —aseguró Slade.

Killian frunció el ceño en dirección a su capitán.

—Lo he hecho por Brad, todos lo saben, bruja. —Pero en su voz había amabilidad y una sonrisa camuflada.

—En el fondo me quieres, admítelo —dijo solo para molestarlo.

—Ni de coña —contestó alejándose como si quemara.

Eso provocó las risas de los hombres, incluida la de Brad.

—Déjalo, no le hagas caso. —La voz de Pam vino por detrás, se estaba secando las manos con una toalla.

No la besó ni la abrazó, pero ya la conocía, el contacto humano no era lo suyo y ella no lo tendría en cuenta. Ató cabos en seguida.

—¿Tú? —preguntó señalando con la muleta a Benson.

—Una de las dos tenía que hacerlo y por lo que sé, no estabas en condiciones. Tenías que verlo antes de que vuelva al basurero del que salió. Imagino que te sentirás aliviada.

Asintió y la miró esperando que ella viera el agradecimiento en sus ojos. Se acercó a Benson y entonces distinguió a los otros hombres detrás de él, sentados en el suelo y maniatados. No sabía muy bien cómo sentirse. Esos hombres habían evitado que su jefe terminara el trabajo, pero también habían consentido que la dejara en ese sitio putrefacto, a merced de a saber qué o quién.

Plantó una muleta en el pecho de Benson.

—¿Qué se siente, Benson? No sabes cuánto me alegro de que sea una mujer la que te haya pateado las pelotas. No mereces nada más que pudrirte en el infi...

Un puño lanzado a toda velocidad fue a parar a la cara del idiota y Brad cayó de rodillas poniéndose una mano en las costillas, aullando de dolor.

—¡Brad!

Intentó agacharse pero la pantorrilla le ardía. Dan y Jacob corrieron a ayudarlo.

—Tenía que hacerlo —argumentó no sin esfuerzo—. Espero verte muerto, hijo de puta.

Se apartó de Benson cuando Brad retrocedió y empezó a enderezarse. El cabrón ni siquiera había perdido el conocimiento, se limitaba a observarlos.

—Con respecto a eso. Los vamos a meter en su avión de vuelta a donde sea que vayan —anunció Slade con actitud tajante.

Todos lo miraron perplejos.

—¿Qué?! —Esa fue Pam.

—No me jodas —dijo Michael negando con la cabeza.

—Merece que lo lancemos al mar —dijo Wyatt.

Dan se puso al lado de Pam y le apretó el antebrazo con su enorme mano. Fue casi imperceptible, pero Eva lo captó. No le extrañaba la reacción de Slade. No era su trabajo matar gente. Aun así ella quería ver muerto a Alec Benson.

—Vamos a ver, jefe —intervino Elijah —. Es una persona desaparecida, puede seguir así. Nos desharemos del cuerpo y...

—Metedlos en el avión, uno de esos dos debe saber pilotar.

Nadie se movió.

—¡Es una puta orden, joder!

Aunque se pusieron en marcha, las miradas eran de desaprobación y estaba segura de que todos se sentían defraudados ante la orden del capitán.

Ese hombre había hecho mucho daño a personas inocentes, sino por su mano, sí contribuyendo a ello con su dinero. Miró a Benson, el hijo de puta sonreía. Se llevaron primero a los dos hombres atados.

Se giró y se encontró con los ojos de Pam. No iba a permitirlo, ese tío iba a morir aquí mismo, ante sus narices. Los ojos de la chica bajaron a su propia cintura y después la volvió a mirar. Eva arrugó la frente cuando le volvió a hacer el gesto y miró detenidamente el bulto que tenía en un lado. Una

pistola, la estaba invitando a coger su pistola.

No se lo pensó ni un segundo, solo tuvo que alargar la mano y tirar de la culata, al mismo tiempo que se posicionaba para disparar, nunca lo había hecho y ahora lo haría con la mano izquierda.

—¡Eva, no! —El grito de Dan quedó apagado por el disparo que retumbó en todo el hangar.

Alguien arrancó la pistola de sus manos y el rostro de Slade apareció ante ella.

—¿Eres feliz, ahora? ¿En qué te convierte esto, Eva? Eres una civil, joder. No una asesina. Entiendo lo que sientes, pero no puedes hacerlo.

—¡No entiendes nada, merece morir! —gritó a pesar de tener aún la voz tocada.

—No así.

No entendió qué coño significaba eso. ¿No así? ¿No, cómo? ¿De un disparo? Slade, ¿prefería la silla eléctrica? ¿Una inyección letal?

Benson gritaba como un poseso. ¿Gritaba? ¿Ni siquiera había sido capaz de acertar en su maldita cabeza?

—Ha sido en el hombro, sobrevivirá, al menos unas horas más —dijo Jacob, que no estaba haciendo nada por detener el flujo de sangre.

—Metedlo en el avión. Ahora.

Una mano se posó en su cintura.

—Nena, tal vez tenga razón. Es difícil vivir con una muerte a tus espaldas...

—Olvídame, Brad.

—En cuanto a ti, tenemos una conversación pendiente —Amenazó a Pam

el capitán.

Slade salió furioso del hangar y ladró órdenes a diestro y siniestro. Eva cojeó hacia la salida, necesitaba respirar aire fresco. No, no estaba de acuerdo, la muerte de Benson no habría pesado sobre su conciencia. ¿O sí?

Estaban fuera esperando a ver como despegaba el Jet. Se quería marchar, pero todos parecían embobados mirando cómo se alejaba en la pista y después se alzaba en el cielo. El día empezaba a despuntar aunque aún había suficiente oscuridad.

—Dan, ese puro.

Slade, ¿pidiendo un puro? Pero si no fumaba.

—Cuídalo, es cubano —dijo Dan entregándole uno y encendiendo otro para sí mismo.

Nadie dijo nada. Pero se miraron entre ellos. Iba a meterse en uno de los coches y pasar de esos tarados al completo cuando una explosión a lo lejos la hizo mirar al horizonte. ¿Era el avión privado de Benson el que acababa de explotar en pleno vuelo?

—Booommm —soltó Dan como si ninguno de ellos hubiera sido testigo del sonido lejano.

—¡Sí! ¡Joder, sí! —gritó Michael levantando el puño.

—Parece el jodido cuatro de julio —murmuró Matt.

Y era cierto, los restos del avión caían al mar aún encendidos. Para ella era una imagen de lo más fantástica.

—Joder, eso ha sido... —Ese era Wyatt.

—¡Qué callado lo tenías, capullo! —gritó Pam a Dan.

—Órdenes, nena —dijo señalando con el pulgar al capitán.

Slade, que estaba unos pasos por delante de Eva, se giró y le guiñó un ojo, su semblante era serio pero logró arrancarle una sonrisa. Se acercó a él apoyándose en la muleta y lo abrazó. Él la envolvió sin apretar. Notó el cariño con que la estaba tratando.

—Gracias, pero si me lo hubieras dicho lo habría aceptado.

—A mí también me gusta sorprender a mis hombres y mujeres.

Los otros se rieron entre dientes.

—¿Sabe Sue, que haces estas cosas? —preguntó con ganas de molestarlo.

Se separó de ella tan rápido, que casi pierde el equilibrio al dejar su apoyo.

—No Eva, y va a seguir así. Tengo una reputación que mantener.

Se rio a carcajadas.

—Sí, nena. No querrás que su mujer piense que es un tarado más entre nosotros. —La voz de Killian era puro sarcasmo.

—Como alguien le cuente algo de esto a Sue, queda despedido. Los accidentes ocurren, joder —dijo con voz contundente.

—Captado, jefe. —Jacob habló por todos —. Y cambiando de tema..., alguien tiene otra sorpresa.

Eva frunció el ceño y Brad pasó un brazo sobre sus hombros y sonrió ante la mirada del doctor.

—Le he pedido a Eva que se case conmigo —anunció orgulloso.

Algunos los vitorearon, Slade levantó una ceja, Pam sonrió como pocas veces lo hacía, y Wyatt le guiñó un ojo sonriente. Matt la observaba pensativo, no era hombre de mostrar emociones, por lo que sabía. Y ella se quedó ahí sin saber si enviar a la mierda a Brad y patear los huevos a Jacob, o

seguir como si nada. Optó por esto último.

—Otro que no rige, bienvenido al club —soltó Killian por esa boca, dejándola perpleja.

—Te recuerdo...

—...que sabes hacer bolsos con piel humana, lo sé. Lo tengo presente.

Ahora el que se descojonó fue Brad, que era el único que sabía la famosa frase que utilizó para amenazarlo cuando empezó a ir en serio con Mia.

—Cállese teniente, sabe disparar —advirtió Dan, señalándola.

Todos se rieron a su alrededor.

—Por poco fastidio tus planes, Slade —reconoció Eva.

—No, hubiera ocurrido igual —contestó Slade convencido.

—Pues no sé cómo lo has hecho, pero Eva no parece convencida —continuó Michael.

Brad se rascó la cabeza y la miró.

—Ha habido un pequeño contratiempo.

—Idiota —contestó airada y movió los hombros para que la soltara.

Killian cruzó los brazos sobre su poderoso pecho y ladeó la cabeza.

—No jodas que has dejado que te la vuelvan a chup...

—¡Alto ahí! No vayas por ese camino. Pero, ¿qué coño? —preguntó Brad cabreado.

—Maldito tarado, cierra esa boca. —La recriminación de Slade fue para Killian que no lucía ni un poco arrepentido por la impertinente pregunta.

Las carcajadas no tardaron en resonar.

—¿Nena? ¿Cuánta gente lo sabe? —preguntó Brad compungido.

Eva sonrió con suficiencia pero era un gesto falso.

—Todos, Brad. Esto es como una gran familia —dijo Dan.

—Joder.

—No veo ningún anillo —apuntó Ian que había permanecido callado hasta ese momento.

—Sois una panda de cotillas descerebrados —soltó Pam harta de oírlos.

Slade carraspeó.

—Dejad de meteros en asuntos ajenos. ¡A los coches! Volvemos a Nueva York. Quiero ver a mi mujer y a Nathan, no vuestros jodidos jetos.

«Qué dulce», pensó Eva.

Capítulo 18

Eva estaba de un raro que acojonaba, no le había hablado en el avión, claro que la pastilla para dormir la había dejado fuera de combate en menos de media hora y cuando se despertó aún faltaba una hora para aterrizar, pero todo siguió igual.

Se despidieron de la unidad de Slade y fueron a casa en taxi. La ayudó a subir y a bajar del vehículo y no se quejó ni una sola vez. Esperaba una explosión inminente y no sabía si podría superarla. No estaba de humor y estaba cansado.

Lo primero que hizo fue llamar a Sue, Slade le dijo que podía decirle la verdad, pero que le ahorrara los detalles escabrosos. No escuchó la conversación, se metió en el cuarto de baño, llenó la bañera y echó las sales favoritas de Eva. También había una ducha pero le apetecía relajarse junto a ella, si ella quería.

Dejó la pequeña caja con el anillo de prometida en un cajón del mueble y se metió en la bañera. No se lo daría aún, no quería terminar con el anillo incrustado en su rostro. Tenían que hablar. Apoyó la cabeza en el borde y cerró los ojos. Esta vez le costaba trabajo aceptar otra discusión.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando notó que el agua se movía. Eva estaba entrando ya desnuda e intentaba aguantar el equilibrio, se incorporó y la ayudó a entrar sujetando su brazo sano. Cuando se sentó, apoyó el otro escayolado en el borde y suspiró.

—Parecemos un par de abuelos —dijo Eva cerrando los ojos.

—Creo que no es bueno que los puntos estén mucho tiempo bajo el agua.

—Si quieres saber mi opinión, ahora mismo no me importa.

Se rio. Estaban relajados, si es que se podía utilizar esa palabra ahora, más bien parecía una calma tensa.

—Nena, me gustaría poder explicarte lo que pasó hace unos meses en Hawái sin que te cabrees.

—Brad, si me va a doler no lo hagas..., ahora no.

—No es lo que crees.

Abrió un ojo y lo observó unos segundos antes de volver a cerrarlo.

—Cuando ocurrió lo de Helena, fui consciente de que te echaba de menos, de que te amaba más de lo que creía. Intenté localizarte pero no sabía dónde estabas y le habías prohibido a Sue decírmelo.

—Nos habíamos dado un tiempo, ¿qué tiene eso de raro?

—Reconozco que no estábamos en nuestro mejor momento, pero fuiste tú la que decidió que había que poner tierra de por medio...

—No volvamos a eso Brad. Me explicaste lo que había pasado con esa zorra y cuando por fin admito que puedo vivir con eso. Tres idiotas recauchutadas se te lanzan al cuello.

—Solo conozco a dos de esas idiotas. —Dejó de hablar y cayó en la cuenta.

—¿Y?

—Que las estoy llamando idiotas yo también.

Eva se rio sin ganas.

—¿Vas a explicarme lo que tenías en mente? ¿O vas a buscar mil excusas para demostrarme que no son tan idiotas como pienso?

—Joder, Eva. No tienes remedio.

—Que te quede clara una cosa. Puedo pensar lo que quiera sobre quien se me antoje. Y si en este momento pienso que son idiotas, acéptalo. Se me ocurren otros nombres, pero por respeto a tu alma sensible no los diré. ¿Te vale así?

Mierda, no quería seguir por ese camino.

—Al no conseguir saber dónde estabas, me fui a Hawái, a la casa que tienen mis padres. Necesitaba pensar —continuó.

—¿Tus padres tienen una casa en Hawái?

—Sí, por eso íbamos el grupo de amigos de la universidad, solo pagábamos el vuelo, el resto nos salía gratis.

—Podíamos haber ido, si ellos no estaban...

—Lo sé, pero quería que fuera un lugar idílico y pedirte que te casaras conmigo.

Estaban sentados uno frente al otro en la bañera redonda. Ella contestaba sin abrir los ojos, con la cabeza apoyada en el borde.

—Pues te recuerdo que las cosas no han salido como esperabas.

—No, solo hay que mirarnos.

Resopló.

—Continúa...

—Siento como si después fueras a dictar sentencia.

—Lo haré, y ya te lo digo ahora. Será irreversible.

—¿Me estás amenazando? —Joder, después de todo aún podía perderla.

—Te estoy poniendo en situación, ¿vas a terminar?

Se echó el pelo hacia atrás.

—No salí de la casa, solo estaba pensando en ti, en dónde cojones te

habías metido. Pero Alice y Brenda viven a solo unos metros de distancia de la casa familiar y en algún momento me debieron ver. Una noche me convencieron para ir a tomar algo al bar de Joe. Y...

—Para, no tengo porqué soportar esto. No vamos a llegar a ninguna parte. Lo he intentado, Brad...

Las lágrimas corrían por su rostro. Se levantó dispuesta a salir de la bañera.

—Eva, espera. No pasó nada, tengo que reconocer que me lo propusieron, pero ya la había cagado con Helena y solo me apetecía estar contigo. Terminé mi copa y me fui, al día siguiente volví a Nueva York y fui a ver a Sue. Te llamó por teléfono, ese día pude hablar contigo, ¿recuerdas?

—Brad, dijeron que habían compartido sexo contigo.

Joder, tenía que explicarlo todo.

—Eso fue hace años, en la casa de mis padres las juergas eran épicas. Acabábamos todos borrachos, te juro que ni siquiera tengo un recuerdo claro de lo que pasaba.

Ella se había vuelto a sentar y ahora lo miraba de manera retadora.

—Maldita sea, ¿pero a cuántas te has tirado en tu puñetera vida?

¿En serio?

—Nena, ¿tengo que contestar a eso? No son tantas como piensas. ¿A cuántos te has tirado tú? Joder, la pregunta es obligatoria, ya que estamos.

Una sonrisa traviesa apareció en su bello rostro a pesar de haber estado llorando.

—Si soy sincera, ¿lo serás tú?

No tenía ni la menor idea de con cuántas chicas se había acostado, eso fue en su época universitaria, una en la que no recordaba ni su nombre.

—Por supuesto —mintió.

—En fin...no quería que lo supieras así. Pero ya que vamos a ser sinceros...

Se puso la mano en el pecho y cara de circunstancias, como si le doliera lo que le iba a decir. Y él se preparó para escuchar lo que no hacía falta oír. Joder.

—Con toda la unidad de Slade, sin incluir a Slade ni a Matt —soltó a bocajarro.

Abrió los ojos desmesuradamente por la sorpresa, aunque sabía que no era cierto. Esa vena sádica de Eva no había disminuido ni un poco con el ataque de Benson. La muy cabrona terminó desternillándose de risa.

—Me gusta tu sinceridad, nena. Por suerte no voy a tener que asesinar a un grupo de élite —dijo con ironía.

—Ya, ya. Como si tú fueras a decirme la verdad...

Resopló.

—¿Podemos cambiar de tema?

Se incorporó quedando sentada, hasta ahora había permanecido medio tumbada.

—Está bien. —Alargó la mano sana y agitó los dedos rítmicamente —. ¿Dónde está mi pedrusco?

Se la quedó mirando perplejo, después consternado, y por último sonrió. Esa era su Eva; más burra que la hostia, pero su Eva al fin y al cabo.

—¿Eso quiere decir que quieres casarte conmigo? —preguntó cauto.

—¿A ti qué te parece? —dijo haciendo rodar los ojos.

Brad se lanzó hacia delante a pesar de tener las costillas jodidas, quería

besar a su chica hasta que le faltara la respiración.

—¡Brad! ¡Para! ¡Primero el anillo! —gritó con su voz ronca.

Se detuvo y la miró entrecerrando los ojos.

—¿Solo me quieres por mi dinero?

—Y también por tu cuerpo, pero eso no es importante ahora.

—Muy graciosa, nena —dijo saliendo de la bañera—. Maldita cazafortunas.

Buscó en el cajón del mueble del baño y volvió con la caja en su mano.

—Primero en el hospital y luego en el cuarto de baño. Parece que soy incapaz de encontrar un lugar más romántico —se lamentó sumergiéndose de nuevo en el agua.

—Bah, minucias. Aquí estamos bien.

—Eso es lo que importa, nena.

Abrió la caja y le mostró el interior. Ella abrió los ojos como platos.

—Joooooooooder —soltó de pronto.

Sí, efectivamente volvía a ser Eva, la de siempre y a la que amaba.

—Lo voy a tomar como un cumplido —comentó mientras se lo ponía.

Eva estiró la mano y observó el anillo, parecía feliz. Era un aro de oro blanco con un diamante en forma de corazón encastrado en el centro. Le había costado un riñón, ya que no era pequeño precisamente. Pero Eva lo merecía.

—Es precioso, cariño.

—Me alegra que te guste. Te quiero Eva, y quiero una vida entera a tu lado.

—La tendremos, cariño. Solo pórtate bien.

—Lo mismo digo.

Se rieron a carcajadas y terminó besándola con tanta pasión que temió hacerle daño. Pero ella respondió de la misma forma.

Se sentó de nuevo arrastrándola con él y sujetando su brazo para que no se mojara el yeso. La colocó en su regazo y ella volvió a apoyar la escayola en el borde detrás de él. Los pechos quedaban a la altura de su boca, así que no perdió el tiempo. Los succiono y torturó a su antojo mientras oía la cada vez más trabajosa respiración de Eva. La tenía atrapada por la cintura y la hacía moverse en un vaivén bien acompasado a lo largo de su duro eje. Estaba resbaladiza y no era solamente por el agua y las sales. Tan preparada para él que no pudo esperar. La levantó tan solo un poco para entrar en ella de golpe, lo que arrancó un grito afónico de su garganta que lo hizo sonreír.

—Ohhh.

—Sí, nena.

Comenzó a moverse dentro de ella y cerró los ojos. Eva era su alma gemela, y en momentos como este nada importaba tanto como tenerla junto a él. Agarró su trasero con ambas manos y la hizo moverse sobre él más rápido. Juntos alcanzaron el orgasmo, lo cierto es que tal como estaban, la cosa no daba para mucho más. Pero se recuperarían de sus heridas y todo volvería a la normalidad.

Mierda, ahora tenía que lidiar con su familia. Todos estarían entusiasmados con su próximo enlace, todos menos su madre. La mujer era tozuda, y muy hiriente cuando se lo proponía.

Le creía, si él decía que no había pasado nada con las chicas de Hawái es que no había pasado nada. «Ufff que suavcita te estás volviendo», claro que con una pierna herida y un brazo roto no estaba para cabrearse a cada momento. Se habían acostado para dormir un rato después del encuentro amoroso y algo deslucido por sus limitaciones, pero estar con Brad era maravilloso en todas sus formas.

Tenía muchas ganas de llamar a sus padres y a sus hermanos para darles la noticia. Tenía que aprender a confiar en Brad y empezar a seguir un poco los consejos de Sue. No podría dejar de ser una paranoica con respecto a su relación de la noche a la mañana. Pero pondría todo su empeño en pensar antes de actuar. Casi se rio en voz alta. Eso de cambiar de personalidad sonaba muy lejano.

Aún estaba consternada por la decisión de Slade de hacer que el avión explotase en pleno vuelo. Era un hombre con una fuerte personalidad y de convicciones muy bien arraigadas.

Aunque no se lo demostró abiertamente, supuso que le había dolido bastante verla en el estado en el que estaba cuando la encontró. Una cosa era invadir su casa y cabrearle, otra muy diferente era permitir que a ella le pasara algo sin que hubiera consecuencias. Por todos era sabido la impotencia que le producía al hombre que la gente sufriera en manos de otros, y si eran mujeres y niños aún le jodía más. Sue le había contado muchas cosas de Slade.

Todo, menos cómo era en la cama. Maldita Sue.

Sonrió en la oscuridad.

—¿Cómo?! —exclamó su madre descompuesta.

Brad no se inmutó, sabía cuál iba a ser su reacción. Hacía un par de horas que había aterrizado en Chicago.

—¿Estás bromeando verdad? —preguntó esperanzada.

—En absoluto —contestó mientras encendía un cigarrillo.

Estaban sentados en las sillas de diseño del jardín en la mansión de sus padres. La idea era dar la noticia junto a Eva, pero conociendo a su madre prefería ahorrarse tener que lidiar a dos bandas. Si a su madre se le ocurría soltar alguna frase ofensiva estando Eva, su chica no se quedaría atrás.

—¿Te has vuelto loco?

—La última vez que lo comprobé seguía cuerdo —soltó su hermana guiñándole un ojo.

—Tú no te metas en esto —la amenazó su madre con un dedo —. ¿Acaso le ves la gracia al asunto?

—Pues ahora que lo mencionas...

—¡Haz el favor de callarte! —la reprendió furiosa.

Su hermana lo miró con una media sonrisa.

—Vamos, cariño..., a mí me cae bien —intentó mediar su padre.

La mujer se levantó y plantó las manos en la mesa, ignorando a su marido.

—¿Cómo sabes que este matrimonio va a funcionar?

Brad levantó una ceja.

—¿Lo sabías tú cuando te casaste?

Estaba harto de oírla, en cuanto terminase de fumar se iría. Si no lo había hecho antes había sido por respeto a sus progenitores.

—No compares; tu padre y yo nos conocíamos desde que éramos niños.

—Mamá, Eva es una buena chica... —volvió a interceder su hermana.

Helen no era de las que se callaba.

—No lo dudo, pero no es mujer para tu hermano.

—¿En serio? —preguntó asqueado.

—Totalmente.

—Ese no es un argumento válido.

—Y tú no estás en la sala del tribunal.

—Entonces, ¿por qué me siento como si lo estuviera?

—No quiero que te cases con Eva, no me parece apta para ti y no confío en ella, esa familia suya deja mucho que desear —decretó envarándose.

—Bien, ya has dado tu opinión y te he escuchado.

Su madre entrecerró los ojos, estudiándolo.

—Dejaste escapar a Deborah, esa chica bebía los vientos por ti. Tú debías ser su marido.

La carcajada de su hermana no se hizo esperar. Y él se negó a hablar de Debbie; conocía su trayectoria.

—Joder, mamá —susurró Helen, riéndose.

—Haz el favor de moderar tu lenguaje.

—Está bien, entonces te lo diré de la manera más educada posible: Deborah es la fulana más buscada que hay en Nueva York, te puedo asegurar que hasta aquí han llegado sus digamos..., méritos. Puedo nombrarte a más de veinticinco hombres, que tú conoces, que han yacido en su lecho. Su marido lo sabe y a pesar de serle infiel la tolera a su lado, eso es algo que escapa a mi entendimiento, pero no lo voy a discutir ahora. ¿He hablado con propiedad? ¿Eso es lo que deseas para Brad?

—¿Es eso cierto?

Su padre, su hermana y él, asintieron.

—¡Oh! Dios mío. No tenía ni idea.

Se sentó consternada al mismo tiempo que él apagaba el cigarro y se levantaba.

—Ya ves que lo de juzgar a la gente no se te da muy bien. Conoces a Eva y creo que no tienes motivos para desconfiar de ella. No quieres admitir que te gusta por el simple hecho de tener unos padres ecologistas o hippies. Nunca pensé que diría esto, pero en vista de tu actitud no me queda otro remedio que ignorar tu opinión. Lo siento, mamá. Tengo un vuelo de vuelta a Nueva York que no pienso perder.

Iba a marcharse, pero se giró antes de salir del jardín.

—Papá, Helen. Gracias por vuestro apoyo.

Mientras cruzaba la casa y oía hablar a su familia a su espalda, pensó en los padres de Eva, los había conocido hacía un par de años. Eran sencillos y cercanos. La madre lo había abrazado y le comentó a su hija el buen ejemplar que había cazado. Toda la conversación tuvo lugar delante de sus narices, pero exactamente por esa razón no había visto nada malicioso en el apunte. Le cayeron bien al instante.

Se subió al coche que había alquilado en el aeropuerto, envió un *Whatsapp* a Eva para que supiera que ya estaba de vuelta y puso la radio del coche a todo volumen. No había nada mejor que oír a Scorpions para evadirse. Se negaba a dejar que las hirientes palabras de su madre le afectasen. ¿Pero de qué se extrañaba?

Cuando decidió trasladarse a Nueva York ya lo acusó de abandonar a su padre, de no querer formar parte del bufete que su progenitor tenía en Chicago. Sin embargo, su padre lo había entendido y le había animado a seguir su sueño, que no era otro que trabajar en la Gran Manzana. Todo lo

hablaron a espaldas de su madre, a veces era mejor dejarla fuera de las conversaciones entre padre e hijo.

Epílogo

—Pam. —Sue se acercó a ella y se colocó a su lado ofreciéndole una cerveza, sabía qué era lo que solía beber.

—Gracias —dijo cogiéndola de su mano—. ¿Cómo estáis, tú y Alexia?

—Bien, bueno ella un poco falta de espacio. —Sonrió tocándose la barriga.

—Ya debes tener ganas de que todo termine y tenerla con vosotros.

—Sí, aunque lo del parto me impone mucho respeto.

Las dos miraban hacia el grupo de amigos reunidos en su jardín. Habían comido y ahora andaban todos despanzurrados por la hierba y las hamacas.

—Es algo a tener en cuenta, sí.

Sue no esperaba consuelo de Pam, era una mujer que no se andaba por las ramas. Si pensaba que un parto era algo doloroso ella no le quitaría importancia con palabras vacías. Era doloroso y punto.

—Gracias por darle una paliza a ese tal Benson. Ojalá lo hubiera hecho yo.

—¿Lo sabes? —preguntó levantando una ceja.

—Sí, y también sé cómo terminó el bastardo.

—¿En serio?

Sue notó la cautela en su voz.

—Sí, conozco demasiado bien a Slade. No pudo ocultarlo.

Pam levantó un poco las comisuras de sus labios.

—¿Y qué opinas al respecto?

Sue miró hacia dónde estaban Eva y Brad. Los dos reclinados sobre un par de tumbonas hablando con Sarah y Aylan, que ocupaban otras dos. Aylan masajeara los hinchados pies de una embarazadísima Sarah, la chica salía de cuentas esta misma semana y el bebé no daba signos de querer nacer aún.

—Eva es una persona muy importante para mí, somos amigas desde los catorce años. Estuvo a mi lado cuando mi matrimonio se rompió en pedazos, no se separó de mí en ningún momento y gracias a su apoyo seguí adelante. El resto ya lo sabes.

Pam, bebió de su cerveza y asintió.

—Por eso estoy tan agradecida con todos, ninguno puso ningún impedimento para ir a Hawái. Todos estuvisteis allí para ayudar.

Pam seguía sin decir nada, miraba al frente y se mantenía erguida, la notaba incómoda. Sue puso una mano en su antebrazo.

—No hace falta ser muy lista para ver que también hay un demonio en tu pasado —continuó, viendo como Pam se envaraba ante sus palabras—. No te preocupes, no estoy aquí para curiosear. Pero quiero que sepas que si alguna vez quieres hablar con una amiga, aquí me tienes.

Se quedaron en silencio durante un rato, observando a los niños jugar en la piscina y a Slade y Killian sentados en el borde, con los pies sumergidos, sin quitarles el ojo de encima.

Mia, Wyatt, Nayeli, Matt y Thomas también hablaban tumbados cerca de la piscina, mientras que Michael, Dan, Elijah y Jacob jugaban al póker sentados alrededor de la mesa de madera.

La madre de Aylan, la señora Evans y su antigua vecina, hablaba animadamente con el padre de Slade. Sue le tenía un especial cariño a esta mujer, menos los tres años que estuvo casada con Jack, esos que aún le traían malos recuerdos, la señora Evans había cuidado de ella cuando vivían en el

mismo edificio, y eso era algo que nunca podría olvidar.

Lucas, el hermano de Slade, y su familia, no habían podido venir porque tenían que asistir a una boda.

—No deberías estar tanto tiempo de pie, Sue. —Pam se sentó en una de las sillas metálicas que estaban justo detrás.

—Lo sé, pero ya me canso tanto de pie como sentada —dijo acomodándose en otra silla a su lado.

—Debe de ser toda una experiencia esto de la maternidad.

—Lo es.

Pam la miró.

—¿Sabes? Antes de que aparecieras en la vida del jefe, nunca nos juntábamos para almuerzos ni cenas. Siempre íbamos a La taberna de Julio. Ahora parecemos una gran familia.

Por fin, Pam parecía abrirse un poco a ella.

—¿Lo echas de menos?

Ella negó con la cabeza.

—No malinterpretes lo que te voy a decir. Slade es un hueso duro de roer, siempre lanzando órdenes y esperando que las cumplamos sin discutir, es parte de su trabajo y todos lo entendemos. Pero le vimos caer en un profundo pozo y a pesar de que logra cabrearnos en su mejor día, todos le tenemos un afecto incondicional. Rodaba cuesta abajo y ninguno sabíamos que hacer. Pero te conoció, tú le salvaste, Sue. Y creo que los que deberíamos estar agradecidos contigo, somos nosotros, toda la unidad al completo.

—Sé que le apreciáis, pero el mérito es suyo. Si él no hubiera estado dispuesto a empezar de nuevo, aún seguiría igual.

Pam sonrió.

—Te aseguro que ahora es un ángel, comparado con su carácter de antes. Pero por encima de todo, nuestra unidad no podría tener un mejor capitán. Cuida de nosotros.

—Me gustaría poder decir que te entiendo. Pero nunca os he visto durante una misión. Mia siempre dice que ladra más que habla.

—Bien, solo intentaba explicártelo de la manera más suave posible, pero sí, Mia tiene razón —apuntó bebiendo de su cerveza y guiñándole un ojo.

Sue soltó una carcajada que hizo que sus invitados las miraran.

—¡Slade! —El grito de Eva resonó en todo el jardín.

—Parece que ya has recuperado tu voz de pito —dijo Killian sin mirarla.

Todos habían dejado lo que estaban haciendo para mirarlos, y ahora se estaban riendo.

—Dímelo a mí —dijo Brad metiéndose el dedo en el oído.

Slade la miraba frunciendo el ceño.

—Tienes que hacer que Alexia camine en unos seis meses.

—Eva, Alexia aún no ha nacido —contestó Slade con voz cansada.

—Eso ya lo sé. Pero tiene que llevar los anillos de mi boda.

—Ya te los llevaré yo, si con eso dejas en paz a mi hija —gruñó.

Todos se carcajearon imaginando la situación.

—No, tú no, gracias —soltó haciéndose la ofendida.

—Esa mujer no ama su vida —murmuró Pam.

—Su diversión favorita es cabrear a Slade —susurró Sue de vuelta.

—Ya veo.

Dan entró en ese momento en la casa, pasando por su lado. Sue, no se perdió el cruce de miradas entre Pam y él.

—¿Entonces? ¿Ya hay fecha? —inquirió Thomas.

—Tendrás que esperar a recibir tu invitación, cariño. Y a vosotros —dijo con el dedo señalando en círculos—. No se os ocurra estar fuera del país o haciendo eso que hacéis para ganaros la vida.

—Creo que necesitamos hacer una incursión urgente en China —soltó Killian.

—¡Ja! No te perderías mi boda por nada del mundo. Viniste a Maui, eso solo me demuestra lo mucho que me quieres.

—Mierda.

—¡Killian! —exclamó Mia.

El hombre se encogió de hombros.

Seguían riéndose cuando sonó el teléfono móvil de Pam. Nadie hizo caso, y siguieron bromeando con Eva y Brad.

—Hola Adrian. Sí, media hora. De acuerdo —dijo antes de colgar.

—¿Te vas? —La voz de Dan llegó desde su lado.

Ninguna de las dos lo había visto. Y si Pam se había dado cuenta, no parecía importarle en absoluto.

—Sí —contestó seca, después la miró —Gracias, Sue. Me ha gustado hablar contigo.

—¿Con Tavalas? —inquirió Dan antes de que ella pudiera contestar a Pam.

—¿Algún problema, Dan? —preguntó la chica sin levantar la voz, aunque los otros no estaban pendientes de ellos.

—Ninguno, qué te diviertas. —Su voz era acerada.

Dan echó a andar en dirección a la mesa donde había estado jugando, con

un par de cervezas en sus manos.

—A mí también me ha gustado hablar contigo. Ve con cuidado por la carretera con esa moto infernal que tienes.

Pam sonrió.

—Lo haré. Despídeme de los otros.

Cuando volvió la vista, Dan estaba mirando fijamente la espalda de Pam mientras salía del jardín. ¿Esos dos tenían algo? Slade no podría soportarlo. Casi se atraganta con su zumo. Pobre hombre, si se le seguían emparejando en la unidad, terminaría loco.

Se levantó y se dirigió hacia donde estaba Eva.

El encuentro con Sue había sido maravilloso, Eva nunca se había alegrado tanto de volver a ver a su amiga. Lloraron juntas, hasta que se dio cuenta de que ese no era el mejor escenario para una mujer embarazada, así que le enseñó su anillo, y Sue siguió llorando. No había nada que hacer.

Si Slade no la había asesinado aún, esta sería su mejor oportunidad, por suerte el hombre no se enteró de la tragedia griega.

Se habían reunido en casa de Slade y Sue con la excusa de que Sarah se podía poner de parto en cualquier momento, y que ella aún arrastraba una muleta. Eligieron el sábado, ya que parecía ser el día más viable. Muchos, entre ellos, Michael, aprovechaban para pasar el domingo con su familia, y con tan poco tiempo de antelación, Eva no quería romper los planes de nadie.

Se sentía otra vez a salvo. Rodeada de todas las personas con las que estaba a gusto. Bromeando con ellos, como siempre.

Cuando Brad y ella dieron la noticia de su boda al resto, todos se alegraron y los felicitaron. Comieron hamburguesas y la cuidaron a su manera. Aún le dolía la pierna y el brazo le picaba por debajo del yeso, pero la señora Evans ya se había ocupado de darle una larga aguja de hacer punto, y allí estaba ella, rascando con todas sus ganas.

—Nena, vas a acabar arrancándote la piel.

Sue se sentó a su lado en aquél preciso instante.

—Es un fastidio. Y eso que hoy la temperatura es suave.

—¿Has podido contactar con tus padres?

—Sí, he hablado esta mañana, están muy contentos, pero no tienen ni idea de si podrán asistir a mi boda.

Intentó que sonara como si no le importara, pero Sue la conocía demasiado bien, hizo una mueca y miró a Slade.

—Sabes que puedes contar con nosotros para todo, ¿verdad?

—Lo sé y te lo agradezco. Mi hermana vendrá y mi hermano me ha dicho que no me preocupe. Si ellos no asisten, él sí lo hará, y además me llevará de su brazo, ¿no es genial?

—Claro que sí, cielo. Adán siempre ha estado a tu lado, es normal que no se pierda algo tan importante, y estoy segura de que tus padres encontraran la manera de estar contigo.

Eva no estaba tan segura. Se pasaban la vida de un lado a otro del planeta. Hacía tiempo que ejercían más de conocidos en la distancia que como padres amorosos y cercanos. Aun así, los quería y admiraba, sus progenitores estaban haciendo lo que realmente querían hacer, ¿cuánta gente podía decir lo mismo?

—Y tú también estarás a mi lado, serás mi dama de honor principal y te

vestirás como yo quiera. —Deseaba dejar el tema de sus padres a un lado.

Sue la miró y abrió los ojos como platos.

—Ah, no. Eso sí que no. Eva, que nos conocemos...

—Tienes un cuerpazo y ya es hora de que lo luzcas.

Sue miró su abultado vientre.

—Estarás más que recuperada —la animó viendo su cara.

—Voy a parecer un *muffin*.

Sarah se rio con ganas.

—Déjala que disfrute vistiendo a su dama de honor.

—Tú también lo vas a ser, y Mia y Nayeli.

Sue fue consciente de que no había incluido a Pam. Era más que probable que la mujer se negara a hacer tal cosa.

—Ah. —Sarah pareció momentáneamente desubicada —. Entonces creo que tenemos que discutir eso de que tú nos vas a vestir.

Eso arrancó otra carcajada del grupo.

De repente se oyó un agudo grito. Buscaron su procedencia y vieron a Mia corriendo alrededor del grupo con Killian pisándole los talones. La alcanzó sin ningún problema y alzándola en el aire corrió hacia la piscina. Saltó con ella en brazos y se zambulleron juntos con ella aun gritando. El agua los salpicó a todos. Por suerte cayeron en la parte profunda de la piscina.

Mientras los niños gritaban y aplaudían la acción de tío Killian, los mayores estaban maldiciendo al tarado de Phoenix.

—¡Killian! Podías haber dejado que me quitara la ropa —escupió Mia nada más sacar la cabeza del agua.

—Yo te ayudo, nena.

—¡Ni se te ocurra! —gritó intentando alcanzar el borde de la piscina.

—Esos dos no tienen arreglo —soltó Wyatt abrazando a Nayeli.

—¿Alguien sabe algo de Ian? —preguntó Jacob.

—Está pasando el fin de semana con su familia —contestó Slade apoyando las manos en los hombros de Sue.

Alguien subió el volumen de la música. Y algunos bailaron al ritmo de Lionel Richie. Slade cogió la mano de Sue y la ayudó a levantarse, después la abrazó por la espalda y se movieron lentamente mientras observaban a los niños.

Brad, salió de la ducha antes que ella, desde que Eva se había roto el brazo siempre se duchaban juntos, así la ayudaba a enjabonarse y de paso, la torturaba con sus manos.

Acababan de hacer el amor bajo el corro del agua, de pie, apoyados contra las baldosas. Con los gemidos de Eva como fondo y sus persistentes gruñidos acompañándola.

—París —anunció Eva.

—París —repitió él —, aún tenemos pendiente mi regalo de cumpleaños.

—¡Es cierto! Oh, cariño. Debe de ser una ciudad preciosa.

—Lo es, nena. Aunque hace muchos años que no he ido. La última vez fue con mi familia.

—Creo que sigue en el mismo sitio.

Brad sonrió.

—Muy graciosa.

—¿Me llevarás?

—Por supuesto. Solo que ir en avión contigo es una tortura.

—¿Por qué dices eso? Si me paso el viaje durmiendo.

Brad se rio con ganas.

—Antes de que eso ocurra, tienes a soltar toda clase de impropiedades por esa linda boquita. ¿Hay alguna posibilidad de que salgas dormida de casa?

Eva le dio un puñetazo suave en el hombro.

—No, así que vas a tener que soportarme como un campeón.

Brad gimió mientras la envolvía en una mullida toalla.

—Cariño, ahora ya no puedes echarte atrás, te vas a casar conmigo, deberás aprender a soportarme —declaró con un coqueto pestañeo.

—¿Y qué es lo que he estado haciendo hasta ahora? —esquivó otro manotazo—. Eva, eso ha sonado como una amenaza.

La cogió en brazos y la llevó hasta la cama.

—Lo es —dijo guiñándole un ojo—. ¡Brad! ¡Bájame! Aún puedo caminar.

—Eso ya lo sé. Pero así no te escapas.

La dejó con suavidad y empezó a besar su cuello, aún no había tenido bastante de ella.

FIN

Agradecimientos.

Este libro ha nacido a petición de muchas de mis lectoras y lectores. Mi manera de agradeceros vuestro apoyo incondicional es haciéndolo realidad con todo el cariño, el mismo que vosotr@s me demostráis día a día. A las componentes del grupo *Locas por los chicos de Slade*; se os quiere. A esos cientos de seguidores y seguidoras de mi página de autora, infinitas gracias por estar ahí.

A mi familia.

A mi Slade; te quiero. Gracias por estar ahí.

A la administradora del grupo *Locas por los chicos de Slade*, Vanessa Velarde, muchísimas gracias por tu apoyo y sinceridad a la hora de valorar mis escritos. Te aprecio mucho, lo sabes, preciosa.

Biografía.

N.Q. Palm, escritora aficionada, con sus manuscritos guardados en un cajón y ahora decidida a mostrarse humildemente, es una gran devoradora de libros, le gustan todos los géneros pero en especial, la literatura romántica adulta, la paranormal y la histórica. Vive en Cataluña junto a su familia, cerca del mar y de la montaña. Gran aficionada a la música, y una enamorada de la informática y la edición gráfica.